

Portada hecha con 16 años para la versión mecanografiada del libro.

PRIMERA PARTE: LA DESAPARICIÓN DE ANGELA

INTRODUCCIÓN

Había sido un día agotador. Las alumnas de 2ºA llevaban desde las ocho de la mañana en el colegio, habían soportado dos exámenes, uno de matemáticas y otro de inglés, una aburrida explicación de la profesora de geografía, una rompedora clase de deporte con ejercicios de resistencia incluidos, un sermón de la subdirectora sobre su comportamiento en clase, y una complicada lección de química que ninguna había comprendido. Y ahora, latín.

Amparo Sanchís, la profesora de latín, trataba de hacerse oír en medio del murmullo de la clase. Comprendía que había sido un día muy duro, que aquélla era la última clase de la tarde y que faltaban quince minutos para la salida. Pero aquello era demasiado.

También ella estaba cansada. La revoltosa Eva Mateos no había parado un momento. Estaba hasta la coronilla de ella.

Se le ocurrió mandarla fuera de clase. La idea le parecía tentadora. Pero Amparo Sanchís tenía experiencia en la educación y conocía a Eva demasiado bien. Sabía que, si la echaba de la clase, ella protestaría tan vivamente que, aunque al final obedeciera y le plantara un cero, la clase se le iría de las manos. Y no podía mandar fuera a las cuarenta.

Tampoco le pareció buena idea castigar a Eva Mateos una hora después de clase. No se sentía con ánimos de soportarla un tiempo extra.

Pero tenía que hacer algo.

De pronto atrajo su atención el hecho de que Angela Llantada estaba hablando con su compañera de delante.

Angela Llantada era la más reservada de la clase. No era tímida -Amparo Sanchís estaba segura de ello-, pero no solía hablar, o no veía la necesidad de ello. Era demasiado cerrada como para tener amigos... por lo menos así la veían las demás.

El caso es que Angela pasaba por la rara de la clase, nunca

hablaba durante una explicación, y, lo mejor de todo: nunca protestaba ante un castigo.

A los ojos de la profesora de latín todas merecían un castigo, incluida Angela. Claro que lo que Amparo no sabía era que aquella había sido la primera vez que Angela hablaba en toda la clase, y era sólo para pedir un bolígrafo.

-Angela Llantada -dijo la profesora de latín.

Su voz resonó por toda el aula.

-Te quedarás castigada una hora después de clase.

Todas se quedaron mudas de asombro. Angela no dijo nada, pero su mirada se cruzó con la de Amparo y ésta supo que acababa de cometer un error. Pero era demasiado tarde para volverse atrás.

-¿Por qué ella? -se oyó de pronto la insolente voz de Eva Mateos. Amparo Sanchís había olvidado un detalle muy importante: que Eva y Angela eran amigas. O, al menos, Eva era la persona en quien Angela más confiaba.

-¿Alguien más quiere quedarse? -preguntó amenazadoramente.

Todas enmudecieron. Aún se oyó por lo bajini la voz de Eva Mateos:

-No es justo...

Pero como Angela no había protestado, el resto no vio la necesidad de protestar tampoco.

Y Amparo Sanchís, satisfecha, pudo acabar su clase con normalidad.

Angela Llantada tampoco veía justo el castigo, pero sabía que empeoraría las cosas si decía algo, porque intuía que aquella profesora tenía ya dolor de cabeza... y con una profesora con dolor de cabeza no se juega. Así que decidió no hacerle caso, ignorarla por completo y pasar el resto de la clase mirando por la ventana.

Fuera el cielo estaba cubierto de nubes negras que presagiaban tormenta, y a Angela no le hacía gracia recordar que había olvidado el paraguas en casa.

Sonó el timbre de salida. Eva se acercó a Angela mientras todas recogían sus cosas.

-Supongo que te debo una disculpa -le dijo.

Angela alzó la mirada.

-¿A mí? -preguntó-. ¿Por qué?

-Bueno, es principalmente por mi culpa por lo que Amparo ha perdido los estribos. ¿Y si me quedara contigo?

-Va a llover, tú odias el latín y a mí no me va a servir de nada que te quedes aquí. Anda, márchate ya antes de que te pille la tormenta.

-¿Estás segura?

-¡Que sí! Anda, lárgate. Aunque si tanto interés tienes, hay una cosa que puedes hacer por mí: llama a mis padres por teléfono y diles que me retrasaré, ¿vale?

Arrancó la esquina de una de las hojas de su libreta y escribió su teléfono en ella. Se lo entregó a Eva.

-Bueno -respondió ésta, no muy convencida-. Si es eso lo que quieres...

-Sí, es eso lo que quiero. Gracias.

Y no dijo más. Eva se marchó.

Cuando Angela hubo pasado la hora reglamentaria traduciendo el texto en latín, entregó el trabajo con una mirada fulgurante a la profesora, cogió sus cosas y salió del aula.

Recorrió los pasillos del colegio lentamente. No tenía prisa. Fuera llovía, como era de esperar.

Apenas quedaba nadie en el colegio. Sólo las señoras de la limpieza y alguna que otra profesora trabajando en su despacho.

Angela estaba furiosa. Amparo Sanchís, por lo que a ella respectaba, ya estaba apuntada en la lista negra de sus enemigos número uno. El latín había dejado de gustarle.

Sumida en sus pensamientos no se dio cuenta de que otra persona doblaba la esquina, y chocó contra ella. Farfulló una excusa y se apartó, pero unos ojos grises relampagueantes la dejaron clavada en el sitio.

-¡Apártate de mi camino! -siseó la mujer.

Angela la vio alejarse, ligeramente irritada. Era una señora de la limpieza.

Angela estaba acostumbrada a tratar con amables mujeres de uniformes azules que le sonreían cuando las ayudaba a recoger papeles o a trasladar los pupitres de una clase a otra. Y aquella con la

que acababa de tropezar no se ajustaba al patrón.

Iba a marcharse cuando vio algo que le llamó la atención.

Y, como Alicia siguió al conejo blanco, así siguió Angela Llantada a la mujer de la limpieza, siendo este hecho el comienzo de la mayor aventura que la muchacha vivió jamás.

Capítulo I: "¿Dónde está Angela?"

La primera en preguntarse por qué Angela Llantada, que no solía faltar a clase, no había ido al colegio aquella mañana fue Eva Mateos.

La mesa de Angela estaba situada cerca de la suya, junto a la ventana. ¡Vacía! Eva se encogió de hombros. Recordaba perfectamente que el día anterior Angela había tenido que quedarse en clase una hora más. Cuando salió estaba lloviendo y no llevaba paraguas. Seguramente se había resfriado. Eso era todo.

-¿Eva Mateos?

Eva volvió a la realidad. La profesora de inglés la miraba con el ceño fruncido. Tenía en la mano una nota que la alumna de guardia, de pie a su lado, le acababa de entregar.

-La directora quiere verte en su despacho -le comunicó-. Sube a hablar con ella.

Su compañeras le dio un suave codazo, pero Eva le hizo ver con un gesto que no tenía la menor idea de qué era lo que quería la directora.

-¿Qué has hecho esta vez? -le preguntó Elena García en broma, cuando Eva pasó por su lado en su camino hacia la puerta.

Eva sabía que le estaba tomando el pelo, aunque a Elena no le faltaban motivos para comentarlo: Eva Mateos era, como decía la jefe de estudios, "el terror del colegio".

-Oh, nada de importancia -replicó despreocupadamente-. Sólo le prendí fuego a la mesa de la directora. Aunque a lo mejor quiere verme por el asunto aquél de la pirañas del lavabo.

Elena ahogó una risita. La profesora de inglés gruñó:

-¿Qué haces, Eva? ¿Te marchas ya o no?

La aludida se apresuró a salir de la clase. Una vez en el pasillo, subió de dos en dos las escaleras que llevaban al piso de arriba, donde se encontraba el despacho de la directora.

No sabía por qué la llamaba, ésa era la verdad. No creía que fuera por su comportamiento de la clase de latín del día anterior. Eso se lo habría dicho su encargada de curso. Cuando la directora la llamaba, era porque el asunto era serio. Pero Eva no recordaba haber

hecho algo "gordo" últimamente.

Llamó suavemente a la puerta.

-Adelante.

Cuando entró se quedó en la puerta, cohibida. No esperaba encontrarse con aquello.

En el despacho había tres personas más aparte de la directora. Uno de ellos era un policía. Los otros dos, un hombre y una mujer maduros, parecían preocupados.

-No te asustes, chica -sonrió el policía-. No venimos a llevarte a la cárcel ni nada por el estilo. Aunque me han llegado rumores de que no te portas demasiado bien en clase...

En realidad el policía no sabía nada del comportamiento usual de Eva; lo había dicho no romper el hielo. Pero su tiro al azar había hecho diana y Eva enrojeció intensamente, avergonzada y le lanzó una mirada acusadora a la directora.

-Eva -dijo ésta, señalando a los otros dos-, te presento a los padres de Angela Llantada.

-¡Angela! -murmuró Eva.

Así que se trataba de Angela. ¿Qué le habría pasado? Miró a la directora sin comprender.

Ésta le indicó con un gesto una silla libre y Eva se sentó.

-Según parece -empezó la directora juntando las manos-.tú fuiste la última persona que habló con Angela ayer, ¿no?

-Cada vez entiendo menos -murmuró Eva más perdida que nunca-. ¿Cómo que la última persona...?

-Verás, Eva. Ayer Angela, cuando acabó su clase de latín, salió del colegio y no se la volvió a ver.

-¿Quiere decir...?

-Quiero decir que Angela ha desaparecido, Eva. No ha vuelto a su casa, y no sabemos dónde está. Y conociendo a Angela, eso es muy raro.

Era cierto. Angela era la típica "niña rara" que prefiere estar a solas con sus pensamientos antes que ir a jugar con las demás. Ahora que tenía quince años seguía igual que de pequeña.

Eva era su mejor amiga y ni siquiera ella sabía cómo era Angela realmente. El hecho de que dos personas tan diferentes

podrían congeniar no dejaba de sorprender a la directora, quien, sin embargo, había confiado en que el carácter abierto de Eva influiría positivamente en la reservada Angela, y en que la serenidad de ésta contagiaría a la revoltosa Eva. Las cosas no iban del todo mal entre las dos, aunque Angela tardaría en confiar en Eva. Y ahora, aquello.

La directora no había dudado en hacer llamar a Eva Mateos cuando los padres de Angela y aquel policía se presentaron en su despacho con la noticia. Y era preocupante que no se supiera dónde estaba Angela, porque ésta no era la clase de chica que se fugaría de su casa o que no avisaría a sus padres en el caso de que fuera a ausentarse por un período prolongado de tiempo; era demasiado sensata. De hecho, su desaparición era inexplicable.

Eva Mateos lo sabía muy bien. Angela no tenía ningún motivo para fugarse de casa, y, además, le había pedido la tarde anterior que llamara por teléfono a sus padres para avisar que se retrasaría una hora. Y Eva lo había hecho.

Había comenzado a acercarse a "la chica rara" cuando, no sabía exactamente cómo, se le había ocurrido la idea de que Angela no era Rara. Sólo diferente.

Seguramente por eso de que los polos opuestos se atraen, la bulliciosa Eva había tratado de hacer amistad con la silenciosa Angela. Todas las chicas de la clase asistieron con asombro al comienzo de una extraña amistad.

Angela no era un cardo. No era de aquellas personas que gruñen a todo aquel que se les acerca. No obstante, resultaba difícil sostener una conversación con ella. Respondía a todas las preguntas que le hacían pero no formulaba ninguna a su vez. Eva estaba, paulatinamente, salvando ese obstáculo.

Cuando en un grupo hay alguien con unas ideas y gustos radicalmente diferentes a los de los demás, o es un líder, o un marginado. Ésta era la opinión de la directora, que pensaba que a Angela le había tocado estar fuera. ¿Quizá porque ella quería? Tal vez.

-Tú hablaste con mi hija ayer, ¿no? -preguntó entonces la madre de Angela dirigiéndose a Eva-. ¿Tenía intención de volver a casa?

-Estoy completamente segura de que sí -contestó Eva-. Si no, no me habría pedido que les llamara.

-Entonces, es posible que la hayan atracado por la calle -intervino el policía-. O secuestrado, o...

Con razón estaban los padres de Angela tan preocupados, se dijo Eva.

-¿Han hablado ya con Amparo Sanchís, la profesora de latín? -preguntó-. Ella fue la última que la vio, no yo.

-Sí, pero dice que Angela se limitó a hacer su trabajo. Lo entregó y salió de la clase sin una palabra -explicó la directora.

Eva inclinó la cabeza.

-Estaría enfadada porque el castigo no fue justo -aventuró.

El policía la mira interesado.

-¿Dices que no fue justo?

Eva negó con la cabeza.

-Ayer por la tarde todas estábamos bastante alborotadas -explicó-. Era la última hora del día, estábamos cansadas y no parábamos de hablar, ya sabe... El caso es que a la profesora le dio por castigar a alguien para que nos calláramos y esa tuvo que ser Angela... precisamente la que mejor se había portado.

-¿Pudo ser ese castigo inmerecido una razón para que la niña huyera? -preguntó el policía.

-No lo creo -replicó Eva-. Angela no es así.

Luego pensó, inquieta, que ella en el fondo no sabía si Angela era así o asá. Pero fue la señora Llantada la que la sacó del apuro.

-No, yo tampoco lo creo -dijo-. Reconozco que mi hija tiene un carácter extraño, pero si tiene un problema le gusta resolverlo ella sola, sin recibir ayuda de nadie... Pero sin huir de él. Ella piensa que huir es de cobardes.

-Digamos que es... humn ...orgullosa -resumió su padre.

-Un extraño orgullo -comentó la directora.

Eva asistía a aquella escena con la desagradable sensación de que no debería estar allí, que aquello era cosa de mayores y que había dejado de serles útil.

La directora reparó en ella.

-Gracias por tu ayuda, Eva -dijo con una amplia sonrisa-.

Puedes volver a clase. ¡Ah! No es necesario que te diga que esto no debe comentarse. Es posible que se trate de una falsa alarma. De todas formas, si dentro de cierto tiempo aún no tenemos noticias se hará pública la desaparición de Angela.

-Es porque tal vez no sea nada grave -explicó el policía-. No queremos hacer una montaña de un granito de arena, y todos sabemos qué deprisa corren los rumores deformados en un colegio... Pero si se te ocurre algo, no dudes en decirlo.

Eva volvió a clase.

No dijo nada a nadie, pero le dio mentalmente muchas vueltas al asunto. Días más tarde, Angela seguía sin aparecer y la policía inició una investigación más seria.

Pronto se difundió la noticia por todo el colegio. Era necesario, se dijo, que si alguien tenía idea del paradero de Angela o pudiera aportar alguna pista, lo comunicara inmediatamente.

Una tarde César, el hermano mayor de Eva, le preguntó a ésta:

-¿Es verdad que ha desaparecido una chica de tu colegio?

-Vives en las nubes -le reprochó Eva sacudiendo sus rizos rubios sin molestarse en levantar la cabeza del libro de literatura-. Pues claro. Y nada menos que Angela Llantada.

-Angela Llantada -repitió César-. Pues ahora no caigo. ¿De qué me suena ese nombre?

Pero Eva no contestó. Le gustaba dejar a su hermano con la intriga para que se calentase la cabeza pensando, cosa que, según ella, no hacía muy a menudo.

-Es esa amiga de Eva tan callada, ¿no recuerdas que nos habló de ella? -lo ayudó su madre.

Se hizo la luz en la mente de César.

-¡Claro! Esa chica tan rara...

-No es rara -protestó Eva.

-Tú misma lo decías.

-He cambiado de idea. Sólo es diferente.

-Diferente. Ya. ¿Y qué le ha pasado?

-¡Yo qué sé! Salió una tarde del colegio y no se la volvió a ver.

A Eva no le gustaba hablar del asunto, pero le contó a César lo poco que sabía. El chico no dijo nada, pero él también, como Eva,

sentía curiosidad.

Pasó el tiempo y seguía sin saberse nada. Parecía como si a Angela se la hubiera tragado la tierra. No llamó nadie a casa de los Llantada pidiendo un rescate ni se halló ninguna pista fiable. Tras pegar por todas partes carteles con la foto de Angela y su descripción, comenzaron a aparecer multitud de testimonios que afirmaban haber visto a la chica desaparecida en alguna parte. Pero era más buena voluntad que otra cosa. Muchas alumnas del colegio de Eva y Angela fueron confundidas con ésta al llevar el mismo uniforme que la chica tenía puesto la tarde en que desapareció.

El ambiente que se vivía en el colegio, y especialmente en la clase de 2ºA, era extraño. Las chicas ya no alborotaban tanto como antes porque cada vez que veían el pupitre vacío de Angela recordaban a su compañera ausente.

Eva seguía siendo la misma aparentemente. Continuaba con sus bromas, pero esta vez no era para divertirse, sino para animar un poco a sus compañeras. Ella misma no tenía ganas de bromas tampoco, pero se le hacía insoportable verlas a todas tan serias.

Eso no quitaba que todas las tardes a la salida pasara por la capilla del colegio, como todas. En general 2ºA no solía frecuentarla, pero no podían evitar hacerlo ahora para rezar porque Angela estuviera bien. A pesar de que era la que menos integrada estaba en el grupo de la clase, las chicas no dejaban de comentar anécdotas que había protagonizado en clase. No eran muchas debido a su carácter reservado, y por ello algunas chicas se sentían culpables de no haber intentado acercarse más a ella, de no haberla incluido en sus actividades. Atrás quedaban los días en que nadie quería saber nada de ella porque "era muy sosa". Ahora que no estaba entre ellas comprendían de pronto lo sola que había estado.

Pero la que más remordimientos tenía era Amparo Sanchís, la profesora de latín. Claro que no era culpa suya; pero no dejaba de pensar que si no la hubiera castigado aquella tarde, no habría pasado nada.

Eva veía estas cosas diariamente, y la sorprendía el hecho de que, ahora que había desaparecido. Angela Llantada estaba más presente en el colegio que nunca. Nadie había tenido nunca nada en

contra de ella y todas deseaban que la encontraran pronto.

Pero la policía seguía sin tener pistas.

Y probablemente no habrían encontrado nada en mucho tiempo de no ser porque un día, cansado de que su hermana no pensara en otra cosa, César Mateos decidió investigar por su propia cuenta y riesgo.

No conocía de nada a Angela. Sólo lo que Eva había comentado alguna vez en la comida. Su hermana era una persona que cuando tenía una idea no era capaz de callársela para sí, y por eso, cuando decidió hacerse amiga de "la chica más rara del colegio", toda la familia se enteró.

César no tenía especial interés en hacerle la competencia a la policía. No se le había ocurrido. Ni siquiera Pensaba que pudiera hacer algún descubrimiento importante. De hecho fue la casualidad la que hizo que se interesara en el asunto.

Hubo una tarde en que los dos hermanos debían de pasar por casa de sus abuelos; entonces César, que no tenía clase aquella tarde, fue a esperar a Eva a la salida del colegio para marcharse juntos.

Mientras aguardaba a Eva y veía salir a las chicas, su mirada se posó en la recepcionista y se le ocurrió una idea. Sin saber aún del todo lo que se proponía, se acercó a ella y le dijo:

-Disculpe, pero estoy esperando a mi hermana y veo que tarda. Se me había ocurrido que tal vez haya otra puerta y ella haya salido por allí. ¿Es eso posible?

-No -fue la respuesta-. La única puerta por la que pueden salir es ésta. La puerta trasera suele estar cerrada.

Entonces César pasó al ataque:

-¿Estaba cerrada la noche en que desapareció Angela Llantada?

La recepcionista lo miró suspicazmente.

-¿A qué viene eso?

-Angela era una gran amiga mía -mintió el chico descaradamente-, y comprenderá que esté preocupado...

-Pues sí, estaba cerrada.

-Luego Angela salió por aquí.

-Claro.

-¿La vio usted salir?

-Yo me ausenté durante diez minutos, justo cuando salía Angela.

-¿La vio salir? -repitió César impacientemente.

-¡No! Pero no tengo por qué contestar a tus preguntas, jovencito. Tengo mucho trabajo y ya he tenido bastante con la policía para que encima vengas a darme la lata. Además, no creo que seas amigo de Angela. ¡Ella era una niña muy reservada!

La mujer se estaba enfadando por momentos.

Entonces llegó providencialmente Eva.

-¡Hola! -saludó-. ¿Qué pasa?

-De hecho -continuó la recepcionista-, esta niña rubia era su única amiga.

-"Esta niña rubia" es mi hermana Eva, señora -repuso César calmosamente.

La recepcionista se quedó de una pieza.

-Entonces -insistió César-, ¿vio alguien a Angela saliendo del colegio?

-No es asunto tuyo, jovencito, pero contestaré. La policía ha comprobado la hora en que salió del aula con la hora en que yo estuve en recepción. Aún entreteniéndose unos minutos, la chica debió de salir cuando yo no estaba.

-"Debió de salir" -repitió César-. Gracias, señora. Era todo lo que quería saber.

Y echó a andar hacia la salida. Eva le siguió.

Cuando estuvieron en la calle, la chica le preguntó:

-¿Qué le decías a Rosa, la recepcionista? ¡Sé que tenía que ver con Angela!

-Es una idea. Se me ocurrió que si Angela salió por la puerta principal, la recepcionista fue la última en verla y no la profesora de latín, como dicen.

-Pues sí. ¿No lo has oído? Rosa no estaba en recepción cuando Angela salió.

-¡Justamente! ¿Y entonces cómo sabe que salió?

-Es de sentido común, César. Angela lleva más de un mes desaparecida y nosotras estamos pateando el colegio desde entonces. Si Angela siguiera allí la habríamos encontrado ¿no te parece?

Las teorías de César se desmoronaron ante la lógica de su hermana. Pese a ello no se dio por vencido.

-Todos dan por sentado que Angela salió del colegio, pero nadie puede demostrarlo. ¿Hay algún sitio en el colegio donde nadie entre a menudo?

-Rotundamente no.

-¿Seguro?

Sí, Eva estaba segura. Pero no comprendía por qué su hermano se interesaba tanto por aquello, y se lo dijo.

-Es que, si te fijas, la gente suele mirar hacia fuera y no hacia dentro. La policía ha registrado los alrededores minuciosamente, pero no se les ha ocurrido buscar en el sitio donde se vio a Angela por última vez.

-Pero han registrado el colegio...

-¿De arriba a abajo?

-Hombre, no. Hicieron preguntas a las profesoras sobre si había algún sitio donde Angela pudiera haberse escondido.

-¿Y qué respondieron?

-¿Qué van a responder? Que no. Además, nadie puede esconderse durante un mes sin comer, y las cocineras no han notado que falte nada en la cocina... -Eva se calló súbitamente.

-¿Qué pasa? -inquirió su hermano.

Ella lo miró fijamente.

-Me parece que se han olvidado del sótano -dijo.

Capítulo II: "El sótano del colegio"

-¡Bravo! -exclamó César-. Háblame de ese sótano.

-Bueno, no hay mucho que contar. Nadie baja nunca al sótano, porque está cerrado con llave y sólo la tienen las señoras de la limpieza. Y ni siquiera ellas van por allí. Se dice que está lleno de polvo y trastos viejos, y hay quien afirma que hay ratas. Yo he bajado varias veces allí pero nunca he podido abrir la puerta. Siempre está cerrada.

César sonrió. Sabía que cualquier otra chica no habría mencionado el sótano, pero Eva era excepcionalmente curiosa y seguro que esa puerta cerrada la había intrigado más a ella que a las demás desde que descubrió su existencia.

-¿Crees que Angela pudo conseguir esa llave?

-Lo dudo. Ni siquiera sé dónde la guardan las señoras de la limpieza. Es posible que cada una tenga la suya o que haya sólo una, no lo sé. Pero, ¿sabes? Puede que tengas razón. Quizás Ángela se ha escondido en el sótano, al fin y al cabo.

Le brillaban los ojos de excitación. En el fondo no esperaba encontrar o una pista o a Angela, pero la idea de explorar el sótano no le parecía mala.

-¡Volvamos a ver! -dijo, y dando media vuelta echó a andar de nuevo hacia el colegio.

-¡Eh, espera! -gritó César.

Ambos hermanos estaban ya en la parada del autobús. César contempló a su hermana indeciso, y después al 79 que ya llegaba. Finalmente, con un suspiro de resignación, echó a correr detrás de Eva.

Ya se habían marchado casi todas las alumnas cuando ellos entraron en el colegio de nuevo.

La recepcionista alzó una ceja al verlos otra vez.

-He olvidado una cosa en clase -explicó Eva, y la otra no dijo nada.

Recorrieron con cautela los pasillos hasta llegar a la escalera que llevaba al sótano. César descendió unos escalones. Eva se quedó donde estaba.

-¿A qué esperas? -inquirió César.

Eva no dijo nada. La verdad era que estaba demasiado oscuro allá abajo ahora que era casi de noche. Estaba empezando a pensar que tal vez su idea no fuera tan buena al fin y al cabo.

-Me arrepiento de haber vuelto -dijo-. Es una pérdida de tiempo, estará cerrado con llave.

-¿Tienes miedo? -preguntó César con retintín, pese a que sabía que aquello que decía no estaba carente de sentido.

Eva le lanzó una mirada fulminante y bajó las escaleras con gesto decidido.

Según descendían la luz era cada vez menor. A pesar de ello, Eva aún pudo ver algo que relucía sobre uno de los últimos escalones. Se agachó para cogerlo.

-Mira, César -dijo en voz muy baja.

César se acercó. Eva estaba muy pálida.

Tenía en la mano un pasador de pelo en forma de lazo negro con el centro dorado.

-Es de Angela -susurró Eva-. Has dado en el clavo.

Bajaron hasta el final de la escalera, decididos. Se detuvieron ante la puerta del sótano.

-Estará cerrada -pronosticó Eva en un susurro.

-No cuesta nada probar -replicó César.

Apoyó la mano en el pomo de la puerta y empujó.

Y la puerta se abrió.

Eva recordó cuántas veces, de pequeña, había bajado aquellas escaleras y permanecido frente a aquella puerta, fascinada. Había entrado en todas y cada una de las clases y estancias del colegio excepto en aquélla. Se sintió como la heroína del cuento de Barba Azul, que tenía acceso a las cien habitaciones del castillo menos a una en la que le estaba prohibido entrar... y justamente era ésa la única que le interesaba visitar.

Muchas veces había tratado de abrir aquella puerta sin resultado, con la esperanza de que las señoras de la limpieza la hubieran dejado sin cerrar por una vez, pero nunca había tenido suerte.

Ahora, el sótano estaba frente a ella una vez más, pero esta vez

tenía vía libre para entrar.

-Vamos -dijo César, y entró.

Eva le siguió.

Aquello estaba más oscuro que la boca de un lobo. César buscó a tientas un interruptor en la pared. Cuando por fin lo halló, comentó:

-Sólo espero que la bombilla no esté fundida...

Por suerte, no lo estaba. Una única bombilla de escasa potencia bañó el sótano con una luz débil, irreal.

César y Eva miraron a su alrededor.

Era cierto que el sótano acumulaba polvo y trastos, pero Eva dudó que hubiera ratas.

-¡¡Aaaangelaaa!!

Eva dio un salto y miró furiosa al bromista de su hermano mayor.

-No le veo la gracia. ¿Es que quieres que nos oigan?

César avanzó un poco entre los trastos.

-Mira esto -dijo, acuclillándose en el suelo.

Eva se acercó. En el suelo había dibujados siete círculos de tiza de diferentes colores dispuestos en forma de círculo. Estaban medio borrados, pero Eva pudo distinguir bien los contornos.

-Fíjate -comentó César-. ¿Cuánto tiempo crees que lleva esto aquí? Eva se encogió de hombros. Observaba los círculos con interés.

-No mucho -explicó César-. De lo contrario, se habría borrado por completo.

Eva se incorporó y comenzó a deambular por el sótano hasta que tropezó con algo.

-¡Mira! -exclamó, excitada por su descubrimiento-. ¡La cartera de Angela!

César se puso en pie de un salto y se acercó a ella rápidamente. Eva había abierto la cartera y extraía libros de su interior.

-¿Estás segura de que es la suya? -quiso asegurarse César.

-Completamente. Los libros llevan su nombre.

-Están algo estropeados.

-Sí, como si se hubiesen mojado.

César tuvo una idea.

-Oye, ¿no llovía la tarde en que Angela desapareció?

-Sí. ¿A dónde quieres llegar?

-Y no ha llovido desde entonces, ¿no? Pues escucha lo que se me ha ocurrido: esto es un sótano, luego debe de inundarse cuando llueve, lo cual explicaría que los libros se hubieran mojado... pero no por qué esos círculos de tiza siguen ahí.

-¿Qué quieres decir?

-Que si llevasen más tiempo en el sótano y hubiesen soportado más inundaciones, se habrían borrado por completo. Pero siguen ahí, lo cual quiere decir que fueron pintados la tarde en que Ángela desapareció.

Eva los miró con interés.

-¿Crees que fue Ángela quien los dibujó?

-No tengo ni idea.

Eva se aproximó a los círculos de tiza. Sacó entonces un bolígrafo y una libreta de su cartera y empezó a dibujar un boceto de su posición. César se acercó y miró por encima del hombro de su hermana lo que ésta estaba haciendo.

-Si te fijas -dijo Eva-, cada uno de los círculos de tiza tiene un color diferente. Eso debe de tener algún significado especial, ¿no te parece? Estaba escribiendo dentro de cada uno de los círculos que había dibujado en su libreta el color del original, en el orden en el que estaban dispuestos.

-Blanco-Amarillo-Negro-Morado-Azul-Verde-Rojo -leyó César-. ¿Qué significado crees que puede tener eso?

-No lo sé -declaró Eva, cerrando la libreta y poniéndose en pie-. Pero creo que hemos descubierto algo importante. Anda, ven; tenemos que decírselo a la directora...

-Espera.

César pasó un dedo por los restos del círculo rojo. Cuando se miró la yema del dedo dijo:

-Fíjate, no sólo hay tiza aquí. También una especie de polvos dorados... Me parece que este círculo, y tal vez todos los demás, han sido pintados dos veces: una con tiza y otra con polvos dorados.

-¿Para qué se tomaría alguien la molestia de hacer algo así?

-No lo sé. ¿Qué te parece a ti?

-Me suena a brujería o algo así. Pero no meagas mucho caso.

César no dijo nada. Ahora había dos misterios para resolver: la desaparición de Angela y el asunto del círculo de colores.

-Todos los círculos se tocan entre sí, no están separados - observó Eva-, y son círculos prácticamente perfectos dentro de lo que cabe.

César asintió. A pesar de que no se veían muy claros, podía adivinarse a grandes rasgos cómo eran y cómo estaban dispuestos antes de que la lluvia tomara posesión del suelo aquella tarde.

-Esto es muy raro -comentó César.

-Mejor será que nos vayamos -dijo Eva-, o llegaremos de noche a casa de los abuelos.

Recogieron sus cosas y salieron del sótano. Dejaron la luz encendida, ya que pensaban dar cuenta de su descubrimiento a la primera profesora que vieran.

Al torcer una esquina se tropezaron con una de las mujeres de la limpieza.

-Hola, Teresa -dijo Eva-. Te presento a mi hermano César.

La otra se repuso de la sorpresa y preguntó:

-¿Qué hacéis por aquí a estas horas?

-Olvidé una cosa en clase.

César le dio un suave codazo y Eva recordó que tenía que preguntar algo.

-¡Teresa! ¿Sabes quién tiene la llave del sótano?

-¿La llave del sótano? ¿Es que sabes quién se la ha llevado?

¡Llevado! César tomó la palabra, consciente de que aquello podía ser importante.

-No, no lo sabemos. ¿Cuánto tiempo hace que desapareció?

-Hace cosa de un mes que nos dimos cuenta de que no estaba - explicó Teresa-, pero como no la usamos a menudo, no sabemos cómo, cuándo ni quién se la llevó.

-¿Y no tienen idea de quién pudo haberla cogido?

-Hace algo más de un mes vino una empleada nueva, muy rara. Tenía muy mala uva y nunca hablaba con nadie. Siempre parecía enfadada, y nos causó mala espina desde la primera vez que la vimos.

-¿Le han preguntado a ella por la llave?

-Sólo vino una semana a trabajar. Después dejó de venir y no

hemos vuelto a saber nada más de ella.

Un dato interesante. César, tras escuchar esto, se convenció de que aquella mujer de la que Teresa hablaba estaba implicada hasta el cuello en el asunto Ángela.

-¿Qué día vino por última vez? -inquirió.

-No lo sé exactamente. ¿Por qué haces tantas preguntas?

-Porque no se trata tan sólo de una llave perdida... hemos bajado al sótano, la puerta estaba abierta y hemos encontrado dentro la cartera de Angela Llantada, la chica que desapareció hace un mes.

Teresa dejó caer la bayeta, sorprendida.

-¡Jesús! -exclamó-. ¿Y la niña?

-No está abajo, si es eso lo que quieres decir -dijo Eva-. Pero pensamos que es una pista importante.

-¿Habéis dado aviso ya?

-Pensábamos hacerlo ahora mismo.

-Por favor, trate de hacer memoria -dijo César-. Pensamos que, si esa mujer de la que nos hablaba antes hubiera venido por última vez al colegio la tarde en que Ángela desapareció, podría estar relacionada con ella.

-No creo que lo recuerde. Pero tal vez alguna de mis compañeras lo sepa. Vosotros id al despacho de la directora y explicádselo todo. Ella llamará a la policía o lo que tenga que hacer. Yo iré a hablar con el resto del personal de limpieza.

Y la buena mujer salió corriendo escaleras abajo.

-Pronto encontraremos a Angela si seguimos así -dijo Eva de buen humor. Pero César estaba muy serio.

-¿Se te ha ocurrido -preguntó suavemente- que si Angela se entretuvo en el sótano debió de tardar más en salir y en consecuencia la recepcionista, que ya estaría en su puesto, la habría visto?

-¿Sigues empeñado en que está en el colegio? En el sótano no está, ya lo has visto, y no se me ocurre ningún otro sitio donde pueda haberse escondido.

-Debió de hacerse invisible -murmuró César.

Pero Eva no le oyó. Ya subía las escaleras que llevaban al despacho de la directora. César la siguió.

Eva llamó a la puerta del despacho deseando que la directora

no se hubiera marchado ya a su casa.

-Adelante -se oyó una voz en el interior.

Eva respiró aliviada. Ella y César entraron en el despacho. La directora dejó el bolígrafo sobre la mesa, sorprendida. Eva se lo explicó todo en pocas palabras y unos minutos después bajaban los tres al sótano de nuevo.

En cuanto la directora hubo constatado que lo que decían los hermanos Mateos era cierto, llamó a la policía y seguidamente a los padres de Angela.

César y Eva, en vistas de que allí ya no tenían nada que hacer, salieron del colegio.

-¿Sabes? -decía Eva mientras caminaban por la calle-. Tuvimos suerte de encontrarnos con Teresa. Es la más veterana del servicio de limpieza, me conoce desde hace mucho tiempo y, además, le encanta hablar. Una vez...

-¿Qué crees que le puede haber pasado a Angela, Eva? -preguntó César de pronto.

Eva, molesta por la interrupción, gruñó:

-¡Y yo qué sé! Esa mujer es capaz de haberla raptado.

-¿Pero por qué? ¿Qué razones tuvo Angela para bajar al sótano? ¿Qué tiene que ver con ella esa mujer de la limpieza que hace un mes que no aparece? ¿Qué pudo asustar tanto a Angela como para que dejara la cartera en el sótano y saliera huyendo sin recogerla? ¡Todo son preguntas! Y no tenemos ninguna respuesta. Tal vez deberíamos olvidarnos y dejar que la policía...

-¡La policía no sabe nada! -cortó Eva-. No me fío de ellos. Más vale que saquemos nosotros nuestras propias conclusiones. ¿Se te ha ocurrido que tal vez Angela pilló a esa mujer haciendo algo que no debía en el sótano y que por eso ella la secuestró?

-No me parece mal razonamiento. Pero, ¿qué debía de estar haciendo? ¿Pintar círculos de tiza en el suelo?

-No seas bobo, César. No pudo pintar ella esos círculos porque estaba lloviendo y el suelo estaba encharcado.

César no respondió. Había sido él quien había llevado todo el peso del razonamiento hasta aquel momento y ahora era su hermana la que sacaba una conclusión final y lo dejaba a él como un estúpido.

Eva siguió divagando hasta que muchas cosas encajaron, y entonces le explicó su teoría a César: la mujer de la limpieza había secuestrado a Angela porque ésta había descubierto que hacía algo ilegal en el sótano. La había sacado del colegio, tal vez inconsciente, cuando todo el mundo se había marchado ya, incluida la recepcionista. Y probablemente la tendría escondida en algún sitio para que no dijera nada.

César seguía en silencio mientras Eva hablaba. Aquello tenía sentido. Pero no quiso decirle a Eva que si eso era lo que había pasado aquella tarde de primeros de noviembre, la secuestradora no tenía por qué mantener con vida a Angela... Por lo visto Eva había pasado por alto el detalle de que si lo que quería la raptora era silenciar a la chica, había una manera más rápida y eficaz que el secuestro.

No quiso decirle esto a su hermana. Por el contrario preguntó:
-¿Y qué me dices de los círculos de colores?

Eva se encogió de hombros, pero por la expresión de su rostro César supo que ya no creía en su propia idea.

Porque aquellos círculos de tiza eran importantes, de alguna manera.

Capítulo III: "Investigando"

El descubrimiento de los hermanos Mateos dio una nueva perspectiva a las investigaciones policiales. De la noche a la mañana el colegio de Eva se convirtió en un hervidero de policías que estudiaban el lugar donde Angela había estado la tarde de su desaparición y que interrogaban a todo el que encontraban interrogable.

Como aquello distraía considerablemente a las alumnas, la directiva llegó a un acuerdo con los policías que consistía en que el sótano permanecería cerrado para todo el mundo en horas de clase y que ellos podrían reanudar sus investigaciones allí cuando éstas finalizaran y todas las chicas se hubieran marchado.

La misma idea que Eva había tenido fue concebida también por la policía y por eso continuaron la búsqueda con mayor urgencia: si la mujer de la limpieza, la también desaparecida Leticia Gómez Caballero, hubiera querido silenciar a Angela, no se habría contentado con secuestrarla. De todas formas, aún tenían la esperanza de encontrarla con vida.

También se confirmó que la presunta raptora había dejado de asistir al trabajo el mismo día en que Angela desapareció. A pesar de que la buscaron, tampoco hallaron rastro de ella. Sus familiares no sabían dónde estaba. Sólo que había dicho que se iba de viaje.

Por ellos se supo que aquella mujer era una solitaria y debido a su carácter cerrado y extraño, no tenía apenas amigos.

En cuanto a Eva, ya no creía que su teoría fuera la correcta porque la policía también había llegado a aquella conclusión, así que se centró en el detalle que ellos habían pasado por alto: los círculos de tiza.

César decía que estaba obsesionada con el tema, y no le faltaba razón: su hermana dibujaba siete círculos que formaban un círculo por todas partes: Había dibujos suyos en sus libros, sus libretas, sus apuntes, sus esquemas, incluso había dibujado uno en la esquina del folio de un examen. A menudo escribía dentro de cada círculo el color con el que estaba dibujado en el sótano, y ya sabía el orden de memoria. Había buscado por todas partes y en todo tipo de

enciclopedias un círculo como aquél, pero no había tenido éxito.

César se había desentendido completamente del asunto. A diferencia de su hermana, él sí confiaba plenamente en la policía, y se decía que él ya había hecho bastante y que el resto era cosa de ellos.

Una tarde, Eva volvió a casa enfadada. Había intentado entrar en el sótano para echar un vistazo después de las clases, pero el jefe de policía, un hombre irritante, se lo había impedido.

Entró en la casa dando un portazo y se dirigió a la sala de estar.

Allí se encontraba César estudiando con Aurelio, un amigo suyo estudiante de primer curso de Psicología, un año mayor que él. Aurelio solía explicarle a César las cosas que no entendía, puesto que éste también pensaba hacer Psicología y, por tanto, estudiaba aquel año las mismas asignaturas que había cursado Aurelio el año anterior.

-Hola, chicos -saludó Eva de mal humor.

-Hola, Eva -dijo Aurelio.

Era un chico alto y delgado, con gafas, algo torpe, de muy buen corazón y mucho más inteligente de lo que parecía.

-¿Qué ha pasado hoy? -preguntó César al ver la cara de su hermana.

-Ese policía gordo y seboso no me ha dejado entrar en el sótano.

-Ya debe de estar harto de ti, siempre estás dándole la lata.

-Pero la próxima vez me saldré con la mía.

Eva cogió un libro suyo que había sobre la mesa y dio media vuelta para marcharse a su habitación. De entre las páginas del libro cayó un papel que fue a aterrizar a los pies de Aurelio, que lo recogió. Se ajustó las gafas, le echó un vistazo y dijo:

-Esto lo he visto yo en alguna parte.

-¿El qué? -preguntó César acercándose para mirarlo por encima de su hombro.

Eva se aproximó también.

-¡El círculo! -dijo César.

Aquel papel estaba repleto de fórmulas y reacciones químicas. Pero en una esquina estaba dibujado el círculo de siete círculos pintado a tiza en el suelo del sótano del colegio de Eva.

-¿Dónde dices que lo has visto? -preguntó Eva.

-No lo sé. Me parece que en un libro, pero no recuerdo en cuál.

Eva cogió un boli y escribió en el interior de cada círculo su color correspondiente. Se lo plantó en las narices a Aurelio.

-¿Eran siete círculos de estos colores puestos en este orden?

-Sí, el orden era éste; lo recuerdo.

-¿Y el libro?

-No me acuerdo. No tengo ni idea...

-No te esfuerces, Eva -intervino César-. Si no lo recuerda, es inútil insistir. Aurelio tiene una memoria portentosa para los detalles pequeños, pero si no se ha fijado en el título del libro es incapaz de acordarse.

Eva hizo un gesto de desconsuelo.

-Mira que eres burro -protestó-. ¿Cómo puedes acordarte tanto del orden de los colores y no del título del libro?

Aurelio se había quedado pasmado. Se volvió hacia César, esperando una explicación.

-Hay un círculo así pintado a tiza en el sótano del colegio de Eva -explicó éste-. El sitio donde encontramos la cartera de Angela, la chica desaparecida. Aurelio palideció.

-Entonces Angela puede estar mezclada en un asunto muy serio -murmuró.

-¡Claro que está mezclada en un asunto muy serio! -exclamó Eva-. La han secuestrado.

-No me refiero a ese tipo de peligro. Quien dibujó esos círculos sabía de magia.

-¡Magia! -se burló César-. ¿Quién cree en ella?

-La magia no es lo que vosotros creéis. No se trata de un poder sobrenatural. Se trata del poder de la mente.

-Amigo mío, estás rematadamente loco.

-Yo no sé mucho de estas cosas -se defendió Aurelio-, pero sé que ese círculo es importante. Se dibujaba primero con colores y después con polvo dorado o algo parecido...

César y Eva se miraron, y ésta no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera el cuerpo. Aurelio había dado en el clavo.

-¿Magia, habías dicho? -preguntó César.

Aurelio supo que ahora estaban dispuestos a escucharle, y dijo:

-Hace mucho tiempo, la gente rendía culto a las fuerzas de la naturaleza y a seres superiores porque no comprendía la realidad que los rodeaba. Algunos decidieron estudiarse a sí mismos para encontrar las respuestas en lugar de estudiar lo exterior. Así descubrieron el poder de la mente, aprendieron a dominarlo y la gente los llamó magos, brujos o hechiceros, considerando que su poder les era dado por el demonio. Pero lo llamado "magia" no era ni más ni menos que un increíble desarrollo de la mente humana que se perdió con el tiempo.

-¿Qué clase de poder es ése? -quiso saber Eva.

-No lo sé exactamente. Además, esto no es más que una teoría, aunque está demostrado que el hombre sólo utiliza el 10% de su capacidad mental. La pregunta es: ¿qué habría pasado si alguna vez algunas personas hubieran llegado a mucho más, algo así como un 50%? Aquellas personas buscaron hacia dentro, bucearon en su mente y descubrieron el verdadero alcance del conocimiento humano.

César preguntó de pronto:

-¿Y de quién es esa teoría de que la magia es el poder de la mente? Aurelio enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

-De mi tía Anabel -confesó.

-¡Vaya! -exclamó Eva desilusionada mientras César estallaba en carcajadas-. ¿Y qué es tu tía? ¿Psicóloga o científica?

-Bueno, ni una cosa ni la otra. Es una mujer algo rarilla que vive en una casa muy grande a las afueras de la ciudad. Está interesada en parapsicología y ciencias ocultas.

-¿Y tú crees esa teoría?

-Creo que la mente humana podría hacer cosas increíbles si la potenciáramos más. Creo que no tenemos idea de lo que es el cerebro humano. Pero no estoy seguro de nada más.

César ya había dejado de reír. Se secó las lágrimas y trató de ponerse serio.

-Bueno, escucha -pudo decir-. ¿Qué tiene que ver ese círculo con lo que nos has contado?

-No lo sé. Sólo sé que lo leí en un libro sobre el tema, de eso estoy seguro.

-¿Podrías buscarlo?

-Puedo intentarlo. A lo mejor lo tengo en mi casa.

Pero unos días más tarde César recibió una llamada de Aurelio y éste le dijo que no había encontrado aquel libro por ninguna parte.

-¿No sabes dónde puedes haberlo visto? -insistió César.

-Tal vez en la biblioteca...

-¡Estupendo! Si vas allí, búscalo, ¿vale?

-¿Si voy adónde?

-¿A dónde va a ser? ¡A la biblioteca!

-¿Pero a cuál de ellas?

Le explicó a César que hacía poco había tenido que hacer un trabajo de clase y para ello había visitado prácticamente todas las bibliotecas de la ciudad. Y, de paso, había estado mirando en varias las estanterías de libros de parapsicología. Podía estar en cualquiera de ellas.

-Está bien -respondió César tratando de no perder la paciencia-. Haz una lista de las bibliotecas que visitaste, y apunta en un papel la mitad para mí. Yo iré a esas y tú a las restantes, ¿vale? Así acabaremos antes.

César colgó el teléfono ligeramente irritado. Eva, detrás de él, ironizó:

-¿No era tan inteligente tu amigo?

-Lo es -afirmó César-, para las cosas más difíciles. Pero es un desastre para la vida cotidiana.

César y Eva recorrieron toda la ciudad pasando por las bibliotecas de su lista. Les llevó mucho tiempo y mucho trabajo, y encima no encontraron nada positivo. En ninguno de los libros de parapsicología que consultaron aparecía en alguna parte un círculo como el que había en el sótano.

-Según Aurelio -comentó César-, el círculo no tenía ningún poder mágico. Era sólo representativo, simbolizaba algo, pero no sabe exactamente qué.

-¿Tú crees que lo encontraremos?

-No lo sé. Estoy cansado de patear bibliotecas sin tener ninguna referencia.

-Algo me dice que Aurelio nos ha tomado el pelo.

Eva suspiró y apoyó la cabeza entre los brazos. Estaba sentada ante una de la séptima biblioteca a la que iban.

-Estoy perdiendo un montón de horas de estudio -se quejó-. Y dentro de poco son los exámenes...

-Eva, por favor, ¡cállate ya! No haces más que protestar y...

De pronto César se dio cuenta de que había alzado demasiado la voz y de que el encargado de la biblioteca lo miraba con el ceño fruncido. Cerró la boca y Eva rió entre dientes.

"Los dos estamos agotados", pensó César. "Llevamos demasiado tiempo entre libros de parapsicología". Y añadió en voz alta:

-Voy a estrangular a Aurelio en cuanto lo vea.

Aquella noche lo llamó por teléfono. Tenía la intención de enfadarse con él (y de hecho estaba ya bastante enfadado), pero en cuanto oyó su voz cambió de idea. El muchacho estaba tan desanimado y agotado como ellos, quizá más. Y, al fin y al cabo, aquello del círculo había sido cosa de César, y no de Aurelio.

-Ya queda menos -pudo decirle César a su amigo-. Unas tres bibliotecas. ¿Y tú?

-Más o menos lo mismo.

-Pero nosotros somos dos. ¿Significa eso que has ido más deprisa, que tenías menos bibliotecas en tu lista o que has trabajado más?

César oyó una risa cansina al otro lado del hilo.

-Adivínalo -fue la respuesta.

-Bueno, tranquilo -dijo César tragando saliva-. Quédate mañana en casa y descansa, ¿vale? A lo mejor se te aclaran las ideas y puedes recordar dónde viste ese libro.

Colgó y volvió a su habitación. Poco después apareció Eva.

-¿Qué te ha dicho Aurelio?

-Aún nada. Debe de ser un libro muy raro, porque no está en ningún sitio. -¿Crees que estamos perdiendo el tiempo?

-Espero que no.

-¿Sabes qué? Tengo la impresión de que Aurelio no vio ese libro en ninguna biblioteca, porque todas tienen a grandes rasgos los mismos libros y no está en ninguna. Debió de verlo en otra parte. En

una librería, por ejemplo.

-No me digas que tendremos que registrar todas las librerías de la ciudad...

-Si tuviésemos que hacerlo, rico, yo os mandaré a paseo a los dos. Pero por el momento, esperaré a que acabemos con las bibliotecas. Tal vez encontremos algo.

Una esperanza muy peregrina, en opinión de César. No esperaba que en dos bibliotecas encontraran lo que no habían encontrado en siete.

Pero no hizo falta que fueran.

Al día siguiente, César recibió una llamada de un jubiloso Aurelio.

-¡Escucha! Traigo buenas noticias.

-¿Has encontrado el libro? -preguntó César, animándose al instante.

-No, pero ya sé dónde lo vi. ¿Recuerdas que te hablé de mi tía Anabel?

-¿La loca de la casa grande?

-¡Yo no dije que estuviera loca! Sólo que era algo rarilla. Pero nada más.

-Bueno, pues sí me hablaste de ella. ¿Y...?

-Pues bien, ella tiene una gran biblioteca en su casa, toda de libros de esos temas. Allí es donde lo vi.

César se contuvo para no gritarle: "¿Y por qué no lo pensaste antes, cabeza de chorlito?", y le dijo:

-Vale, pues ve a casa de tu tía y lo buscas, ¿vale? Por favor -añadió al pensar que, después de todo, Aurelio estaba haciendo todo lo posible por ayudarles.

-Está todo arreglado. He hablado con mi tía, le he dicho que tenéis interés en consultar su biblioteca. Nos ha invitado a todos a ir a su casa el próximo fin de semana.

A César no le gustó mucho la idea, pero hubo de reconocer que no era justo que Aurelio cargara con todo el trabajo de investigación. Por lo visto, la biblioteca de su tía era inmensa, y todo eran libros sobre parapsicología y temas parecidos.

Así que finalmente se despidieron y colgaron.

Capítulo IV: "Un testimonio del pasado"

A César no le costó mucho convencer a sus padres para que les dejaran a él y a Eva ir a pasar un fin de semana a la casa de la tía de Aurelio. Les dijo que era una casa de campo y que podrían estudiar los tres juntos sin ruidos ni estrés. Además, la madre de César y Eva conocía a la de Aurelio, y, como eran muy buenas amigas, no le importó.

Cuando llegaron allí el viernes por la tarde ya era casi de noche, y la casa les pareció tétrica y fantasmal.

-Eso es porque es muy vieja -comentó Aurelio-. Parece una mansión encantada por la noche, pero tiene un aspecto totalmente diferente durante el día. Venga, entremos.

Salió a recibirles una mujer pelirroja, de baja estatura y vestida con ropas chillonas. Llevaba los dedos cuajados de anillos de bisutería e iba en calcetines.

-Hola, chicos -saludó-. Soy Anabel, la tía de Aurelio. Vosotros sois César y Eva, ¿no es así?

A pesar de lo extraño de su aspecto, sus ojos azules tenían un brillo amistoso. A Eva le cayó bien. César no se fijó demasiado en ella.

-¿Vive usted sola en esta casa tan grande? -preguntó, observando con curiosidad un enorme reloj de sol que descansaba sobre una repisa.

-Por favor, no me trates de usted -protestó la mujer-. Tutéame y llámame Anabel, ¿de acuerdo?

César apartó la vista del reloj y la fijó en su anfitriona, que sonreía.

-De acuerdo -dijo por fin.

Anabel los condujo a sus habitaciones. Ana vez que dejaron las bolsas, Aurelio los llevó a la biblioteca.

-¡Es enorme! -exclamó César.

Podemos estar aquí buscando años -comentó Eva, cogiendo un volumen de una estantería-. ¿Y dices que todo son cosas sobre parapsicología y ciencias ocultas?

Aurelio asintió.

-Tenemos dos opciones -dijo-. Una, empezamos ahora. Otra, mejor empezamos mañana por la mañana. ¿Qué os parece?

-Yo por mí empezaba mañana -dijo Eva-, porque no me apetece nada pasar la tarde entre libros polvorientos, pero es que si no empezamos ahora, no nos dará tiempo a encontrarlo.

-Simplificaría enormemente las cosas el hecho de que tú recordaras al menos la zona donde estaba -gruñó César.

-A lo mejor ese círculo aparece en más sitios. No tiene por qué ser ese libro en concreto -se defendió Aurelio.

-Pero no estaba en ninguno de los libros que hemos visto hasta ahora, que no son pocos -observó Eva.

-Ésos eran libros muy nuevos. Echad un vistazo a éstos.

César y Eva dieron una mirada circular. Lo que Aurelio decía era cierto. Aquellos libros parecían muy antiguos.

-¿Qué hacemos, entonces? -preguntó Eva-. ¿Comenzamos a buscar ya?

Por toda respuesta, César se acercó a una estantería y empezó a mirar los títulos que aparecían en los lomos de los libros. Aurelio y Eva se le unieron.

Un par de horas más tarde los llamaron para cenar y tuvieron que dejarlo. Como ninguno de los tres se encontró con ánimos de proseguir con su búsqueda después de la cena, pasaron el resto de la velada jugando a las cartas.

Al día siguiente, después de desayunar, continuaron con su trabajo en la biblioteca .

-¿Cómo puede ser que no aparezca ese dichoso libro por ninguna parte? -bostezó Eva hora y media más tarde, frotándose un ojo.

-Pregunta más bien cómo nos hemos metido nosotros en esto -masculló César-. Debería hacerlo la policía.

-Pero sabéis que no lo hará -comentó Aurelio alegremente-, así que ánimo y a trabajar.

Se subió a una escalera para alcanzar un montón de libros que había en un estante superior. Cuando bajaba con la pila de volúmenes entre los brazos las gafas le resbalaron hasta la punta de la nariz. Al tratar de ponérselas bien sin que se le cayeran los libros perdió el

equilibrio y fue a dar, con libros, escalera y todo, con sus huesos en el suelo.

-¡Aurelio! -dijo Eva, acercándose rápidamente-. ¿Te has hecho daño?

Aurelio se ajustó las gafas y miró a su alrededor, desconsolado. Luego, sonriendo, le dijo a Eva:

-Estoy bien.

Eva recobró la compostura:

-¡Pero mira que eres bobo! -le reprochó-. ¡Fíjate qué desastre!

Aurelio intentó levantarse. Sus largas piernas se le habían enredado con la escalera y el pobre muchacho hizo cómicos esfuerzos por ponerse en pie. Eva había estado mirándole con gesto de enfado y César contemplaba la escena con interés, pero ninguno de los dos hizo nada por ayudarlo. Finalmente, Eva se echó a reír y le tendió la mano, que Aurelio aceptó agradecido.

César hubiera asegurado que la mano de su hermana permanecía en la de Aurelio un instante más de lo necesario, pero se dijo que sólo eran imaginaciones suyas.

-Ahora habrá que recoger todo esto antes de que lo vea tu tía -dijo Eva mirando a su alrededor.

-Ya lo haré yo -se ofreció Aurelio-. Tú sigue buscando.

-No lo pongas todo en la estantería otra vez. Déjalo sobre la mesa, y, ya que lo has sacado, lo revisaremos.

-Eh, chicos -dijo de pronto César-. Mirad esto.

Los otros se volvieron hacia él. Estaba agachado junto a un pergamino que había en el suelo.

-¿Qué es? -preguntó Eva acercándose.

-Es un manuscrito. Y parece muy antiguo.

-Está en latín -murmuró Eva-. No sé por qué, pero me come la curiosidad.

Todos sabían algo de latín. Eva estaba dando su primer año, y César el tercero. Aurelio había dado tres años completos.

-Tal vez pueda traducirlo -dijo éste.

-¿Sin diccionario? -quiso asegurarse César.

-Digamos que siempre se me ha dado bien el latín.

Y entonces recordaron que Aurelio era más inteligente de lo

que parecía.

-De todas formas -añadió tímidamente-, necesitaría papel y boli.

Eva se los dio, mientras César decía:

-No sé si merece la pena. Tal vez no diga nada importante.

Los dos continuaron con su trabajo. Veinte minutos más tarde Aurelio dijo:

-¡Ya lo tengo! Venid a ver esto.

Los dos se acercaron. César leyó el papel de la traducción de Aurelio en voz alta con creciente asombro:

-"Yo, Aurelius, miembro del Consejo de los Siete Magos, escribo esto como legado para futuras generaciones.

»Acordamos entre todos no dar testimonio de nuestra experiencia a nadie, por el peligro que supondría para nuestro mundo si alguien la utilizara para fines maléficos. Pero he de hacerlo, porque se cierne sobre nosotros un inminente peligro que hay que vencer.

»Éramos siete los que formábamos el Consejo, y un aciago día decidimos explotar al máximo nuestras posibilidades y crear otro mundo aparte del que ya teníamos.

»Formamos el Círculo del Poder y con nuestra magia creamos un mundo maravilloso, y accedimos a él. Sus habitantes creían que existían desde siempre, pero nos adoraron como a los dioses que éramos para ellos.

»Pero entre nosotros se hallaba, además del representante de la Justicia, el Bien, el Aire, el Fuego, la Tierra y el Agua, la encarnación del Mal, que creó un contingente aterrador al que llamamos el Ejército de las sombras. Con él se proponía atravesar la Puerta para someter bajo su reinado de maldad y terror el mundo del que procedíamos.

» Me enfrenté a él y lo derroté; y fue doloroso porque se trataba de mi propio hermano, Arcadius.

»Abandonamos el mundo que habíamos creado y cerramos la Puerta que lo unía con el nuestro. Pero el Círculo estaba incompleto y no pudimos cerrarla del todo. Sólo esperamos y deseamos que nuestra creación caiga en el olvido y que nadie trate de apoderarse de ella.

»Para ello, vigilaremos y protegeremos la Puerta hasta que su secreto muera con el último de nosotros.

Aurelius,
miembro del Consejo de los Siete Magos,
Representante del Bien".

César y Eva se quedaron perplejos.

-Este tipo estaba completamente loco -sentenció César-. ¡Crear otro mundo!

-Me ha parecido interesante -apuntó Aurelio-, porque habla de un círculo y de siete magos. Siete como los círculos de tiza que nos interesan.

-Pero resulta estúpido creer lo que dice un loco que se creía un dios. ¡Es ridículo!

-¿Estás seguro de que has traducido bien, Aurelius? -preguntó Eva.

-¿Aurelius? -repitieron César y Aurelio a la vez.

-¡Vaya, perdón! Ya no sé ni lo que digo.

-Aurelius, ¿estás seguro de que has traducido bien? -se burló César.

-No he puesto mi nombre en el papel, si es a eso a lo que te refieres -replicó Aurelio muy digno-. Ahí pone Aurelius y puedes mirarlo si quieres.

-Nos lo creemos -zanjó Eva-. ¿Pero estás seguro de que no te has equivocado con la traducción?

-Completamente. Las palabras más difíciles están traducidas ya, ¿lo veis?

Era cierto. En el manuscrito alguien había apuntado por los márgenes en un trazo muy fino el significado de las palabras más complicadas. El resto había sido cosa de Aurelio.

-Bueno, había algo de lógica en esa teoría tuya de que la magia es el poder de la mente, pero no me trago eso de que pueda crear un mundo, ni aún con todo su poder. Nos estás tomando el pelo.

-Tal vez proyectar imágenes -añadió César pensativo-, pero no

crear una realidad.

-¿He dicho yo que lo haga? -replicó Aurelio, picado-. Me he limitado a traducir el manuscrito, no he expresado mi opinión sobre la veracidad de lo que dice.

-Es demasiado complicado para nosotros -decidió Eva-. Además, ¿qué tiene que ver esto con Angela?

-Pues la verdad es que con todo esto se nos había olvidado el verdadero propósito de nuestra búsqueda -murmuró César-. Propongo que sigamos con los libros.

-¿Y el manuscrito? -preguntó Aurelio.

-Olvídate de él -sugirió Eva-. Si nos entretenemos con eso, nos van a dar las uvas aquí y no habremos encontrado nada.

Al cabo de un rato estaban todos concentrados en su trabajo otra vez, y el pergamino quedaba olvidado sobre la mesa.

Un cuarto de hora más tarde apareció por allí Anabel.

-¿Aún no habéis encontrado lo que buscábais, chicos? -preguntó.

Los tres dejaron lo que estaban haciendo y la miraron.

-Tal vez pueda ayudaros -añadió ella.

Se acercó a la mesa y comenzó a mirar los títulos de los libros que los chicos habían dejado sobre ella. Entonces vio el manuscrito y la traducción hecha por Aurelio. Inmediatamente se le congeló la sonrisa.

Ninguno lo notó, excepto Eva.

-¿Pasa algo, Anabel? -preguntó Eva con tono inocente-. No habremos estropeado el manuscrito, ¿verdad?

-¿Eh? -Anabel volvió a la realidad.

-El manuscrito -indicó Eva-. Un texto interesante. Debe de ser muy antiguo, ¿no?

-Vamos a ver, chavales, ¿qué estáis buscando? -preguntó Anabel irritada, y esta vez sí lo notaron todos.

-Aún no lo sabemos exactamente -respondió César dejando un volumen sobre la mesa-. Vimos en alguna parte un círculo formado por siete círculos de colores y, como Aurelio nos dijo que había visto algo parecido en uno de tus libros, sentimos curiosidad y aquí estamos.

-Aún no hemos encontrado nada -añadió Eva; y pudo comprobar que la mirada de Anabel se dirigía involuntariamente a la mesa donde estaba el pergamino.

-¿Y dónde lo visteis? -preguntó, tratando de quitarle importancia al asunto-. ¿En un libro?

-No, estaba pintado en el suelo -respondió César.

Anabel dio un respingo y Eva le oyó decir para sí misma en voz muy baja:

-¡El Círculo del Poder!

Y dio media vuelta y salió precipitadamente de la biblioteca.

-¡Tía Anabel! -gritó Aurelio-. ¿Qué diablos le pasa? -preguntó dirigiéndose, a los otros.

César se encogió de hombros, pero Eva murmuró:

-Oye, Aurelio, ¿cómo se llamaba el círculo al que hace referencia el manuscrito del mago loco?

-El Círculo del Poder, si mal no recuerdo. ¿Por qué?

-Entonces ese pergamino tiene más relación con Angela de la que pensábamos. Creo que estamos sobre la pista.

-¡Pero eso es ridículo! -protestó César-. ¡El Círculo del Poder! ¡Qué tontería!

-No es ninguna tontería, jovencito -dijo una voz-. No te lo tomes a broma porque éste es un asunto muy serio.

Los tres se volvieron. En la puerta estaba Anabel otra vez, pálida pero serena y tranquila.

El hombre que escribió ese manuscrito no estaba loco -explicó-. Se equivocó en muchas cosas, pero a grandes rasgos dice la verdad. Es un texto muy antiguo, de la época en que aún se escribía con pergamino, es decir, entre los siglos cuatro y quince.

-Eso son once siglos de diferencia -observó Eva.

-No he podido datar ese manuscrito, la verdad. El pergamino tiene la propiedad de conservarse extraordinariamente bien, así que puede ser muy antiguo. Pero por lo que contiene yo creo que pertenece a los años oscuros que siguieron, a la caída del imperio romano.

-En tal caso sería muy antiguo -dijo César-. Del siglo cinco o seis...

-¿Realmente creían que habían creado otro mundo? -preguntó Eva. -Es una historia muy larga. Si realmente habéis encontrado el Círculo del Poder, puede que los temores de Aurelius se hagan realidad.

Sacó un viejo libro polvoriento de una estantería y lo puso sobre la mesa. Todos se colocaron alrededor de ella para verlo cuando lo abrió.

Buscó entre sus páginas hasta que encontró en una de ellas un dibujo de un círculo como el que habían encontrado César y Eva en el famoso sótano.

-Me parece extraño que no lo hayáis encontrado antes -dijo Anabel-. Esta biblioteca está llena de libros que hablan del Círculo del Poder. Y de hecho, dudo que los encontrarais en algún otro sitio.

-Habremos tenido mala suerte -murmuró Aurelio.

-Es idéntico al que vimos en el sótano, César -dijo Eva con un hilo de voz-. Los colores coinciden, los círculos se tocan entre sí...

-El sótano -repitió Anabel-. Y vosotros, ¿me vais a contar vuestra historia o no?

La pregunta iba dirigida a César y Eva. Fue César quien respondió. Le contó lo de Angela y su descubrimiento en el sótano del colegio. Le contó el asunto de la mujer de la limpieza desaparecida y el hecho de la inundación del sótano. Anabel escuchaba en silencio. Luego dijo:

-Si lo que dices es cierto, eso significa que alguien ha utilizado el Círculo del Poder. Pero me parece muy extraño, porque nadie excepto yo conoce la experiencia de los Siete Magos. Mi padre, que fue quien me lo contó, ya murió hace tiempo.

-Bueno -dijo César-, y tú, ¿me vas a contar tu historia o no?

Anabel sonrió.

-La historia se basa en la interpretación de ese manuscrito a lo largo de los siglos. Muchos lo han estudiado y se ha llegado a una conclusión: Aurelius y los demás pensaban que habían creado otro mundo, pero la verdad es que no: lo que hicieron fue viajar a otro mundo.

Capítulo V: "La experiencia de los Siete Magos"

Y Anabel comenzó su historia:

-Fue en la Edad Antigua cuando algunos hombres, entre los que se contaban los primeros filósofos, decidieron buscar dentro de sí mismos las respuestas a las preguntas que la vida les planteaba. Algunos no pasaron de la filosofía, pero otros llegaron a desarrollar su mente hasta extremos insospechados. Se dice que el tiempo que duraba una vida humana no era suficiente como para desarrollar la inteligencia tanto como ellos lo hicieron, y que, por lo tanto, ese desarrollo mental debió de ser hereditario. Y, por tanto, generación tras generación, los primeros "magos" fueron haciéndose cada vez más poderosos.

»Con la caída del Imperio Romano llegó la dominación bárbara. Aquellos años debieron de ser terriblemente confusos. Chocaba la cultura bárbara con el Imperio Romano de Oriente que aún se mantenía en pie y con la semilla del cristianismo, que iba extendiéndose cada vez más.

»No es extraño que aquellos que se dedicaban a desarrollar su poder mental se cerraran al caos exterior, incluida la luz cristiana, y se centraran en sí mismos más todavía.

»En el siglo seis los visigodos de España se reunificaron bajo la religión cristiana católica con la conversión del rey Recaredo. La "magia" fue condenada por ser considerada obra del diablo.

»Pero la "magia" o lo que ellos denominaban magia, no era nada sobrenatural, sino el poder mental utilizado hasta la mitad de su capacidad. Aquellos magos poseían telepatía, telequinesia, levitación, premoniciones, etcétera. El hombre actual sólo utiliza un 10% de su capacidad mental. Ellos llegaron al 50 o 60%. La mente es pura energía, y ellos aprendieron a controlarla y dirigirla hacia donde ellos querían.

»Sin embargo, aparte de esos magos, hubo personas, que nada tenían que ver con ellos, que se declararon a sí mismas poseedoras de la magia tal como ellos lo entendían. Así apareció la imagen del "mago" que tenemos ahora: un viejo con túnica blanca que revuelve un caldero humeante y recita fórmulas parecidas al "Abracadabra,

pata de cabra". La gente de la época confundió a estos pseudobrujos charlatanes con los verdaderos, los que utilizaban el poder de la mente.

»La gente no los comprendía y, por eso, los temía y odiaba. Y los magos, que consideraban su poder un don y no una maldición, ofendidos, se apartaron del mundo y se olvidaron de él.

»En cierta ocasión, siete de los más poderosos hechiceros se reunieron y formaron el Consejo de los Siete Magos. Juntos resolvieron muchos de sus problemas, pero, en un momento de crisis, decidieron crear un mundo donde la hermandad de los magos pudiera vivir lejos de la maldad humana que no los comprendía.

»Las cosas materiales que ellos utilizaban para realizar su magia eran meramente representativas y por eso esquematizaron la realidad que habían experimentado en un círculo de colores que llamaron el Círculo del Poder. En realidad cada uno de los siete círculos representa a uno de los magos. Se tocan entre sí porque seguramente para poner en común sus mentes, los Siete se cogían de las manos. Y el polvo dorado simboliza la magia que fluía entre ellos.

-¿Quieres decir que se colocaban cada uno en el centro de un círculo y se cogían de las manos? -preguntó Aurelio.

Anabel asintió, y prosiguió.

-Utilizando la técnica del Círculo del Poder, los Siete unieron sus mentes y concentraron su energía en un solo punto. Y debió de ser potentísima, puesto que fue capaz de crear, aunque no otro mundo, sí una brecha a la que dieron el nombre de la Puerta. Por muy poderosos que fueran, sus mentes tenían unos límites, y ellos habían tropezado con ellos. No crearon otro mundo, pero la Puerta los llevó a... otra dimensión.

-Otra dimensión -repitió César-. ¿Por dónde se coge eso?

-Bueno, todos conocemos la primera dimensión: la línea, la segunda que es el plano, la tercera que es el espacio, la hipotética cuarta dimensión que es el tiempo... pero podría haber una quinta, sexta, infinitas dimensiones. Me refiero a otros espacios, otros tiempos. Me refiero a mundos paralelos al nuestro.

»En realidad, no sabemos cómo era el mundo al que llegaron los Siete del Consejo. Por el manuscrito de Aurelius sabemos que esa

dimensión está habitada, porque dice que allí los adoraron como a dioses. Sabemos también que era, según él, "un mundo maravilloso". Pero no sabemos nada más.

»Por lo que dice ahí, cada uno fue adorado como una divinidad diferente. Aurelius era el dios del Bien, su hermano Arcadius el dios del Mal, y luego estaban el de la Imparcialidad o la Justicia, el del Fuego, el del Aire, el del Agua, y el de la Tierra.

-Típico -comentó César desdeñosamente.

-No crees ni una palabra de lo que te estoy diciendo, ¿verdad, chaval? -observó Anabel-. Pues esto va muy en serio. Espera a que termine y no opinarás así.

»Arcadius, que fue llamado dios del Mal debido a su ansia de poder y su ambición, reunió un ejército que fue llamado, tal como dice el pergamino, el Ejército de las Sombras. No sé qué tipo de guerreros serían, pero el Consejo les tenía mucho miedo. Arcadius se proponía cruzar la Puerta con su ejército para conquistar el mundo.

-Más típico todavía -dijo César.

Anabel hizo caso omiso de la interrupción y continuó:

-Aurelius se enfrentó a su hermano, y debió de ser una batalla terrible, porque no emplearon la fuerza física sino su poder mental. De cualquier modo, Arcadius fue vencido y con él su plan de invasión. Los seis restantes abandonaron su "creación" y cruzaron la Puerta de nuevo. Luego, ya en su mundo de origen, quisieron hacerla desaparecer, sellarla para siempre, pero no pudieron porque les faltaba uno para completar el Círculo del Poder. Es como si la Puerta estuviera cerrada con llave. Y entonces sólo aquél que tiene la llave la puede abrir. Pero un día a la llave, que tiene siete dientes, se le rompe uno. Y ya no funciona. Entonces la Puerta se queda abierta. Lo que hicieron los magos fue cerrarla pero sin llave.

»Para abrir una puerta cerrada con llave se necesita la llave. Para abrir una puerta cerrada normalmente no se necesita nada. Cualquiera puede hacerlo, basta con apoyar la mano en el pomo y girarlo.

»Con la brecha interdimensional pasaba algo parecido. Estaba allí, pero cualquiera podría abrirla porque no habían podido hacerla desaparecer. Por eso lo que quedaba del Consejo decidió hacer un

pacto de silencio que Aurelius, por alguna razón, rompió.

-¿Y ahí termina la historia? -preguntó Eva.

-No, la historia se prolonga hasta nuestros días. Como podéis comprobar, Aurelius escribió un manuscrito. Sin embargo, nunca salió a la luz. Aurelius murió sin haberlo enseñado a nadie, pero sin haberlo destruido tampoco.

«Su hijo heredó dicho manuscrito y, consciente de su importancia, lo guardó celosamente y lo legó a su primogénito, dándole unas instrucciones que nunca se desobedecieron.

«El pergamino se transmitió de generación en generación como un secreto de familia. Y debía de ser secreto porque en aquella época su contenido era herético. Tened en cuenta que los primeros descendientes de Aurelius creían de veras que el mundo visitado por los del Consejo fue creado por ellos. Y más adelante, cuando apareció la Inquisición, tuvieron aún más motivos para que aquel sorprendente manuscrito quedara en familia.

»De hecho en la Edad Media pocos eran los que sabían leer, así que es probable que muchos de los que fueron depositarios de la herencia de Aurelius ni siquiera supieran lo que ponía en ese pedazo de pergamino. El caso es que, por increíble que parezca dadas las circunstancias -la incultura general, la invasión musulmana, la Reconquista, la Inquisición-, el pergamino no se desvió de la línea hereditaria de Aurelius.

»En el siglo quince, además de aparecer la imprenta, la gente se interesó por la cultura clásica: era el Renacimiento. Uno de los descendientes de Aurelius tradujo el manuscrito a varios idiomas, aunque estas traducciones no llegaron a salir de su biblioteca, y escribió algunas consideraciones suyas acerca de lo que él llamó "la experiencia de los Siete Magos" y sobre el Círculo del Poder.

»A partir de entonces, los que le sucedieron comenzaron a coleccionar libros y pergaminos que trataban de magia y temas parecidos. También escribían tratados, e incluso publicaron algún que otro libro sobre el Círculo del Poder, aunque el verdadero contenido del manuscrito de Aurelius nunca salió a la luz.

»Poco a poco fue formándose una biblioteca de libros y tratados de magia, y más adelante ciencias ocultas y parapsicología.

El secreto dejó de transmitirse de padres a hijos, aunque lo que sí siguió la línea hereditaria fue la biblioteca, que se convirtió en el mayor tesoro familiar.

»Lo siguiente es fácil de adivinar: Los que entraban en posesión de la biblioteca y no estaban interesados en el tema, se limitaron a dejarla en herencia a su primogénito y no le hicieron el menor caso. Por el contrario, los que estudiaron los libros de la biblioteca encontraron el manuscrito de Aurelius o una de sus traducciones, y lo descifraron. Y siguieron escribiéndose cosas, como el libro que os he enseñado antes, sobre el Círculo del Poder, e incluso sobre la Puerta.

»Los estudiosos más actuales de la biblioteca fueron dejando sus opiniones y sus interpretaciones particulares del manuscrito... y así surgió la idea de que el mundo que visitó el Consejo no fue creado por ellos, o que la magia de los magos era poder mental.

»La biblioteca fue creciendo. Algunos libros se perdieron y muchos más fueron añadidos hasta configurar lo que es hoy.

-¿Y quieres decir que esa biblioteca...? -empezó Eva, pero no terminó la frase. Anabel, por toda respuesta, hizo un amplio gesto con el brazo señalando a su alrededor.

-Te encuentras en ella, Eva -murmuró Aurelio.

-Como dije antes -prosiguió Anabel-, ni el manuscrito ni la biblioteca han salido de la familia.

-¿Intentas hacernos creer que descendes directamente de Aurelius? -preguntó Aurelio.

-No sólo yo -replicó Anabel-. También tú, mi querido sobrino. Como yo no tengo hijos, tú heredarás la biblioteca.

-Qué tontería! -dijo César-. Francamente veo muy difícil que ese manuscrito se haya mantenido en la misma familia durante quince siglos.

-Míralo de este modo. La Edad Media es la época en la que más fácilmente pudo perderse. Si no hubieran creído en su contenido, los descendientes de Aurelius habrían destruido el pergamino. No lo hicieron porque lo tenemos aquí, y, como os he dicho antes, no creo que se arriesgaran a entregarlo a una persona que no fuera de su confianza.

»Además, se han realizado investigaciones. Desde que se creó la biblioteca en el siglo quince siempre ha pertenecido a nuestra familia. Es cierto que el pergamino pudo cambiar de dueños, pero yo no lo creo, porque tenemos las anotaciones que hicieron las distintas generaciones de descendientes de Aurelius.

»Y tenemos el hecho de que mi sobrino ha heredado parte de la capacidad mental del gran hechicero, ¿no es así?

Aurelio dio un respingo.

-No exageres, tía -protestó-. Estoy de acuerdo contigo en que un super desarrollo mental tan enorme como el de los antiguos hechiceros tuvo que influir de algún modo en sus descendientes, pero dudo mucho que se siga manteniendo después de quince siglos.

-Yo no estoy tan segura -replicó Anabel pensativa-. En nuestra familia por vía paterna ha habido personas muy inteligentes. Además, eso de que el Consejo realizó su experimento en el siglo cinco o seis es una teoría, solamente. Pudo ser más tarde porque los testimonios escritos más antiguos que tenemos datan del siglo quince.

-Lo que yo no comprendo -dijo Eva-, es por qué, si eran tan inteligentes, no se dieron cuenta de que no creaban un nuevo mundo sino que llegaban a él.

-Eran humanos -los disculpó Aurelio-. Además, su primera intención fue crear un mundo. Y al atravesar la Puerta, los recibieron como si fueran dioses. No me extraña que con todo eso no cayeran en la cuenta de que no habían logrado su propósito.

Los tres se quedaron en silencio. Podrían haber seguido hablando de ello, pero estaban cansados y hambrientos, así que, cuando Anabel les propuso bajar a comer, salieron enseguida de la biblioteca.

Después de la comida subieron de nuevo.

-Tengo una pregunta para hacerte -dijo entonces César-. ¿Cómo puede ser que todos creyeran a pies juntillas lo que dice Aurelius? Quiero decir, ese hombre bien pudo estar loco.

-Supongo que su hijo lo conocería bien, y, de padres a hijos, quién no va a creerlo. Naturalmente, cada uno es libre de pensar lo que quiera, pero en mi opinión, no parece muy lógico que en la Edad Media se arriesgaran tanto por una mentira.

César no quedó demasiado satisfecho con la respuesta. Eva formuló otra pregunta:

-Esto es sólo curiosidad. ¿Por qué Aurelio tiene un nombre tan parecido al del autor del manuscrito?

Anabel se echó a reír, pero Aurelio apenas le prestó atención. Probablemente ni siquiera se había dado cuenta de que hablaban de él. Estaba sentado en su sitio, con la mirada perdida, el ceño fruncido y mordiéndose el labio inferior, como si estuviera reflexionando sobre algo.

-Fue algo muy curioso -explicó Anabel-. Verás, cuando mi hermana estaba embarazada de Aurelio, comentó un día que no sabía qué nombre ponerle. Yo acababa de descubrir en la biblioteca el manuscrito de Aurelius, y estaba tan obsesionada con el tema que, casi sin darme cuenta, le sugerí que le llamara Aurelio. Pensé que se reiría, pero dijo que le gustaba el nombre y que se llamaría Aurelio.

César se echó a reír.

-¿Has oído, compañero? -le dijo a Aurelio dándole una palmada en la espalda-. ¡Te pusieron el nombre de un loco del siglo sexto!

Aurelio volvió a la realidad.

-¿Eh? -preguntó despistado-. ¿Decías?

-Olvídalo -dijo César, pero añadió-: ¿Te pasa algo?

-Humn. Nada. Que ya he resuelto el misterio.

-¿Completamente? -preguntó Eva-. ¿Y la relación de Angela con todo esto?

Aurelio los miró a todos sonriendo animadamente.

-Sí -afirmó-, no es difícil. Pero mi solución al caso requiere dar por cierto lo que mi tía nos ha contado.

Aquello iba por César, y el chico se dio cuenta inmediatamente.

-Está bien -gruñó-. Partamos de esa base.

-¿Entonces quieres decir que alguien ha utilizado realmente el Círculo del Poder? -preguntó Anabel.

Aurelio asintió pesaroso.

-Eso me temo -murmuró-. Y se ha llevado a Angela consigo.

Capítulo VI: "La teoría de Aurelio"

-Antes de explicaros lo que se me ha ocurrido -empezó Aurelio-, tengo una pregunta. En el manuscrito dice que Aurelius derrotó a su hermano, pero... ¿lo mató?

Anabel se quedó en silencio un momento. Luego dijo:

-Nunca me lo he planteado. No tengo ni idea.

-Bueno. Supongamos que no lo mató, pero que quedó tan débil que no pudo volver a utilizar su poder mental para abrir la Puerta y volver a buscar el Ejército de las Sombras. En tal caso, Aurelius no tendría razón para hablar de esa "terrible amenaza" de la que habla en su manuscrito.

»Los dos magos se enfrentaron con su poder mental. Debieron de terminar agotados, y especialmente el perdedor. Es posible que no pudiera volver a enfrentarse al Consejo. Por tanto, no era a él a quien temía Aurelius.

»Aurelius dice "proteger la Puerta". ¿De qué? En mi opinión esa brecha se hallaba en un lugar determinado. Como Aurelius no dijo dónde, está claro que ninguno de sus descendientes pudo acceder a ella. Entonces, ¿por qué ha utilizado alguien el Círculo del Poder? Dudo mucho que hoy en día alguien posea el poder suficiente como para abrir una Puerta nueva, pero cualquiera, con algo de esfuerzo, podría provocar la reapertura de aquella que creó el Consejo.

»Desde luego, no ha sido un descendiente de Aurelius quien ha empleado el Círculo del Poder, porque los descendientes de Aurelius no saben dónde está la Puerta. Él no lo dijo. Y dudo mucho que algún otro del Consejo se atreviera a romper el pacto de silencio. Pero, sin embargo, hubo uno que no tenía por qué callarse.

»Ése era Arcadius.

-Es verdad -admitió Anabel-. Todos han dado por hecho que Arcadius murió en el combate, pero cabe la posibilidad de que Aurelius, como dios del Bien que él creía que era, se apiadara de su hermano.

-Bueno, supongamos ahora -prosiguió Aurelio-, que también él dejara un mensaje revelando la existencia de la Puerta, su situación exacta, y del mundo que el Consejo visitó. Tal vez se lo comunicó a

su hijo, o a alguien de su confianza. A lo mejor también su secreto se ha transmitido de generación en generación, como el de Aurelius. Y puede que ése fuera el peligro al que éste se refería; puede que fuera esto lo que le obligara a romper el pacto de silencio y a advertir al mundo.

»Si aceptamos que el manuscrito de Aurelius no salió de su familia resulta extraño, pero sería demasiada casualidad que hubiera sucedido lo mismo con Arcadius. Y, sin embargo, resulta probable. El pergamino de Aurelius contiene una Advertencia, una prohibición, algo que no debe hacerse. Pero seguramente Arcadius hablaría de un poder que te permitiría controlar el mundo. Hablaría de un lugar donde él era el dios. Hablaría del Ejército de las Sombras, y, lo que es más importante, daría instrucciones concretas y la situación exacta de la Puerta.

-¿Y si Arcadius hubiera muerto en el combate? -preguntó César.

-Podría ser -admitió Aurelio-, pero entonces nadie habría podido abrir la Puerta porque Aurelius no se preocupó de revelar dónde estaba. Y yo personalmente pienso que alguien ha abierto la Puerta.

-¿Y dónde se supone que está esa Puerta? -preguntó Eva.

-¿Aún no lo habéis adivinado? ¡En el sótano del colegio de Angela y Eva!

-¡Cáspita! -pudo decir César-. ¿Quieres decir que construyeron el colegio donde hace tanto tiempo los Siete realizaron su experimento?

-Justamente.

-Eso lo explica todo -murmuró Eva pensativa.

-Aún no he terminado -anunció Aurelio-. Ahora puedo deciros qué sucedió la tarde en que desapareció Angela.

Todos se acercaron más, interesados.

-Veréis, primero tendremos que centrarnos en esa mujer de la limpieza, esa Leticia... Supongamos que conoce el secreto de la Puerta porque de alguna manera ha encontrado lo revelado por Arcadius. La ambición le ciega. ¡Llegar a dominar el mundo! Supongo que lo descubrió hace mucho tiempo. Y que hasta ahora se

ha dedicado a potenciar su poder mental para que le resultara más fácil abrir la Puerta cuando llegara el momento. Si es descendiente directa de Arcadius, tal vez no le resulte muy difícil.

»El momento ha llegado. Se coloca en el servicio de limpieza del colegio para poder acceder al sótano. Se apropia de la llave del sótano y comienza a hacer sus preparativos allá abajo, entre otros, dibujar el Círculo del Poder para que le marque la situación exacta de la Puerta, que tardaría unos días en localizar.

»Cuando todo está listo, debe esperar a que todo el mundo se vaya para que no la sorprendan. Y eso estaba haciendo cuando surge un imprevisto...

-La lluvia -completó Eva.

-Exactamente: la lluvia. Si se inunda el sótano, se borrarán los círculos de tiza y tendrá que retrasar su viaje al Otro Lado hasta que encuentre la Puerta otra vez. Así que decide arriesgarse e intentarlo ya. Pero entonces surge otro imprevisto.

-Angela -adivinó Eva.

César la miró fastidiado.

-Déjale continuar, ¿quieres? -protestó.

-Pues para otra vez piensa un poco, pardillo -se burló Eva.

Aurelio continuó:

-Seguramente Angela, que en ese momento salía de su clase extra de latín, la vio bajar por las escaleras que llevaban al sótano. Como todas, sentía curiosidad por saber cómo era, así que, añadiendo a eso el hecho de que no tenía paraguas ni ganas de mojarse, tenemos que bajó las escaleras detrás de la mujer de la limpieza.

»Imagino que estaría oscuro ahí abajo. Tropezaría y se le caería el pasador de pelo. Y como todo estaba mojado y oscuro no se preocupó de recuperarlo.

»Entró en el sótano. Allí vio a Leticia abriendo la Puerta. Como es lógico, se asustó, aunque no sé qué vio porque no tengo la menor idea del aspecto que tiene. Pero de alguna manera la mujer descubrió su presencia demasiado tarde, así que lo único que pudo hacer para evitar que Angela diera el chivatazo, por así decirlo, fue agarrarla del brazo y llevársela con ella a otra dimensión.

Eva lanzó una exclamación ahogada.

-Si eso es verdad -dijo-, no me extraña que no la encuentren por ninguna parte.

-En realidad -continuó Aurelio-, llevarse a la chica consigo fue una idea genial... excepto en un detalle. Esa mujer no se dio cuenta de que su cartera quedaba olvidada en un rincón del sótano.

»Imaginaos qué habría pasado si Angela no hubiera dejado su pasador de pelo en la escalera y su cartera en el sótano. César y Eva habrían bajado allí y habrían visto los círculos, pero no los habrían relacionado con Angela. La policía habría seguido buscándola pero no en el colegio. Y nosotros cuatro no estaríamos aquí ahora.

-En resumen -concluyó Eva-, que Angela está en otra dimensión y tenemos que ir a buscarla.

-Pero eso no es lo más grave -dijo Anabel, inesperadamente; hacía un buen rato que no hablaba-. Si esa Leticia ha cruzado la Puerta por algo será, ¿no? Y desde luego no se ha enterado de su existencia por Aurelius.

-¿Quieres decir que planea encontrar ese Ejército de las Sombras y volver con él para lanzarse a la conquista de ambos mundos? -preguntó Eva. Anabel asintió gravemente.

-Eh-eh, un momento -protestó César-. Estamos dando por sentado que todo eso de la Puerta, el poder mental y la otra dimensión es cierto.

-Pues claro -replicó Eva-. Todo encaja, ¿no lo ves?

-¡Pero es ridículo!

-¡Es ridículo! ¡Es ridículo! -lo imitó Eva con voz aflautada-. Sólo sabes decir eso. ¡Abre los ojos y mira! Hasta ahora la idea de Aurelio es la única con sentido...

-¡Sentido! ¿Qué sentido? ¡No lo tiene! Esa Leticia desapareció hace más de dos meses. Si hubiera ido a buscar ese... ese Ejército de las Sombras, sea lo que sea eso, ya habría vuelto. ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo, me lo puedes decir?

-Eso es lo que tenemos que averiguar.

-¡Averiguar! ¿Y por qué nosotros, eh? ¿Por qué no la policía?

-Porque no nos creerían, César.

-Ahí está. ¿Lo ves? No nos creerían porque es de locos.

-Tampoco a Leonardo da Vinci le creyeron cuando dijo que un

día el hombre podría volar -intervino Anabel-. Ni a Copérnico cuando dijo que la Tierra giraba alrededor del Sol. Ni a Julio Verne cuando escribía cosas sobre submarinos, globos y viajes a la Luna. Y no estaban locos, ¿verdad?

-¿Qué sugieres que hagamos? -le preguntó Eva a Anabel, sin hacer más caso de su hermano mayor.

-No lo sé. Creo que deberíamos viajar al Otro Lado para rescatar a Angela. Al fin y al cabo, lo que dice César tiene sentido: es raro que tarde tanto en encontrar ese Ejército de las Sombras y regresar con él. Tal vez haya fracasado en su empeño. Recordad que el Consejo de los Siete Magos tuvo miedo de ese Ejército. Y eran muy poderosos. Esa Leticia debería de serio más para controlarlo, ¿no os parece?

-Pero si Leticia conoce la existencia de la Puerta -objeto Aurelio-, también sabrá qué es eso del Ejército de las Sombras y cómo controlarlo, porque de lo contrario, no iría allí.

-Dejad de discutir sobre si vamos o no -zanjó Eva-. Tenemos que ir, porque no vamos a dejar a Angela allí con esa bruja, y punto. Y, de paso, podríamos enterarnos de qué es eso del Ejército de las Sombras para poner en aviso a todo el mundo si Leticia puede controlarlo y para respirar tranquilos si vemos que ha fracasado.

-Sí -murmuró Anabel-. Está claro que si esa mujer tiene tanto poder como para realizar el deseo de venganza de Arcadius, nosotros no podremos hacer nada por detenerla. Pero tampoco podemos quedarnos de brazos cruzados.

-Bueno, ¿y quiénes vamos? -preguntó Aurelio con cierto nerviosismo-. Está claro que yo tengo que ir. Pero voto por que Eva no vaya.

-¿Y eso por qué? -replicó la interesada, picada.

-Bueno, eres una... eres la más joven del grupo y...

-¡Ibas a decir que soy una chica! Por supuesto que iré, ¿qué te has creído? Vosotros no sabéis quién es Angela...

-Pero sabemos cómo es, hermanita -intervino César-. Hay carteles con su foto pegados por toda la ciudad. Es más, alguien debe de quedarse aquí para dar aviso a nuestros padres por si a nosotros nos pasa algo y tardamos mucho en volver...

-En tal caso, debo ser yo la que se quede -decidió Anabel-. Los únicos que podemos abrir la Puerta somos Aurelio y yo. Si veo que no volvéis en un período razonable de tiempo llamaría a la policía e iríamos a buscaros. Pero ahora no podemos avisarlos, porque, aparte de que no nos creerían, no sabemos lo que nos vamos a encontrar allí.

-Yo insisto en que Eva no debe ir -repitió Aurelio.

-¡Ni hablar, guapo! -se rebeló ella-. ¡A mí no me dejáis en tierra!

César y Aurelio cruzaron una mirada.

-Está bien -dijo César-. Ya eres mayorcita.

-Entonces -dijo Aurelio-, ¿qué se supone que debemos hacer?

-Mirad, si tenemos que entrar en el colegio ha de ser a una hora en la que no haya nadie -explicó Eva-. Sobre las ocho o las nueve de la tarde. Pero a esa hora está cerrado, así que tendré que conseguir la llave de alguna manera, lo cual me llevará tiempo porque la recepcionista no les quita la vista de encima. Propongo que quedemos el viernes que viene por la tarde.

-¿Estás segura de que podrás tomar prestada la llave sin que nadie se entere? -preguntó César.

Eva sonrió.

-Completamente -dijo-. No será muy difícil. He hecho cosas peores.

Y entonces César recordó que su hermana era el terror del colegio, y sonrió también.

-Cuento contigo -dijo.

-Escuchad -les llamó la atención Anabel-, quiero que, cuando estéis allí, os olvidéis de haceros los héroes. Buscad a Angela y volved con ella, pero no hagáis nada más. No intentéis meteros con Leticia ni con el Ejército de las Sombras, ¿está claro?

Todos asintieron.

-Ahora sólo queda que os explique lo que se sabe del Círculo del Poder -concluyó, y los chicos respiraron profundamente.

Aquello no era un juego. Incluso César, pese a sus palabras, se había convencido de que la historia era real, y de que pronto de enfrentarían a lo desconocido.

Y podía no ser muy agradable.

Capítulo VII: "El Círculo del Poder"

-El Círculo del Poder -comenzó Anabel- fue representado por uno de mis antepasados como un heptágono, de tal modo que cada uno de los componentes del Consejo se colocaba en un vértice. Como el número de vértices es impar, uno de los magos tendría que colocarse en la parte superior del heptágono.

»Siempre se había creído que ese puesto estaba reservado para el Presidente del Consejo, y que éste era Aurelius por ser el representante del Bien. Pero a partir del siglo XVI la idea es otra. Si Aurelius era el Presidente, Arcadius debía colocarse en oposición a él.

»Pues no lo está. Los círculos negro y blanco están muy próximos, sólo separados por el amarillo.

»Ese amarillo se considera el perteneciente al Presidente del Consejo: la Justicia o Imparcialidad. Así, en la parte superior del heptágono se colocan la Imparcialidad nivelando al Bien y al Mal, y en la parte inferior los cuatro elementos básicos: Aire, Agua, Tierra y Fuego. Así...

Y Anabel dibujó en un papel un esquema del Círculo del Poder.



(Esquema curre que hice yo a los 16 años en el texto mecanografiado del libro.)

-Hay una cosa que no comprendo -dijo Eva-. Si Aurelius no describe en su manuscrito el Círculo del Poder, ¿cómo sabemos qué aspecto tiene?

-Hay por ahí otro escrito de Aurelius con una detallada descripción del Círculo del Poder. Como es lo único que describe detalladamente, todos los estudiosos de la Puerta se han centrado en él como punto de referencia.

»Pero seguramente os preguntaréis que por qué os hablo del Círculo del Poder. Muy sencillo: vamos a tener que reconstruirlo en el sótano tal y como estaba cuando Leticia lo utilizó, porque nos marca la situación de la Puerta y si lloviera otra vez podríamos perderla. En caso de que surjan complicaciones tendré que viajar al Otro Lado a buscaros.

-¿Cómo abriremos la Puerta, tía Anabel? -preguntó Aurelio.

-Yo iré con vosotros. La abriremos entre los cuatro y luego vosotros tres la cruzaréis.

Aquello ya estaba claro.

Pasaron el resto del fin de semana ultimando detalles y el domingo por la tarde, César, Eva y Aurelio volvieron a sus casas.

El lunes siguiente Eva tuvo que ir al colegio. Tenía un plan para hacerse con las llaves, pero para eso tenía que quedarse sola en recepción. En las horas de entrada y salida de clases y el recreo siempre había gente allí.

Así que, en cuanto acabó la primera clase y llegó la hora de la clase de deporte, Eva le dijo a la profesora de educación física que había olvidado el equipo en su casa. Mientras las demás hacían el calentamiento, y aprovechando un descuido de la profesora, Eva se fue a recepción.

Allí guardaban una copia de todas las llaves del colegio, incluso una del sótano, ahora que iba tanta gente por allí.

Eva entró en Recepción e intentó hacer creer a Rosa, la recepcionista, que una profesora la estaba buscando. Pero ella la conocía bien, y no picó. Plan número uno, fallido.

Eva lo intentó de otra manera: en un momento en el que

hubiera mucha gente en Recepción y sus maniobras pasaran desapercibidas.

Para ello le iba a ser muy útil su condición de secretaria de inglés.

Los miércoles después del recreo la clase de 2º A tenía clase de inglés en el laboratorio de idiomas. La profesora era muy despistada y siempre olvidaba la llave. Por eso Eva era la encargada de ir a buscarla en el recreo.

Aquel miércoles aprovechó para entrar en Recepción cuando más confusión había.

-¡Hola, Rosa! -saludó-. Vengo por la llave del aula de idiomas...

Generalmente Rosa se la daba en mano porque no le gustaba que las chicas anduvieran revolviendo en el armario donde guardaba las llaves, pero en aquel momento estaba ocupada atendiendo una llamada. Además, tenía allí a un hombre que decía que le había traído las cajas de papel para fotocopadoras que el colegio había pedido, un grupo de niñas pequeñas que decía que una de ellas se había clavado una astilla en el dedo, dos ya no tan pequeñas querían echar un vistazo en objetos perdidos en busca de un paraguas extraviado, y mientras, la profesora de música se quejaba de que con aquel follón no podía hablar por teléfono.

-Ya sabes dónde está -resopló Rosa, tapando un momento el auricular-. Cógela tú misma.

Eva abrió el armario y nadie se dio cuenta de que, además de la llave del aula de idiomas, cogía la de la puerta del colegio, la del edificio principal y la del sótano.

Aquella misma tarde las llevó al cerrajero para que le hiciera una copia de cada una.

La llave de la puerta del colegio y de la puerta del edificio principal que se guardaban en recepción no eran más que una de tantas copias. La recepcionista tenía otra copia en su llavero particular, y, como era ella la encargada de abrir y cerrar el colegio todos los días, tardaría bastante en descubrir la sustracción hecha por Eva.

De todas formas. ésta las devolvió a su lugar un día en que vio

que Rosa no estaba en su cuartel general.

El problema del acceso al colegio estaba solucionado.

Por su parte, Anabel había conseguido pinturas para reconstruir el Círculo del Poder, y César y Aurelio estaban ocupados reuniendo todo lo que iban a necesitar para su viaje.

El viernes por la tarde, sobre las ocho, César y Eva se reunieron en la habitación de esta última para pasar revista de sus mochilas.

Los dos temblaban de excitación.

-Es como si huyéramos de casa... -musitó Eva. No es que tenga miedo, pero lo siento por nuestros padres. Se van a preocupar tanto... ¿no deberíamos dejar una nota?

-¿Qué tipo de nota? ¿"Papá, mamá, nos vamos a salvar el mundo"? -César rió, aunque en su risa no había alegría.

-No seas bobo.

Eva cogió un papel y escribió la nota. Luego se la tendió a César, y éste la leyó:

"Papá y mamá,

tenemos una pista respecto a dónde puede estar Angela. Vamos a ir a buscarla. No podemos ir a la policía porque es sólo una idea, no tenemos pruebas y no nos harían caso. ¡Ya sabes que el jefe de policía me considera una plaga! Hemos tenido que marcharnos a escondidas porque sabemos que no nos dejaríais ir. Pero no os preocupéis, seremos prudentes. No sabemos cuándo vamos a volver, pero tranquilos, llevamos lo necesario.

Os quieren,

César y Eva".

-Me gusta -aprobó César-. De hecho no mentimos. Es verdad, aunque no toda la verdad.

-En la vida hay muchas maneras de solucionar un problema, querido hermano.

Colocaron la nota en lugar visible, cogieron las mochilas y se marcharon. Eva, tras revisar concienzudamente la de César, había añadido un diccionario de latín.

-Pero si tenemos a Aurelio, que es lo más parecido que he visto a un diccionario con piernas... -había protestado César.

Pero Eva, alegando que "nunca se sabe" y que ella también

llevaba uno, se había salido con la suya.

Ninguno de los dos pronunció palabra mientras se dirigían al colegio de Eva. Secretamente, los dos deseaban que el manuscrito de Aurelius no fuera más que el delirio de un viejo loco, que no existiera la Puerta ni otra dimensión y que en el sótano se demostrara que Anabel estaba equivocada.

Eran las ocho y media de la tarde. Ya no quedaba nadie en el colegio: Aurelio y Anabel los esperaban en la puerta. Eva sacó la copia de la llave de la entrada y la abrió.

Silenciosamente, como ladrones, llegaron hasta el sótano.

Encendieron la luz y comenzaron a buscar afanosamente los restos de tiza. Había llovido en un par de ocasiones más desde que los dos hermanos estuvieran allí por vez primera, y los círculos estaban casi completamente borrados. Pero por fin Aurelio los localizó y entre los cuatro, con pintura y pinceles, comenzaron a reconstruirlos.

El trabajo los distrajo un poco y les devolvió el buen humor.

Cuando finalizaron, Anabel dijo:

-El caso es que somos cuatro, y no podemos ocupar todos los espacios del Círculo, pero como están muy juntos, bastará con que alarguemos más los brazos.

Se acercó al Círculo pero permaneció indecisa al borde, sin saber en qué circunferencia colocarse. Eva, con un suave empujón, la colocó en el círculo blanco y se situó ella misma en el verde. Aurelio y César ocuparon, respectivamente, el círculo azul y el círculo rojo.

Y se cogieron de las manos.

Anabel tragó saliva.

-Creo que había unas palabras o algo así -dijo-, pero eran sólo rituales. Tan sólo cerrad los ojos y concentraos en la Puerta.

Los chicos lo hicieron. Anabel siguió hablando, y su voz resonaba en los oídos de todos.

La Puerta. Pensad sólo en la Puerta. Podemos hacerlo. Podemos abrir la Puerta.

Poco a poco fueron olvidándose de lo que los rodeaba. Poco a poco la visión de la Puerta, tal y como cada uno la imaginaba, fue ocupando sus mentes. Se concentraron. Se concentraron. Se concentraron hasta que les dolió la cabeza. Aurelio y Anabel sintieron

que algo muy tenue despertaba en ellos. César y Eva notaron que una fuerza muy leve fluía a través de ellos.

El poder mental de los más fuertes, la energía, se transmitía a los más débiles para equilibrarse.

Insistieron.

César se vio a sí mismo vagamente gritando "¡Ábrete, Sésamo!". Pero descartó aquel pensamiento porque interrumpía su concentración.

Ábrete, Sésamo.

Ábrete, Puerta.

Sentían que lo estaban consiguiendo. Ahora ya no tenían que esforzarse. Les dolía la cabeza a reventar, pero no eran capaces de detenerse. La Puerta absorbía su energía sin que ellos pudieran hacer nada para evitarlo. Sólo tenían que dejarse llevar.

El dolor de cabeza aumentó.

Pero algo así como una brecha se abrió en el aire. Una brecha que se fue ensanchando lentamente. Muy lentamente.

Todos podían verlo a pesar de tener los ojos cerrados. No los abrieron ni permitieron que aquello los desconcentrara. Era demasiado importante. La Puerta se abría.

Tenían la sensación de que si paraban ahora la Puerta volvería a cerrarse. Debían continuar hasta que la brecha alcanzara su máxima anchura.

La Puerta se abría.

Eva soltó un gemido. Aquello era más doloroso de lo que se había imaginado. Oyó un jadeo ahogado de Aurelio que la desconcentró ligeramente.

Pero entonces Anabel le apretó con fuerza la mano. ¡No desfallezcas! Eva se obligó a sí misma a pensar sólo en la Puerta. La Puerta. La Puerta se abría.

Aurelio tuvo la sensación de que lo estaban consiguiendo. Que la Puerta estaba llegando a su apertura total. Pero no podía bajar la guardia. No ahora. La Puerta se abría.

César podía ver la Puerta a través de sus párpados cerrados. Cada vez se ensanchaba unos centímetros más.... ábrete, Puerta. Vamos, un poco más. Más. La Puerta se abría.

Anabel sentía la fuerza de Aurelius brotando de su mente y fluyendo hacia los demás. Todos lo notaban. La mente de Anabel era la más madura de las cuatro y, por tanto, la que más esfuerzo hacía. Pero no debía pensar en el dolor. Sólo en la Puerta.

La Puerta, que se abría.

Entonces la Puerta alcanzó sus máximas dimensiones. Parpadeó un poco y se mantuvo donde estaba.

Los cuatro abrieron los ojos y se derrumbaron en el suelo. Descansaron allí, con la Puerta suspendida en el aire sobre ellos.

Poco a poco el dolor de cabeza remitió.

Lo hemos conseguido -murmuró César.

Todos se miraron unos a otros y sonrieron débilmente.

En cuanto se hubieron recuperado, los tres jóvenes se levantaron perezosamente y recogieron sus cosas.

-Hemos de marcharnos ya, tía -musitó Aurelio.

Anabel se levantó con un gesto de cansancio.

-Pues hacedlo ya.

César pensó que ni Eva ni Aurelio querrían ser los primeros en cruzar la Puerta, así que dio un paso al frente y pasó al Otro Lado. Eva alargó la mano para atraparlo en un gesto involuntario, pero no llegó a tiempo. Alzó la cabeza con gesto decidido y le siguió. Aurelio se quedó ahí plantado, indeciso, frente al umbral de la Puerta.

-¡Vamos! -lo apremió Anabel y, de un empujón, lo mandó al Otro Lado.

Anabel se quedó completamente sola en el sótano. La asaltaba un profundo sentimiento de culpa. Tenía miedo por los chicos. El miedo se convirtió en pánico cuando vio que la Puerta comenzaba a cerrarse lentamente.

-¿Qué he hecho? -murmuró-. Oh, Dios, ¿qué he hecho?

Entonces fue cuando descubrió la mochila de Aurelio abandonada en un rincón. Su sobrino era un completo desastre para las cosas más sencillas. La cogió y gritó nerviosamente:

-¡Eh, Aurelio! ¡Te has dejado la mochila!

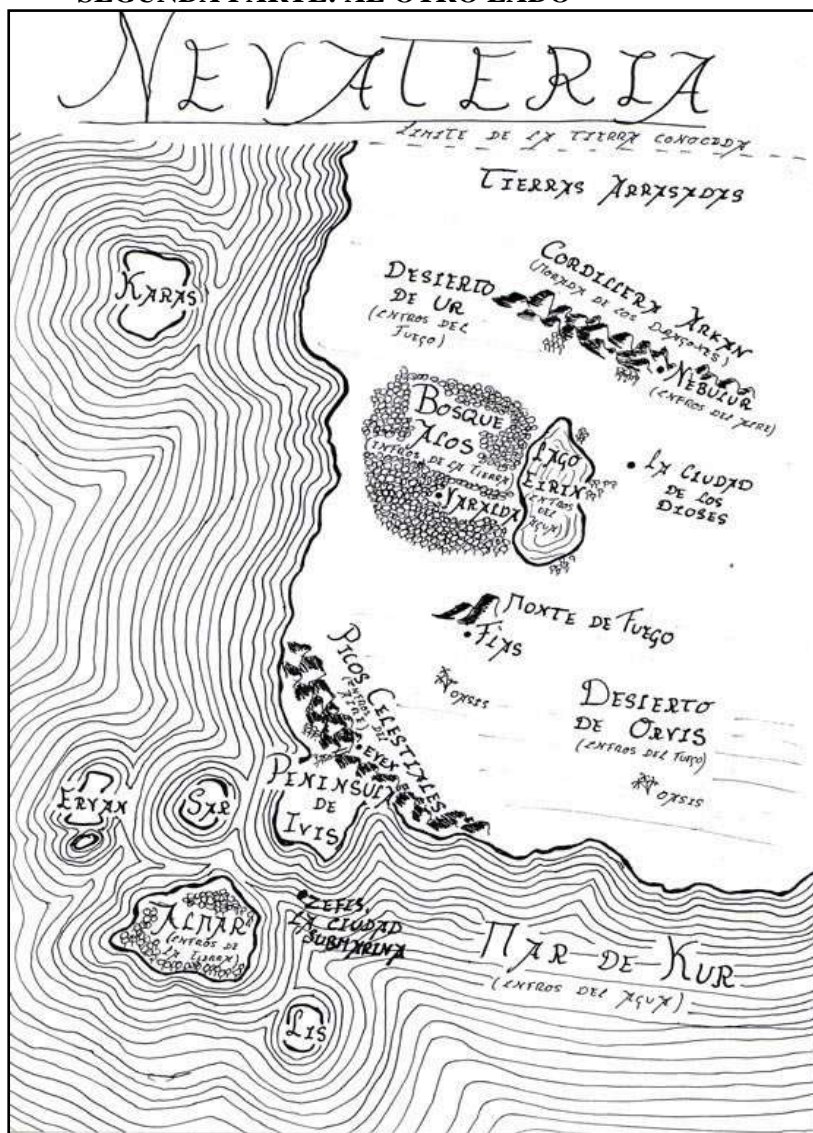
Y antes de que se diera cuenta había dado un paso que, mochila en mano, la hizo cruzar la Puerta poco antes de que la brecha fuera demasiado estrecha como para poder pasar por ella.

La Puerta se cerró.

Y en el aire quedó la angustiada pregunta de Anabel: "Oh, Dios, ¿qué he hecho?".

El sótano quedó en silencio.

SEGUNDA PARTE: AL OTRO LADO



Mapa realizado con 16 años e incluido en la versión mecanografiada del libro.

-INTRODUCCIÓN:

Un breve temblor sacudió toda Nevateria. Los infros alzaron la cabeza para mirar al cielo. Era la segunda vez en poco tiempo.

Lera también lo sintió. La infro del mar estaba acomodada sobre una roca, al pie del acantilado de la costa de Ivis. Se estremeció. ¡Había venido alguien más! Estuvo tentada de ir a consultarlo con la Madre Saranda, pero decidió no hacerlo. Esperaba a alguien y, aunque su amigo se retrasaba, no estaba bien marcharse sin más.

Aguardó casi media hora más y, cuando empezaba a lamentar no haberse ido, oyó que gritaban su nombre, y se volvió.

Arin corría por la playa.

Arin se había criado con los infros de la tierra. Aunque nadie sabía quiénes eran o habían sido sus padres, todos supieron la primera vez que lo vieron que uno de ellos pertenecía a la raza de los infros del mar.

Arin no tenía cola de pez como los infros del mar, pero sus profundos ojos rasgados de color violeta lo delataban. Sin embargo, los infros del mar no pudieron llevárselo con ellos a Zefis, la Ciudad Submarina, porque no podía respirar bajo el agua.

Lera supo que Arin tenía algo importante que contarle. Tan importante que venía corriendo. ¡Corriendo! Arin no solía correr. Le gustaba deslizarse sigilosamente por detrás de Lera y sobresaltarla. Los infros de la tierra sabían moverse tan silenciosamente como el pensamiento, y Arin, como hijo de uno de ellos, también poseía esa cualidad. Sin embargo, era más alto que la mayoría de infros de la tierra, y más delgado también, como los infros del mar. Finalmente Arin llegó a su altura y se detuvo, jadeante.

-¿Y bien? -le preguntó Lera. Arin calló un momento y luego dijo solemnemente:

-Los han encontrado, Lera.

Lera temía aquellas noticias. Temía por la Madre Saranda. Pero trató de mantener la calma. Al fin y al cabo, ella era la hija del Gran Sacerdote de Zefis. Algún día, sería la líder de su pueblo.

-¿Cuántos son?

Arin negó con la cabeza.

-No lo sé -dijo-. En Almar hay uno, y a otro lo han recogido los infros del aire. Pero no sé si habrá más.

Se quedaron callados un momento, pesarosos.

-Ése es el motivo de mi tardanza -añadió tímidamente-. Siento haberte hecho esperar.

Lera lo miró con simpatía.

-No tiene importancia -aseguró-. Lo que realmente importa ahora es que la Madre Saranda está en peligro.

-Tienes razón -asintió Arin-. Hemos guardado el secreto durante demasiado tiempo. Quizá debimos dejarlo claro desde el principio.

-Es demasiado tarde para lamentarlo, Arin.

-Tal vez tú puedas hacer algo. Es tu padre. A ti te escucharía.

-Es inútil. Él escucha más a los dioses que a su propia hija.

Se quedaron en silencio unos minutos.

Las olas del mar de Kur batían suavemente la roca sobre la que se sentaba Lera. Arin contemplaba el agua con muda fascinación. Lera sabía que el niño, que nunca había negado sus orígenes, deseaba vivamente ser como los infros del mar y poder hundirse con ellos en las profundidades del océano. El mar lo llamaba, lo reclamaba para sí como un padre llama a su hijo. Lera temía que Arin acudiera algún día a su encuentro. Arin no podía respirar bajo el agua, y nunca podría. Muchos infros por cuyas venas corrían sangres cruzadas de diferentes especies habían muerto de manera similar. Lera ladeó la cabeza, apenada. Las cuatro razas de infros nunca debían mezclarse entre sí. De una relación así surgía un ser que no pertenecía a ningún lado aunque en todos lo aceptaran. Y una relación así sólo producía dolor. Arin era aún muy joven, pero pronto lo descubriría.

Lera apartó de su mente aquellos desagradables pensamientos.

-Arin -dijo.

Arin volvió a la realidad.

-Tenemos que hacer algo -le urgió Lera.

-¿El qué?

Lera alzó el mentón, orgullosa y decidida.

Iremos a proteger a la Madre Saranda. Si alguien quiere hacerle daño tendrá que pasar por encima de nosotros.

Arin miró dubitativo la extensión de agua que mediaba desde donde ellos estaban hasta Sar, la isla donde vivía la Madre Saranda.

-Te llevaré -se apresuró a decir Lera al comprender lo que pensaba su amigo-. Avisaré a los delfines...

-Lera -murmuró Arin-. La Madre Saranda puede morir, ¿verdad?

Lera bajó la cabeza.

-Sí -susurró-. Mi padre... no sé lo que haría...

-Si descubriera que los infros han vivido engañados todo este tiempo, ¿verdad? Si supiera que la Madre Saranda no es una diosa.

-No es culpa nuestra -dijo Lera. Ni de la Madre Saranda. Ellos quisieron creerlo.

-Necesitaron creerlo -puntualizó Arin-. Necesitaban creerlo.

Capítulo I: "Otra dimensión"

Eva abrió lentamente los ojos. No sabía dónde se encontraba. En cuanto recobró la lucidez se incorporó ligeramente, miró a su alrededor y descubrió que en la copa de un árbol.

De pronto recordó. ¡La Puerta! Habían cruzado la Puerta, ella y César y Aurelio... ¿dónde estaban ellos? Miró a su alrededor. Las ramas la habían salvado de darse un tremendo golpe contra el suelo. Se movió cuidadosamente para comprobar que no tenía nada roto. Entonces alcanzó su mochila, que se había quedado enganchada en una rama cercana, y se sentó con precaución sobre otra más gruesa. Tras comprobar que la altura no era mucha, comenzó a bajar.

Así que aquello era otra dimensión. Bueno, se dijo Eva, no parecía muy diferente de lo que ella conocía. Pero no había que confiarse.

De pronto resbaló y cayó... sobre un matorral. Al menos ahora estaba al nivel del suelo. Mientras buscaba a tientas su mochila le pareció oír un ruido a su espalda. Se volvió rápidamente pero no vio nada. Temerosa, espió a su alrededor. Le pareció que la maleza se movía. ¡Qué tontería! Se llevó una mano a la cabeza. ¿Sufiría alucinaciones? Se concentró de nuevo en la búsqueda de su mochila.

De repente sintió una presencia detrás de ella. Se incorporó y se giró con rapidez. Lo que vio la dejó sorprendida.

Allí había dos niños. Bueno, en estatura parecían niños, pero sus facciones denotaban que se trataba de adultos de muy baja estatura. Sus cabellos enmarañados tenían el tono de la vegetación que los rodeaba, vestían ropas hechas de hojas e iban descalzos. Los ojos de los dos eran de color verde esmeralda, y parecían asustados. Pero lo que más sorprendió a Eva fue el hecho de que no los había oído llegar. No parecían peligrosos, sin embargo. así que sonrió y les tendió la mano.

-Hola -dijo-. Me llamo Eva.

Los otros la miraron con cara de extrañeza, y Eva se sintió estúpida. Estaba claro que no comprendían lo que les decía. Suspiró y se puso en pie.

Los dos hombres-niño, al verla con toda su estatura, retrocedieron, pero súbitamente uno de ellos comenzó a hablar nerviosamente en voz baja con el otro. Ya no parecía asustado. Temblaba pero de excitación, y la señalaba a ella. Eva no pudo entender una palabra de lo que decían, pero el idioma, no sabía por qué, le resultaba ligeramente familiar.

Su sorpresa se convirtió en estupor cuando vio que los hombrecillos se postraban ante ella, diciendo algo que no comprendió. Sólo pudo captar una palabra porque la repetían con mucha frecuencia: Tilia. Entonces recordó lo que Anabel había dicho: "Y los adoraron como a dioses". Y lo comprendió. Quiso sacarlos de su error.

-¡Levantaos, por favor! -suplicó, y trató de hacerlos ponerse en pie. Ellos la miraron sin comprender y Eva sonrió amablemente.

-No soy una diosa -Prosiguió, aunque sabía que no la entendían-. Por favor, sólo quiero saber dónde están mis amigos.

Entonces uno de ellos señaló una dirección. Eva se encogió de hombros y dijo:

-Está bien. Vamos por allí.

Y comenzó a andar siguiendo la dirección que le indicaba el hombrecillo. Los otros dos se quedaron parados un momento pero luego la siguieron tan sigilosamente que Eva no podía oírlos y, de no verlos, hubiera asegurado que no estaban allí.

Al cabo de un rato llegaron a un poblado tan bien camuflado entre la vegetación que Eva no lo vio hasta que estuvo encima. Aunque "camuflado" no era la palabra. Más bien parecía formar parte del bosque mismo.

Más personajes bajitos, hombres, mujeres y niños, salieron a su encuentro. Los acompañantes de Eva les explicaban quién era ella... o quién creían que era.

La condujeron a una plaza que parecía ser el centro del pueblo. Allí había una estatua de piedra que representaba a una joven del tamaño de Eva. Llevaba una túnica y una corona de flores en el pelo. En su mano derecha se posaba un pájaro. Eva leyó la inscripción que había al pie de la estatua:

"TILIA,
TERRAE DEA,
INFERIORUM MATER".

-¡Latín!-murmuró Eva-. ¡Claro, eso es! Los Siete Magos hablaban latín, y seguramente esa fue la lengua que permaneció aquí después de su partida. Tras tantos siglos de evolución ha cambiado mucho, pero procede del latín igual que el castellano.

Se sorprendió a sí misma por aquella deducción tan acertada. Antes nunca se le habría ocurrido, y pensó que debía de ser una consecuencia del esfuerzo mental que había realizado para abrir la Puerta. ¿Se habría vuelto más inteligente? Decidió no pensar más en ello y se concentró en la traducción de la inscripción latina: "Tilia, diosa de la tierra, madre de los inferiores".

-¿Los inferiores? -repitió Eva.

Y entonces se dio cuenta de que estaba rodeada de aquellos hombrecitos que parecían surgidos de las entrañas de la tierra. Los inferiores. Por supuesto, se dijo Eva, para alguien que se cree un dios los demás deben de parecerle inferiores a él.

Y esos "inferiores" la creían a ella Una diosa. Se estremeció. ¿Cómo iba a explicarles que no lo era?

* * *

Aurelio sólo recordaba que caía y caía hasta haber sido cazado al vuelo por un ángel. Luego, se había desmayado.

Ahora se daba cuenta de su error. No eran ángeles. Podía verlos con claridad desde la cueva donde lo habían dejado.

Al principio, al asomarse a la entrada de la caverna, le entró vértigo: a sus pies se abría un precipicio tan alto que no se veía el fondo. Aurelio recordaba haberse preguntado cómo diablos había llegado él allí. E inmediatamente después había visto a un hombre arrojar al vacío desde otra cueva cercana.

Aurelio había lanzado una exclamación ahogada que se transformó en asombro cuando vio que el hombre desplegaba unas alas blancas y se elevaba a las alturas. Entonces fue cuando descubrió

que aquí y allá, hombres, mujeres y niños alados volaban de un lugar a otro. A pesar de que los cabellos de todos ellos eran blancos como la nieve (no; como las nubes, rectificó Aurelio), no parecían ángeles. O, al menos, no el tipo de ángeles que Aurelio había imaginado de niño.

Un rato más tarde un anciano alado había ido a verle a su cueva y le había hablado en un idioma extraño que a Aurelio le recordaba vagamente al latín. Le había entregado un rollo de pergaminos en latín y con una reverencia se había marchado otra vez.

Ahora Aurelio, tras estudiar los pergaminos, se había asomado a la entrada del agujero y veía evolucionar en el aire a un grupo de niños alados, reflexionando.

Los pergaminos eran de un tal Mesio, que se autodenominaba dios del aire. Le costó mucho trabajo descifrar su contenido, pero, aunque no pudo traducirlo todo porque su conocimiento del latín era limitado, le sirvió al menos para hacerse una idea de lo que estaba pasando.

Los pergaminos hablaban de las experiencias de Mesio en Nova Terra, como llamaban los Siete Magos a la dimensión que supuestamente habían creado. Hablaba de los inferiores, los habitantes de aquel mundo, y revelaba la existencia de cuatro razas diferentes: los inferiores del agua (capacitados para vivir en el mar como peces), los inferiores de la tierra (seres de baja estatura, ágiles y silenciosos, que parecían formar parte de la espesura), los inferiores del fuego (solitarios y violentos) y su pueblo, los inferiores del aire, que poseían alas que les capacitaban para volar como las aves.

Hablaba también de una ciudad en el norte, fundada por él, llamada *Nebulae Urbs* o "La Ciudad de las Nubes". Y contaba cómo él y sus compañeros del Consejo habían enseñado su idioma a los inferiores.

Aurelio, tras la lectura de estos pergaminos, llegó a las mismas conclusiones que Eva. Y cuando el anciano alado, que parecía ser el líder de su pueblo, volvió de nuevo, trató de explicarle que quería saber dónde estaban sus amigos. Pero el infro del aire no lo entendió, y Aurelio no supo qué hacer cuando más hombres alados llegaron y

se postraron ante él.

* * *

César oía voces por todas partes. Voces excitadas. El sol le quemaba la espalda, y le dolía la cabeza. Un ruido atronador se oía de fondo.

Poco a poco recobró totalmente la consciencia. Abrió los ojos y trató de incorporarse. Todo le daba vueltas. Miró frente a sí. Allí había tres niños exactamente iguales. No, eso no podía ser. Enfocó mejor. Pues no, sólo era uno. Tenía el cabello de un extraño color azulado, y unos ojos violetas sesgados, y parecía muy ágil.

César gimió y se sentó en el suelo. Entonces vio que estaba en una playa, y que sus ropas estaban moladas. Entonces recordó que al cruzar la Puerta (¡la Puerta!) sintió que caía hasta que se dio un tremendo golpe al caer al agua. Miró al niño, se miró a sí mismo y señaló al mar.

-¿Me has sacado tú? -preguntó.

El niño negó con la cabeza

-Yo nado bien -dijo con mucha dificultad-, pero no tanto.

-¿Entonces?

-No sé mucho de tu idioma -dijo el niño muy despacio-. Ven conmigo.

César se puso en pie tambaleándose. El niño esperó con paciencia a que se situara y luego echó a andar por la playa.

-Eh, espera, ¿a dónde me llevas? -protestó César.

El otro no contestó. César cayó en la cuenta de que se hallaba en un mundo diferente al suyo, en otra dimensión, y que más le valía seguir al niño que sabía dónde estaba mejor que él. Suspiró con resignación y lo siguió.

El niño lo condujo a una escollera. Allí los esperaba una chica de cabello muy largo, lacio y azulado también. César se detuvo asombrado al ver que la muchacha tenía cola de pez.

-¡Una sirena! -murmuró- ¡Debo de estar soñando!

La sirena no dijo nada. Jugueteó con una caracola que tenía entre las manos y replicó finalmente:

-Infro del mar. No soy una sirena, sino una infro del mar.

- ¿Comprendes mi idioma? Me gustaría...
- Déjate de exigencias, humano. Te encuentras en una situación muy delicada, así que yo de ti escucharía antes de hablar.
- ¿Por qué? ¿Qué pasa?
- Si te ven los otros infros te tomarán por un dios. César consideró la situación.
- No me parece tan malo -comentó.
- ¿Ah, no? ¿Y qué pasará cuando descubran que no lo eres?
- Pues les diré desde el principio que no lo soy.
- Salvo en un detalle: sólo yo y Arin -y señaló a su amigo- conocemos tu idioma. Y no pensamos negar tu... eh... "divinidad".
- ¿Y eso por qué?
- Porque una amiga nuestra podría verse en grandes problemas si lo hacemos.
- Pero yo...
- La infro del mar sonrió al ver la cara de estupor de César.
- Te estaba tomando el pelo -dijo-. Lo solucionaremos. Me llamo Lera, y soy la hija del Gran Sacerdote de Saranda, del Templo de Zefis.
- César cada vez comprendía menos.
- Yo soy César -acertó a decir.
- Me explicaré: los humanos crearon hace mucho tiempo Nevateria y se fueron, prometiendo que volverían. Tú eres un humano, aunque no un dios como aquellos que crearon nuestro mundo. Si los otros infros descubren que no tienes poder dirán que eres un suplantador y te ofrecerán en sacrificio a los verdaderos dioses... ¿lo comprendes ahora?
- César tragó saliva.
- Demasiado bien -masculló-. ¿Y tú también eres una fanática religiosa como ellos?
- Fana... ¿qué?
- Olvídalo. Yo no quiero líos. He venido sólo a buscar a una chica, una humana, que llegó aquí por error. Y, de paso... ¿sabes algo de más humanos? Dos más. Llegaron a la vez que yo, pero parece que caímos en sitios diferentes.

-La Madre Saranda ha convocado una reunión. Los verás a todos pronto. Una chica, según me han dicho, ha caído en la isla de Almar. No sé si será la que buscas, pero allí la han tomado por la reencarnación de Tilia, la diosa de la tierra. Y en los Picos Celestiales los infros del aire han encontrado a un humano, bastante alto, que según dicen es Mesio, dios del aire.

-¡Eva y Aurelio! -exclamó César.

-¿Aurelio? -repitió Lera-. Nuestro dios del bien tiene un nombre muy parecido.

-¿Aurelius? -repitió César-. No me sorprende. Justamente por eso hemos venido aquí. ¿Me quemarás en la hoguera por hereje si te digo que esos dioses vuestros no son dioses?

Lera lo miró sin comprender.

-No tiene importancia -suspiró César-. ¿Qué decías de una reunión?

-La Madre Saranda ha dicho que quiere entrevistarse a solas con esos humanos, así que te llevaremos con ellos para que podáis hablar. Como dudo que los otros sepan lo que está pasando, tendrás que explicarles lo que yo te he contado.

-Y esa Madre Saranda, ¿quién es?

-Ya lo verás. Mira, allí es donde vive.

Lera señaló una isla a lo lejos.

-Pero yo no podré nadar tan rápido ni tan lejos como tú -observó César.

-Ya lo sé.

Lera saltó ágilmente al agua y se sumergió. César miró a Arin interrogante y éste afirmó:

-Volverá.

Pocos minutos más tarde Lera reapareció con un grupo de delfines. Uno de ellos, el más grande, se acercó a César, y Lera le indicó al chico por señas que se subiera a su lomo. César no las tenía todas consigo pero obedeció. Arin montó sobre otro delfín. Lera les dijo algo en voz baja y los animales se pusieron en movimiento hacia la isla.

No tardaron mucho en llegar. Los delfines los dejaron en la

orilla y, tras recibir unas palmadas de agradecimiento por parte de Lera, se marcharon.

Cerca de la orilla había una cueva, excavada en el acantilado de roca. El agua marina se adentraba en ella, pero se podía entrar dentro caminando por los lados. Era como un río con orillas a los costados. Arin y César fueron por tierra mientras Lera nadaba por el agua. César admiró la gracia de la infro del mar, la agilidad de que hacía gala su cuerpo.

Llegaron a una especie de plataforma de roca completamente lisa que emergía del agua. Detrás, el fondo presentaba varias bocas de túneles que tenían su comienzo allí.

Lera se acodó en la roca donde el agua terminaba y gritó:

-¡Madre Saranda! Estamos aquí.

Una cabeza rubia asomó por una de las cavernas.

-¡César! -exclamó Eva-. ¡Qué alegría verte!

Eva corrió hacia su hermano mayor mientras Aurelio salía del túnel tras ella.

-Parece que estamos todos -comentó César alegremente-. ¿Vosotros también sois dioses?

-Yo soy Tilia, diosa de la tierra -dijo Eva con una mueca-. Y Aurelio es Mesio, dios del aire. ¿Y tú?

César sonrió. Por el camino a la isla sobre los delfines Lera le había explicado que, al tener el pelo rojo (en realidad lo tenía castaño cobrizo, y sí, algo pelirrojo), y ser tan irascible lo confundirían fácilmente con Wor, dios del fuego.

Todavía no he tenido el placer de encontrarme con más infros que estos dos -dijo, señalando a Lera y a Arin-, y son bastante razonables. Pero según ellos, sus congéneres me tomarían por Wor, dios del fuego.

-¿Infros? -repitió Eva-. Creí que eran inferiores.

-Debe de ser la palabra evolucionada. El Consejo llamó inferiores a los habitantes de este mundo y luego la lengua fue transformándose hasta llegar al término "infros". El lenguaje que hablan aquí procede del latín.

-Así que la lengua que hablan aquí procede del latín pero no es

como el castellano -dijo César pensativo-. Entonces, ¿cómo conoces tú mi idioma? -preguntó volviéndose ceñudo hacia Lera.

La infro del mar iba a responder pero una voz se le adelantó:

-Yo se lo enseñé.

Por otro de los túneles acababa de aparecer una muchacha humana. Su cabello era largo y oscuro, y se había recogido parte de él en pequeñas trenzas. El resto le caía suelto sobre los hombros. Llevaba una túnica blanca y collares de conchas y caracolas.

A César y Aurelio les resultaba familiar.

Eva lanzó una exclamación de sorpresa:

-¡Angela!

Capítulo II: "La leyenda de los Antiguos Dioses"

-¿Angela? -repitieron César y Aurelio.

-¡Eva! -exclamó Angela sorprendida-. ¿Qué haces tú aquí?

-Es una larga historia -dijo Eva.

-¿Os conocíais? -preguntó Lera con interés.

-Es amiga mía -explicó Angela-. Y ellos...

-Ah. Te presento a mi hermano César y a mi amigo Aurelio - dijo Eva.

-Bueno, me alegro de veros. Sólo espero que me expliquéis un poco lo que pasa aquí, si es que sabéis más que yo.

Angela los invitó a sentarse sobre un montón de mantas extendidas en el suelo, y repitió su petición. César tomó la palabra y contó todo lo que había pasado desde que ella desapareció.

Lera no lo comprendía todo porque no sabía tanto del lenguaje humano como ellos, y Arin apenas sabía. De todas formas, se enteró de bastantes cosas, y algunas de ellas la dejaron anonadada.

La Madre Saranda había respetado sus creencias. Pero no le había explicado que sus dioses no eran dioses, y que no habían creado Nevateria. Ni tampoco que sus dioses nunca volverían como prometieron porque no eran inmortales.

Se apartó de la roca y nadó un poco en el agua, pesarosa. Angela reparó en ella.

-Lera, escucha -le dijo-. Debe de ser duro para ti, pero...

-¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Creía que éramos amigas!

-¡No lo sabía, Lera! Si lo hubiera sabido, te lo habría dicho. De todas formas, tú ya sabías que yo no era una diosa. ¡Me salvaste de morir ahogada en el mar de Kur! ¿Tú crees que una diosa se vería en tal apuro?

Todas las miradas estaban fijadas en Lera. La infro del mar sonrió débilmente y dijo:

-No tiene importancia. Me haré a la idea.

-Su padre es el Gran Sacerdote de Saranda, la diosa del mar - explicó Angela a sus amigos en voz baja-. Ella siempre ha creído con toda su alma en el regreso de los dioses, y, sobre todo, en la diosa del

mar. Y ahora descubre que, aunque poderosos, sus dioses eran tan mortales como ellos y no crearon su mundo.

Los otros asintieron. Lo comprendían. Hubo un silencio algo embarazoso y luego César comentó:

-Bueno, pues nuestra misión ya está cumplida. Te hemos encontrado, Angela. Todo el mundo te está buscando al otro Lado. Hace casi tres meses o por ahí que desapareciste. Y dudo mucho que crean a Anabel cuando les diga que estás en otra dimensión.

-Lo sé -asintió Ángela apesadumbrada-. Habría regresado hace tiempo si hubiera sabido cómo hacerlo.

Y entonces les contó su historia.

La primera parte ya la conocían. Aurelio había reconstruido la escena con toda exactitud. Pero ninguno sabía qué pasó cuando Ángela cruzó la Puerta, así que prestaron más atención a la segunda parte de la historia.

-Me encontré cayendo, y cayendo -explicó Angela-, hasta que me di un tremendo golpe y de repente estaba en el agua. Tenía miedo, no sabía qué hacía yo allí. Y a esa mujer de la limpieza no se la veía por ninguna parte. Todo era agua y agua... y creí que me ahogaría, hasta que llegó Lera y me salvó.

»Ella me trajo a esta isla. Al principio pensaba que yo era la diosa del mar y me llamaba "Madre Saranda". Pero luego logré sacarla de su error. Nos las arreglamos para comprendernos mutuamente, no sé exactamente cómo. Primero por gestos, y luego, día tras día, fuimos aprendiendo palabras. Tanto ella como yo sabemos algo de latín... aunque ella más, ya que, como hija del Gran Sacerdote, ha recibido una educación muy esmerada. Así yo le fui enseñando poco a poco mi idioma y ella fue enseñándome poco a poco el suyo.

»Así supe que me encontraba en un mundo llamado Nevateria.

-¿Nevateria? -interrumpió Aurelio-. ¿No se llamaba Nova Terra?

-Por la misma razón que los inferiores se llaman ahora infros -dijo César-, Nova Terra es ahora Nevateria.

-Lera me habló de las cuatro razas de infros -continuó Angela-,

de los Siete Dioses, y de muchas otras cosas más. Y también me dijo que en Nevateria no había ningún humano como yo. Entonces le hablé de la mujer de la limpieza, y le pedí que la buscara, porque ella era la única que podía devolverme a mi mundo.

»Sólo llevaba tres semanas aquí cuando pasó algo.

»Lera y Arin me traían todo lo que necesitaba. Nadie más sabía que yo estaba aquí. Todos coincidíamos en que lo mejor era mantenerlo en secreto. No me podía quejar de la vida que llevaba, la verdad.

»Un día Lera vino excitada y dijo que Elíe, la Señora de las Tinieblas, había regresado, y que se había presentado en varias ciudades de esta parte de Nevateria diciendo que iba a emprender un viaje más largo y que los infros se fueran preparando, porque cuando volviera los esclavizaría a todos.

»Los infros estaban aterrados, me contó Lera. Yo sabía que aquella mujer no era una diosa y que podía llevarme de vuelta a casa, así que le pedí a mi amiga que me llevara ante ella. Lera llamó a los delfines y por primera vez salí de mi isla para llegar a la costa de la Península de Ivis, donde la que se hacía llamar Elíe pronunciaba un discurso ante un montón de infros del aire, el mar y la tierra.

Cuando me vieron a mí descender del lomo de un delfín y hablarle a Elíe en su propio idioma, todos pensaron que yo era la Madre Saranda, la diosa del mar. Traté de explicarles que no era una diosa con lo poco de su lenguaje que sabía, pero lo tomaron por modestia y no me creyeron.

»-No sé quién es usted -le dije a Elíe-, pero yo lo único que quiero es volver a casa. Por favor, lléveme a mi mundo y no la molestaré más.

»Elíe sonreía escépticamente. Y entonces me di cuenta de que todos los infros se habían colocado detrás de mí, esperando que los protegiera. ¿Qué podía hacer?

»Elíe levantó los brazos y una gran roca se elevó por los aires. Siguiendo la dirección que indicaba su mano, la roca avanzó hacia mí. Me quedé pasmada. Los infros gritaban aterrados.

-¿Hizo eso? -interrumpió Aurelio-. ¡Entonces, es mucho más

poderosa de lo que pensábamos!

-Entonces Arin, que estaba tras una roca del acantilado - prosiguió Angela-, me arrojó un tridente que yo cogí al vuelo. Me indicó por señas que lo lanzara hacia la roca que se movía hacia mí, y lo hice. ¡Y la roca se partió en mil pedazos!

»Los infros me aclamaban a gritos. Yo nunca había visto tantas cosas raras en un solo día y aún no estaba muy segura de controlar la situación. Entonces Elíe me dijo en el idioma de los infros:

»-Ya nos veremos las caras, Saranda. Cuando vuelva, no tendrás tanta suerte. Cuando vuelva, Saranda, te aplastaré.

»-¡Qué dice! -protesté en mi propio idioma-. Sabe de sobra que yo no me llamo así. ¡Sólo quiero volver a mi casa!

»Pero ella dio media vuelta y se marchó.

»Ya estaba. Todos los infros creían ya firmemente que yo era la Madre Saranda, la diosa del mar. Los Grandes Sacerdotes se reunieron y anunciaron que la llegada de los dioses estaba cerca. Y, por más que les decía que yo no era una diosa, no me creían. Luego dejé de insistir y dejé que lo creyeran, porque, si no lo hacía, Lera se vería en un buen apuro: había cogido sin permiso el Tridente de Saranda del Templo de Zefis y su padre la castigaría severamente si se enteraba. y no digamos si llegaba a saber que le había ocultado mi presencia aquí.

-El Tridente de Saranda -repitió César-. ¿Y qué es eso?

-Es el tridente que me dio Arin para romper la piedra. Está hecho de un material más duro que la roca que sólo se encuentra en el fondo del mar, y para los infros del agua es sagrado, no se puede ni tocar.

»Así que aquí me tenéis. El Gran Sacerdote viene todos los días para invitarme a visitar su Templo en Zefis, la Ciudad Submarina, y todos los días le digo que no con cualquier excusa. Pero algún día tendré que aceptar, y no sé cómo se tomará el hecho de que la diosa del mar no pueda respirar bajo el agua.

»En realidad estoy en un buen lío. Pero afortunadamente habéis venido vosotros a sacarme de él.

Siguió un largo silencio. Finalmente, Eva dijo:

-El caso es que podríamos volver a casa si supiéramos cómo volver. No entraba en nuestros planes que la Puerta se cerrara, ni que estuviera en el aire, a tantos metros de la tierra. Ahora no sabemos cómo encontrarla. Me temo... que estamos todos atrapados aquí.

-Esto no estaba previsto -añadió Aurelio en voz baja- así que ya nos puedes tachar de chapuceros, porque tendrás razón: vaya rescate.

-Nuestra única esperanza es encontrar a esa Elíe y obligarla a llevarnos de vuelta a casa -decidió César.

-No sé cómo -dijo Eva, de mal humor.

-¿Y por qué no esperamos a que mi tía venga a buscarnos? -preguntó Aurelio.

-Te daré tres razones -respondió César-. A: si viene, tendrá el mismo problema que nosotros. B: yo no estoy dispuesto a quedarme aquí a esperar que los infros descubran que no somos dioses. Y C: si Elíe vuelve antes de que venga Anabel, estamos listos.

-A propósito -dijo Eva-, ¿a dónde se fue Elíe?

-Dicen que al norte -respondió Angela-. A la Ciudad de los Dioses. Es una ciudad que fue fundada por el Consejo cuando vivían aquí. Era su lugar de residencia, creo.

-Apuesto a que se fue a buscar ese Ejército de las Sombras, sea lo que sea eso.

-No sé qué podemos hacer -dijo Aurelio-. Por lo que Angela nos ha contado, esa Elíe está más loca de lo que pensábamos... y es mucho más poderosa. Doble peligro.

-A propósito, ¿qué lugar ocupa Elíe en el Círculo del Poder? -preguntó Eva desconcertada.

-Es la diosa del mal -explicó Angela-. La hija de Arcadius. Cuando éste murió a manos de su hermano, ella juró que volvería para vengarse.

-Me parece que esta reunión está durando ya demasiado -intervino Lera-. ¿Qué he de decirle a mi padre?

-Que viajaremos a la Ciudad de los Dioses para detener a Elíe -dijo César con aplomo.

Entonces dio una mirada circular para ver si los otros estaban

de acuerdo con él. Vio en sus rostros aprobación, aunque condicionada por las circunstancias.

-No tenemos otra salida -murmuró Angela.

-Diles eso -reiteró César-. Si no nos queda más remedio que ser dioses, seremos dioses.

-¿Y si Anabel cruza la Puerta? -preguntó de pronto Eva-. Podríamos decirles a los infros que pronto vendrá también Aurelius, el dios del bien, pero reencarnado en una mujer.

-¡Pero no puedes decir eso! -exclamó Angela-. Si Anabel cruza la Puerta no le va a hacer gracia descubrir que habéis profetizado su venida.

De pronto Aurelio se estremeció.

-Un momento -dijo con voz débil-. ¿No recordáis los círculos? Yo me coloqué en el azul y he sido tomado por el dios del aire. Eva estaba en el verde y ahora es para ellos la diosa de la tierra. César estaba en el rojo del dios del fuego. Y Anabel en el blanco del dios del bien.

-Tienes razón -murmuró Eva-. Es como...

No supo seguir.

Entonces fue cuando Angela se dio cuenta de que Lera se había marchado. Al cabo de unos momentos volvió acompañada de otro infro del mar de mayor edad.

-Es su padre -susurró Angela-, el Gran Sacerdote. Dejarme hablar a mí.

Los tres asistieron a una breve conversación entre Angela, Lera y el Gran Sacerdote del Templo de Zefis. Cuando finalizaron Angela tenía aspecto preocupado. Lera y su padre hicieron una reverencia y se marcharon.

-Lera le anunció a su padre la llegada de Aurelius reencarnado en una mujer -explicó-. Y justamente venía a decirnos que han hallado a otra diosa en la costa del continente. ¿Teníais previsto que llegara alguien más? Eva, César y Aurelio se miraron unos a otros.

-Pues no -manifestó Eva-. Anabel dijo que cruzaría la Puerta si las cosas se ponían muy mal.

-Esa tal Anabel... -murmuró Angela-, ¿no será una mujer

pelirroja, no muy alta y de ojos azules?

-¡Justamente! -exclamó Aurelio-. ¿Cómo...?

-Es la descripción que me ha dado el Gran Sacerdote de la supuesta diosa. No sé por qué, pero tu tía está aquí.

Todos, muy a pesar suyo, dieron un suspiro de alivio.

-Ella sabrá qué hacer -dijo Eva.

Se quedaron en silencio un momento, hasta que César dijo:

-¿Y ahora qué?

-Supongo que querréis comer algo y descansar -respondió Angela.

-A mí me gustaría volver a Almar con los infros de la tierra -dijo Eva, aunque no comprenda lo que me dicen.

-Te entiendo -dijo Aurelio-. También yo me había acostumbrado a las Cuevas de Even de los infros del aire.

-¿Y yo qué? -preguntó César-. Aún no conozco a los infros del fuego.

-Y no sé si los conocerás -añadió Angela-, porque se trata de un pueblo que apenas se relaciona con los demás. Viven en los desiertos, y tienen fama de ser seres bruscos, imprevisibles y extraños. Se dice todo tipo de cosas acerca de ellos. De hecho el Gran Sacerdote de Wor fue el único que no se presentó a la reunión de Grandes Sacerdotes que hubo la semana pasada.

Al cabo de un rato volvió Lera, informando de que su padre quería que los humanos se reunieran con su congénere en la ciudad de Zefis. Angela logró convencerle de que era mejor que la reunión fuera en la Península de Ivis, en tierra firme, y así quedó decidido.

Capítulo III: "Comienza el viaje"

Cuando hubieron descansado, se reunieron con Anabel en la Península de Ivis.

Lo hablaron y lo discutieron, y llegaron a una conclusión: si querían volver a casa tendrían que arriesgarse y salir al encuentro de Elfé. Anabel no había previsto que la Puerta estuviera situada en el aire, ni que los infros los tomaran por dioses, ni que la Puerta se cerrara.

Así que comenzaron a hacer los preparativos para su viaje a la Ciudad de los Dioses.

Angela dibujó un mapa de Nevateria siguiendo las indicaciones de Lera. Sobre él los cinco compañeros trazaron el itinerario a seguir. El camino más corto consistía en atravesar el desierto de Orvis haciendo escala en Flas la capital de los infros del fuego... pero podía ser el más peligroso también, puesto que nadie conocía bien a los infros del fuego ni se atrevía a adentrarse en el desierto.

-Pero no creo que tengamos ningún problema -dijo César-. Supongo que también ellos habrán recibido la visita de Elfé. Me haré pasar por el dios del fuego y asunto solucionado.

-¿Y si no te creen ? -preguntó Angela, dubitativa.

Entonces César, con una sonrisa en los labios, se sacó un mechero del bolsillo y lo encendió delante de sus narices.

-Tengo dominio sobre el fuego, ¿recuerdas? -murmuró.

Finalmente, cuando lo tuvieron todo preparado, se pusieron en camino. Lera no pudo acompañarles por no poder arreglárselas en tierra (¡y menos en un desierto!), y a Arin no le permitieron ir por ser muy joven. Pero ningún otro infro se atrevió a escoltarlos. Sólo los infros del aire los guiaron a través de los Picos Celestiales por el Paso hasta que, al otro lado de las montañas, divisaron una tierra yerma, sin vida, abrasada por el sol.

-El desierto de Orvis -anunció gravemente el anciano alado de los infros del aire.

Aunque lo dijo en su propio idioma, todos lo comprendieron.

Llegados a este punto los infros del aire, convencidos del poder

de sus "dioses", les desearon buena suerte, dieron media vuelta y se marcharon por donde habían venido.

Los cinco humanos se quedaron un momento contemplando el desierto que se extendía ante ellos. Anabel consultó el mapa.

-Hay un oasis a medio camino de aquí a Flas -anunció-. Si vamos a paso ligero llegaremos allí al anochecer. Vamos, no pongáis esas caras. No podemos rendirnos al principio del viaje. Tenemos la brújula; nos dirigiremos hacia el noroeste.

Se pusieron en marcha.

Fue una jornada agotadora. Caminaron bajo un sol abrasador durante varias horas seguidas, parando sólo para comer. La que peor lo pasó fue Angela. Los otros llevaban chándals con camiseta de manga corta debajo; no tuvieron más que quitarse la parte de arriba, quedarse en camiseta y arrollarse la chaqueta en la cabeza a modo de turbante. Pero Angela, que no disponía más que de su uniforme y la pesada túnica blanca que los infros del agua le habían dado, las pasó moradas.

Anabel era una mujer fuerte, y Eva demasiado tozuda como para dejarse vencer por el cansancio, pero llegó un momento en que Angela no pudo más y cayó sobre la arena ardiente. César se apresuró a ayudarla a levantarse y la chica continuó apoyada en él.

Anabel quería alcanzar el oasis al atardecer. Sin embargo, al ver a los chicos tan agotados, tuvo que reconocer que el descanso a mediodía no había sido bastante, así que se detuvieron un rato. Montaron una improvisada tienda con las mantas para resguardarse del sol. Angela se derrumbó en una esquina, exhausta, y Eva hizo otro tanto. Aurelio se puso las gafas que se había quitado hacía rato porque se le empañaban. César se acercó a Angela.

-¿Qué tal estás?

Angela ensayó una sonrisa.

-Como todos -respondió.

-Cuando te caíste pensé que habías cogido una insolación.

Angela enrojeció. No le gustaba que le recordaran lo que para ella había sido un momento de debilidad.

-Estoy bien -protestó-. Ya sé que no soy muy resistente, pero

no hace falta que me cuidéis como si fuera un bebé.

-No quise decir eso -respondió César sorprendido-, pero estaba preocupado.

Angela clavó en él una mirada inexpresiva y se volvió hacia otro lado. César empezó a pensar que realmente había cogido una insolación.

Poco después continuaron la marcha.

Cuando ya creían que no llegarían vieron a lo lejos el oasis, bañado en la luz del atardecer.

Eva oprimió el brazo de Aurelio.

-¡Eh, chicos! -gritó-. ¿Veis lo mismo que yo? ¡Tonto el último!

Y echó a correr. Los otros, con un alegre grito, la siguieron. Pero el oasis estaba más lejos de lo que parecía, y no tardaron en detenerse y reanudar la marcha caminando.

Ya era prácticamente de noche cuando lo alcanzaron. Bebieron jubilosos de las frescas aguas de la fuente y descansaron bajo los árboles.

Pronto tuvieron más fresco del que hubieran deseado. Según avanzaba la noche la temperatura fue bajando cada vez más, y tuvieron que encender un fuego.

A la mañana siguiente dejaron el oasis tras haber renovado sus reservas de agua. Comenzaron la marcha temprano y a media mañana comenzó a verse a lo lejos un pico montañoso.

-¡El Monte de Fuego! -anunció Anabel-. Al pie, si el mapa no nos miente, está Flas, la Ciudad del Fuego.

Todos exhalaban un suspiro de alivio. Todos menos Angela.

La chica no se había quejado en todo el día, ni aceptado ayuda de nadie cuando sus pies tropezaban. César tampoco se molestó en ayudarla. Estaba irritado con ella.

A media tarde llegaron al pie del Monte del Fuego.

-¿Y dónde diablos está Flas? -preguntó Aurelio desconcertado-. No se ve ni rastro de ella.

Anabel no dijo nada, pero ella también estaba preocupada. Los chicos estaban agotados y necesitaban descansar. Miró a Angela interrogante.

-Yo no sé nada -se apresuró a defenderse ésta-. Lera me dijo que Flas estaba al pie del Monte de Fuego y ahí la situé.

-¿Qué tal si rodeamos la montaña? -sugirió César-. Tal vez esté al otro lado.

Eso hicieron, pero no obtuvieron ningún resultado positivo.

Los cinco se derrumbaron sobre la arena. No podían más, y ya dudaban que la legendaria Ciudad del Fuego existiera realmente. Dejaron que el sueño tomara posesión de sus mentes, mientras el sol se hundía lentamente en el horizonte.

César se despertó poco después al oír voces excitadas a su alrededor. Creyó distinguir seres delgados, cuyos cuerpos presentaban dibujos grabados. Creyó distinguir ojos brillantes como carbones encendidos. Pero se sumió en el sueño de nuevo.

Cuando Anabel despertó se encontraba en una gran caverna de roca. A su lado yacían los cuatro muchachos, aún dormidos, y Anabel no tuvo valor para despertarlos. Sin embargo, se arrastró como pudo -se encontraba muy débil- hasta la entrada de la cueva.

Lo que vio fuera la dejó atónita.

Se encontraba bajo tierra. Su cueva daba a una enorme caverna subterránea en la que se ubicaba una ciudad totalmente de roca. Aquí y allá ardían hogueras que mantenían iluminada la urbe, y aquí y allá pululaban hombrecillos delgados de cabello color rojo brillante cuyos cuerpos estaban tatuados con extrañas marcas. La nota característica de la ciudad era, sin embargo, su constante actividad. A Anabel le fue imposible descubrir a alguien parado o ganduleando.

-Flas, la Ciudad del Fuego -dijo una voz a su lado con tono reverencial.

Anabel se sobresaltó, pero luego vio que se trataba de Eva que se había colocado silenciosamente junto a ella.

-El mapa estaba bien -murmuró-, pero no especificaba que Flas se encontraba bajo tierra y no en la superficie.

-De modo que éstos son los infros del fuego -comentó Eva-. ¿Crees que Angela podrá razonar con ellos?

Anabel iba a responder cuando una figura apareció súbitamente en la entrada de la cueva. Las dos retrocedieron con un grito. Unos

ojos rojos que brillaban en la oscuridad las miraron fijamente.

La criatura dijo algo que no comprendieron. Y una voz tranquila y serena le respondió.

Angela avanzó desde las sombras. El visitante retrocedió unos pasos y, a la luz exterior, Eva y Anabel vieron que se trataba de un infro del fuego. Angela repitió su mensaje. Cuando el infro replicó, la chica movió la cabeza con preocupación.

-¿Qué pasa? -preguntó Anabel en voz baja.

-Es que no comprendo lo que dice -respondió ella en el mismo tono-. Habla tan deprisa que apenas puedo entenderlo. Le he pedido que hable más lentamente pero no sabe. De todas formas, él a mí sí me comprende.

Anabel extrajo el mapa de su mochila y se lo tendió a Angela.

-Explícale entonces de dónde venimos y a dónde vamos -dijo-. Si las cosas se ponen feas, echaremos mano del encendedor de César.

Angela lo hizo. El infro escuchaba atentamente, aunque retorciéndose las manos con nerviosismo. Estaba claro que aquellas criaturas no soportaban estar mucho tiempo inactivos. Así, pronto comenzó a moverse y a parlotear agitadamente con gran excitación.

-Creo que ya lo ha comprendido -murmuró Eva.

César y Aurelio se despertaban en aquel momento y fueron víctimas de las despiadadas burlas de Eva.

-¡Seréis marmotas! ¡Estamos en Flas, la Ciudad del Fuego, y vosotros durmiendo tan felices!

César se despejó inmediatamente y salió de la cueva, donde Angela razonaba con un grupo más de infros que se habían acercado con curiosidad.

Su brusca intervención y los reflejos del fuego de las antorchas sobre su pelo cobrizo hicieron que los infros se fijaran en seguida en él y se quedaran inmóviles un momento, cosa increíble: los infros del fuego habían creído reconocer en César a Wor, el dios del fuego.

Anabel se disponía a salir de la caverna para reunirse con ellos cuando sintió la mano de Aurelio sobre su hombro.

-Espera -le dijo el chico-. Tú eres más pelirroja que César, y, ahora que las cosas van tan bien, no nos conviene que los infros se

confundan.

Anabel se puso un pañuelo alrededor de la cabeza a modo de turbante y salió de la cueva. Angela fue a su encuentro.

-Quieren llevarnos ante su rey -informó-. Y dice César que si utiliza el mechero ya.

-Bueno -murmuró Anabel-, creo que será mejor reservarlo como un as en la manga. Y respecto a lo primero, es justamente lo que queremos. Dime, ¿te aclaras bien con ellos?

-Medianamente bien. Al menos nos entendemos.

-Practica con éstos por el camino, porque tendrás que ser tú la que razone con ese rey.

Angela asintió y comunicó a los infros del fuego, después de que todos hubieran cogido sus cosas, que estaban dispuestos a presentarse ante el rey.

Los infros los condujeron a través de las calles de la ciudad, y los cinco humanos comprobaron, asombrados, que las marcas de la piel se las hacían ellos mismos con hierros candentes que, al parecer, no les causaban el menor dolor. También descubrieron en la bóveda de la caverna algunos agujeros hechos en la roca a modo de respiraderos por donde entraba aire del exterior.

Al cabo de un rato llegaron al centro de la ciudad. Allí se alzaba un edificio más alto que los demás y profusamente adornado con esculturas que representaban diversas escenas de la historia y mitología de Flas.

Entraron en la casa y fueron guiados hasta el salón del trono.

Esperaban ver a un enérgico y activo infro del fuego como gobernante de todos los demás, y se llevaron una sorpresa: el rey de los infros del fuego era muy, muy anciano, y se movía lenta y pausadamente. A su derecha se sentaba un infro de túnica roja que, según les explicó Angela, era el Gran Sacerdote de Wor. A la izquierda del rey, otro infro cuyo rostro estaba surcado de cicatrices resultó ser el Capitán de la Guardia.

Angela razonó largo rato con el rey. Los otros no entendían nada, pero intuían que algo no marchaba del todo bien. El rey fruncía el ceño y miraba a su interlocutora con desconfianza.

Cuando Angela terminó de hablar, el rey lo consultó en voz baja con el Gran Sacerdote. Ambos asintieron mientras observaban atentamente a Angela. Entonces el rey se levantó y, señalando a los cinco humanos, dijo algo con tono acusador.

El rostro de Angela se volvió blanco como la cera. Replicó algo, pero el rey no quiso escucharla. El Capitán de la Guardia hizo una seña y los visitantes se vieron de pronto rodeados por un pelotón de infros armados.

Algo andaba muy mal.

Entonces César sacó de su bolsillo el mechero y lo encendió, después de ponerlo a su máxima potencia. Dio un paso al frente y señaló al rey de los infros del fuego. Los restantes infros retrocedieron asustados. Un murmullo recorrió toda la sala.

El Capitán de la Guardia se levantó de su sitio y se acercó sin miedo a César. Dio un manotazo a su brazo y el encendedor cayó al suelo. Rodó por unos instantes y se apagó. El Capitán lo recogió tras un instante de vacilación y luego, con un grito de triunfo, lo levantó en alto y lo mostro a sus congéneres. Los soldados avanzaron ya sin temor y rodearon de nuevo a los humanos. Fueron conducidos fuera de la sala a pesar de las protestas de Anabel y las súplicas de Angela.

-¿Qué demonios ha pasado? -preguntó Eva mientras los guardias los llevaban a través de las calles de Flas-. ¿Qué te dijo el rey?

-Dijo que somos impostores -explicó Angela con voz desmayada-. Que no somos dioses porque nos encontraron medio muertos en el desierto, y que los dioses no necesitarían ayuda. Le conté que queríamos ir al norte para derrotar a Elíe y me dijo que esa mujer es muy poderosa y que nosotros, que no podemos ni salvarnos a nosotros mismos, no le llegamos ni a la rodilla. Y que seremos ejecutados por impostores mañana al amanecer.

-¡No pueden hacer eso! -exclamó César-. ¿O sí que pueden? -añadió mirando dubitativamente a Anabel.

Ésta no respondió. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, pero no se le ocurría nada que pudiera sacarlos de aquella crítica situación.

Fueron encerrados en una mazmorra a las afueras de la ciudad.

Les anunciaron que para su ejecución serían arrojados a las aguas del Mar Hirviente.

-Conque "los infros del fuego nos ayudarán", ¿eh? -gruñó César buscando una postura cómoda sobre el suelo de piedra-. En menudo lío nos hemos metido.

Ninguno respondió. César se dio cuenta de que Aurelio miraba frente a sí frunciendo el ceño y mordiéndose el labio inferior... señal de que tenía una gran idea y estaba reflexionando sobre sus posibilidades.

César se contuvo para no preguntarle. Sabía que a su amigo había que dejarle tranquilo para pensar.

Pero mientras esperaba, y a pesar de que estaba terriblemente preocupado por lo que les esperaba a la mañana siguiente, no pudo evitar quedarse dormido. Lo despertó el propio Aurelio.

-Escucha, César -le dijo en un susurro-. Las chicas están durmiendo y no quiero despertarlas. Se me ha ocurrido una cosa.

César se incorporó.

-Soy todo oídos. Anda, cuenta.

-Vamos a recuperar nuestra divinidad perdida.

-¿Cómo? Ya hemos comprobado que con éstos no cuelan ni los mecheros ni las linternas. No le temen al fuego.

-¿Qué te parece esto?

Y Aurelio depositó un pequeño paquete en la mano de su amigo. César lo miró.

-¡Vaya! -murmuró sorprendido-. ¿De dónde lo has sacado?

Aurelio sonrió.

-De la mochila de Eva.

César sonrió también.

-Mi hermana es una gamberrilla en primer grado -comentó-. Pero por esta vez me alegro. Tengo una hermana que no me la merezco.

-Procura recordarlo más a menudo -dijo una voz-. ¿Qué estáis haciendo, vosotros dos?

Eva se acercó a gatas desde un rincón. Los chicos no tuvieron más remedio que contarle su plan.

-Esto va a ser divertido -dijo Eva, contenta-. Pero propongo que no se lo digáis a Anabel. Querría cargar ella sola con la responsabilidad y no estoy muy segura de que sepa usar uno de éstos. En cuanto a Angela...

-No, déjala -cortó César-. No la despiertes. Está cansada. Lo haremos nosotros tres y ya está.

-Seguramente querrán ejecutarte a ti primero, César -dijo Aurelio-. Cuando vayan a hacerlo, ya sabes.

-Nunca olvidaré la cara que puso la profesora de matemáticas cuando le puse uno de estos encendido en el cajón -rió Eva

-Esperemos que los infros del fuego pongan esa misma cara -dilo César-. Mañana les enseñaremos los avances de la civilización del Otro Lado... especialmente para bromas y fiestas al por mayor...

Eva y Aurelio acogieron la ocurrencia con una alegre carcajada. César se metió en el bolsillo el paquete de petardos de Eva con una sonrisa en los labios.

Capítulo IV: "Varalda"

Cuando, en la superficie, los primeros rayos de sol iluminaron las doradas arenas del desierto de Orvis, los infros del fuego condujeron a sus cinco prisionero fuera de la ciudad, por los túneles subterráneos, en dirección al Mar Hirviente.

Los seguía una larga comitiva de infros curiosos. El rey, el Gran Sacerdote y el Capitán marchaban a la cabeza.

Conforme se fueron alejando de la ciudad el calor se hizo cada vez mayor.

César estaba distraído, Aurelio algo nervioso y Eva excitada, pero ninguno de los tres parecía asustado. Angela y Anabel no se lo explicaban.

Anabel olvidó por un momento a los chicos e intentó razonar con uno de los guardias, sin resultado. Cuando, furiosa, trató de agredirle, cinco soldados más, a una seña del Capitán, la rodearon y la maniataron. La mujer tuvo que continuar la marcha con doble escolta.

Al cabo de un rato, la comitiva llegó a las orillas del Mar Hirviente.

El calor era insoportable. La gran caverna estaba iluminada por un extraño resplandor que surgía del fondo de una enorme grieta. Cuando César se asomó al borde, descubrió que se debía a un río de lava que discurría por entre las rocas del fondo formando remolinos.

Le corrió un escalofrío por la espalda.

Eso era el Mar Hirviente.

Y los iban a arrojar allí.

El rey de los infros del fuego pronunció un corto discurso y después tomó la palabra el Gran Sacerdote de Wor. Con grandes aspavientos señaló a los cinco humanos acusadoramente y los demás infros prorrumpieron en gritos de indignación.

César supo que había llegado el momento. El Capitán había confiscado su mechero, pero, por fortuna, Eva disponía de otro. Con el encendedor en un bolsillo y los petardos en el otro, dio un paso al frente, casi alegremente.

Angela, que nada sabía de sus planes, se admiró del coraje del

chico. Anabel había sido atada y amordazada y yacía en un rincón rodeada de guardias. Como le comentó Eva a Aurelio en voz baja, sólo le faltaba el cartel de "¡Ojo! Muerde".

Sin embargo, el Gran Sacerdote no pensaba como César. Con el ceño fruncido, señaló a Angela y un pelotón de soldados, por orden del Capitán, se apresuraron a llevarla, a pesar de sus forcejeos, al borde del precipicio.

César sintió que se le helaba la sangre. Mientras el Gran Sacerdote pronunciaba una larga oración a su dios, se colocó junto a Aurelio y le tiró de la manga.

-¡Aurelio! -susurró-. ¿No se suponía que me tenían que ejecutar a mí primero!

-Se ve que, para ellos, ella es nuestra jefa, por así decirlo, porque fue quien habló con el rey -musitó Aurelio muy pálido.

-¿Qué hacemos ahora?

Aurelio no respondió. Eva se acercó.

-¡Deprisa, César, ahora! -le urgió-. ¡Tira los petardos y sálvala! Pero César no pudo hacer nada. Angela se balanceaba peligrosamente al borde del abismo y el verla tan cerca de la muerte le impedía pensar.

El Gran Sacerdote concluía su rezo. Angela veía el magma arremolinándose bajo ella, sentía el horrible calor que azotaba su rostro en vaharadas, y estaba demasiado aterrorizada para gritar.

-Haz algo... -murmuró Eva sin saber a quién se dirigía exactamente. El Gran Sacerdote finalizó su plegaria. Angela cerró los ojos.

-¡¡Angela!! -gritó César.

Avanzó unos pasos y, lívido de ira, señaló al rey de los infros del fuego, al Gran Sacerdote de Wor y al Capitán de la Guardia.

-Soltadla -murmuró-. Soltadla o vais a saber quién soy yo...

No pudo concluir. El Capitán hizo una seña y varios soldados se aproximaron a César, rodeándolo. El chico entonces extrajo el mechero de su bolsillo y lo encendió. El Capitán soltó una carcajada despectiva que fue coreada por el resto de infros del fuego. Pero César sacó los petardos y prendió la mecha de uno. Lo sostuvo en alto

mientras la chispa se acercaba poco a poco a la parte con pólvora con un siseo. Los infros retrocedieron.

César esbozó una sonrisa torva.

-Seréis castigados -susurró-. El dios del fuego está muy, pero que muy enfadado...

Arrojó el petardo encendido al aire en el último momento, y éste estalló sobre las cabezas de los infros del fuego con un sonido atronador potenciado por los ecos que producía en la gran caverna.

César encendió dos petardos más y los lanzó contra la multitud. Los infros retrocedieron en masa mientras gritaban aterrados.

César señaló con un gesto de cabeza a Angela. El rey, débilmente, ordenó a los guardias que la soltaran. César, con una sonrisa satisfecha, apagó el encendedor en cuanto Angela estuvo sana y salva en el suelo.

Se acercó a ella y nadie se lo impidió.

Angela trataba de ponerse en pie, pero las rodillas le temblaban y sus piernas no la obedecían. César la recogió antes de que cayera al suelo. Temblaba como un flan. Su rostro estaba cubierto de sudor debido al infernal calor que despedía el río de lava. César la ayudó a ponerse en pie pero ella, aún conmocionada, se desmayó.

Un murmullo se elevó entre los infros del fuego. No sabían lo que era perder el conocimiento porque era algo que a ellos nunca les pasaba y, por lo tanto, pensaban que, como no se movía, la chica estaba muerta.

César vio a Aurelio, que los miraba pasmado.

-No te quedes ahí parado -gruñó-. Trae una cantimplora con agua.

Aurelio obedeció. Los infros del fuego habían traído consigo las mochilas de los cinco humanos para arrojarlas con ellos al Mar Hirviente, y ahora se amontonaban unas encima de otras en un rincón.

César cogió la cantimplora -la última reserva de agua- que le tendía Aurelio y derramó su contenido sobre la cabeza de Angela. Había tenido una idea.

Angela se reanimó y los infros, que creían que estaba muerta, pensaron que había resucitado al contacto con el agua, como la Madre

Saranda, diosa del mar, que decía ser.

César hizo una seña a Eva indicándole la mochila de Angela. Por un hueco a un costado sobresalía un paquete alargado. Eva lo cogió y lo desenvolvió. Era el Tridente de Saranda. Se lo tendió a su hermano. César se lo entregó a Angela, susurrándole al oído:

-Recuerda, Saranda: eres una diosa.

Angela asintió y se puso en pie. apoyándose en el Tridente, que los infros del mar habían insistido en que se llevara. César se erguía orgulloso a su lado, y Eva y Aurelio se les unieron.

Los infros del fuego ya habían visto suficientes maravillas aquella mañana. Aclamaron a sus "dioses" y el rey les pidió humildemente perdón. Anabel, que ya había sido desatada, lo hizo levantarse con una sonrisa amistosa.

El problema se había solucionado. Los infros del fuego sabían ser extraordinariamente amables cuando querían, y proveyeron a los cinco humanos de todo lo necesario para su viaje. Además, se comportaron con ellos excepcionalmente bien, y se ofrecieron para guiarles hasta el límite del desierto.

Pasaron un par de días inolvidables en Flas, recobrándose de las emociones sufridas, y continuaron su viaje.

Los infros del fuego disponían de túneles subterráneos que recorrían todo el desierto de Orvis. Sólo ellos sabían orientarse en aquel laberinto de túneles y galerías, como les explicó el guía.

Al atardecer subieron a la superficie. El guía se disculpó por dejarlos tan al oeste pero, según les dijo, no tenían otro túnel que los llevara tan lejos. Tras desearles buena suerte, los infros del fuego se despidieron de ellos y se marcharon.

Los cinco compañeros echaron un vistazo a su alrededor.

Frente a ellos se extendía un bosque.

-Debe de ser el Bosque de Alos -comentó Anabel mirando el mapa-. Pues sí que nos han dejado lejos. Tendremos que bordear el lago Eirin por el sur y...

-Olvídalo -interrumpió Angela-. Tenemos que entrar en el bosque. Los infros del fuego comen muy poco, y no nos han llenado mucho las mochilas. Olvidé advertirles de que nosotros íbamos a

necesitar más comida.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Que bordear el lago nos llevaría dos días como mínimo, y no tenemos comida para tanto.

-¿Y qué es lo que quieres? -preguntó César-. ¿Pedirles ayuda a los infros de la tierra? ¡La última vez, casi nos matan!

-¡Los infros de la tierra nunca nos harían daño! -saltó Eva-. Respetan la vida ajena tanto como la suya propia, y preferirían cortarse una mano antes que hacerle daño a alguien.

-A mí la sugerencia de Angela me parece la más acertada - intervino Anabel-. Además, si Elíe no está en la Ciudad de los Dioses, tendremos que volver, y pasar por ahí de todas maneras.

Todos estuvieron de acuerdo finalmente. Recogieron las cosas y se adentraron en el bosque.

-Me estoy poniendo nervioso -dijo Aurelio al cabo de un rato-. Tengo la enojosa sensación de que nos vigilan, pero no veo a nadie.

-Es que nos están vigilando -replicó Eva distraída-. Por supuesto que nos están vigilando. ¿O es que creáis que podíamos adentrarnos en los dominios de los infros de la tierra sin que éstos se enterasen?

-No, evidentemente -murmujó Anabel-. Eva, ¿crees que podrás hacerte pasar por Tilia sin que sospechen nada?

-No hace falta. Ellos sacan sus propias conclusiones. Hace rato que nos observan. Eh, tengo una idea. Sentémonos a descansar.

Dejaron sus mochilas en el suelo y se sentaron bajo la sombra de los árboles. Eva se acercó a un macizo de flores y, mientras canturreaba una canción que había aprendido de los infros de Alzar, empezó a hacerse una corona.

Angela, cómodamente sentada sobre la hierba, descubrió entre la maleza tres pares de ojos verdes que contemplaban a Eva admirados cuando ésta se puso la corona de flores en la cabeza.

Unos minutos más tarde un grupo de infros de la tierra se presentaron ante ellos, temerosos. Angela les explicó que se dirigían a la Ciudad de los Dioses a detener a Elíe y, sin que añadiera nada más, todos los tomaron por divinidades.

-Coged las cosas, que nos vamos -dijo Angela dirigiéndose a sus compañeros.

-¿A dónde? -quiso saber César, desconfiado.

-A Varalda.

Mientras los infros de la tierra los guiaban a través del bosque, Eva les explicó que Varalda era la capital de los infros de la tierra, la ciudad más importante... aunque no pasaba de ser un poblado en el bosque.

Como le pasó a Eva la primera vez, los otros no distinguieron la ciudad hasta que estuvieron en ella.

Varalda parecía haber crecido directamente del suelo, como los árboles. Era grande, quizá como una ciudad de las pequeñas del mundo de los humanos, pero no se parecía a una ciudad en el sentido de que no estaba en oposición a la palabra "campo". Ni siquiera estaba situada en un claro. Varalda estaba en el bosque, y el bosque estaba en Varalda.

Fueron presentados al jefe de los infros de la tierra. Angela dijo que, en ausencia del presidente del Consejo, la Imparcialidad, ella era, provisionalmente, la Presidenta. Le explicó que Eva había estado con los infros de Almar, y le pidió que los acompañaran al día siguiente al lago Eirin.

Con los infros de la tierra no hubo problemas. De hecho, se ofrecieron a abastecerles de provisiones, alegando que sería un honor para ellos si sus dioses aceptaban probar su comida. Y la hija del jefe sugirió alegremente que podrían celebrar una fiesta en Varalda en su honor.

Los cinco humanos aceptaron encantados. Descansaron durante unas horas hasta que la luna estuvo alta en el cielo y todo estuvo listo para la fiesta que se iba a celebrar en su honor. Cuando salieron de sus cabañas quedaron gratamente sorprendidos.

Un fuego ardía, con todas las precauciones, en el centro de la plaza principal, un grupo de infros tocaba instrumentos muy rudimentarios pero que hacían una música maravillosa. En varias mesas había dispuestas enormes hojas de árbol con comida encima, y había infros bailando aquí y allí una extraña pero divertida danza.

Los compañeros se dejaron llevar por la alegría general, olvidando sus problemas y la presión a la que habían estado sometidos. El jefe se reservaba para él el honor de bailar con Anabel, Eva intentaba enseñar a Aurelio, César aprendía a tocar con la banda y Angela conversaba con la hija del jefe. Como ésta fue prontamente sacada a bailar, Angela se quedó sola. César lo vio y, acercándose, la invitó a bailar. Aunque ella en un principio se negó, César se salió con la suya y pronto estuvieron los dos bailando la danza de los infros de la tierra.

-¡Uf! -resopló Angela cuando se sentaron a descansar-. Eres un desastre, César, me has pisado por lo menos cinco veces.

-Tampoco tantas -se defendió el aludido.

Se quedaron un momento en silencio.

-Sabes -dijo Angela-, no estoy muy segura de querer vencer a Elfe.

-¿Y eso? -preguntó César sorprendido-. ¿Qué quieres decir?

-No tengo muchas ganas de volver a casa -confesó Angela-. Vuelta a la normalidad, a la rutina, al colegio, a lo de siempre.

-¡Pero es tu casa!

-¡Esta es mi casa, César! ¿Es que no lo entiendes? Yo nunca he encajado en ningún sitio excepto aquí. No porque me crean una diosa, sino porque... no sé, aquí soy alguien.

-Para mí también eres alguien -dijo entonces César bajando la voz-. Y lo serás aunque crucemos de nuevo la Puerta y no corramos más aventuras maravillosas. Me gustas mucho, Angela.

Pero Angela lo miró con una sonrisa burlona.

-A ver cuando te metes esto en la cabeza -dijo lentamente-. Yo no voy a cruzar la Puerta.

-¡No seas cría! Te llevaré conmigo aunque sea a rastras.

-Inténtalo.

César estaba furioso. Ya no pensaba hacerle ninguna concesión.

-Creo que me he equivocado contigo, Angela -gruñó-. Olvida lo que dije antes.

-Olvidado. ¿Incluye eso lo de llevarme a rastras?

César no supo qué contestar y Angela, con una carcajada despectiva, se levantó y se fue a su cabaña.

Eva lo vio y se acercó a su hermano, que hervía de ira.

-¿Qué ha pasado? -quiso saber-. ¿Os habéis peleado?

-No me fío de ella, Eva. Dice que no quiere volver a casa, y no estoy muy seguro de que quiera que nuestra misión tenga éxito. Por si acaso, ten cuidado con ella.

-¡Qué tonterías dices!

-Ten en cuenta que Angela lleva aquí más tiempo que nosotros. Ha hablado con Elíe. ¿Cómo sabemos que no está de acuerdo con ella?

-Bueno, Lera estaba delante cuando nos contó lo que había pasado y no dijo que fuera mentira.

-¡Pero Lera no estaba en Ivis cuando Angela y Elíe se encontraron! Y los demás infros no comprenden su lenguaje, y no saben qué dijeron.

Eva se quedó en silencio un momento, y luego dijo en voz baja:

-Si Angela quisiera hacer fracasar nuestra misión ya lo habría hecho. No dejes que ese estúpido orgullo tuyo te haga ver las cosas diferentes de como en realidad son. A propósito -añadió pensativa-, ¿a ti no te gustaba Angela?

César enrojeció.

-Tú lo has dicho: me gustaba. Pero ya no -gruñó.

-Ah, comprendo. Te ha dado calabazas.

-¡Vete a la porra! ¿Por qué no sigues enseñando a Aurelio y me dejas en paz?

-Es un caso perdido. Pero mira, para despejarte la azotea, ¿qué tal si bailas tú conmigo? ¡Pero no te permito más de tres pisotones!

César accedió no de muy buena gana.

No estuvieron mucho más rato allí. Al cabo de un cuarto de hora dijeron que querían descansar y se retiraron a sus cabañas.

La fiesta siguió sin ellos. Los infros de la tierra bailaron hasta el amanecer, cuando las primeras luces de la aurora tocaron suavemente las copas arbóreas del bosque de Aros.

Varalda no durmió aquella noche.

Capítulo V: "El Templo del Saber"

A la mañana siguiente los cinco compañeros recogieron sus cosas y fueron conducidos a la orilla del lago Eirin.

-¿Qué les pasa a esos dos? -preguntó Anabel en voz baja a Eva al ver que César y Angela no se hablaban esa mañana.

-Se pelearon anoche -respondió Eva en el mismo tono-. ¡Ahora se odian!

-Pues me parece raro -intervino Aurelio-. Después de lo que hizo César por ella en Flas...

-Esta mañana Angela iba a hacer las paces -explicó Eva-, pero cuando se acercaba a él, César le soltó que era una traidora y que estaba aliada con Elíe, o algo así. La llamó serpiente venenosa y Angela se olvidó de sus buenas intenciones y le dijo de todo. No se os ocurra comentarles nada porque si no fuera por nosotros se sacarían los ojos el uno al otro ahora mismo.

-Qué cruz -suspiró Anabel-. No me digáis que tendremos que soportar sus peleas durante el resto del viaje.

Eva se encogió de hombros.

Al cabo de un rato llegaron al lago. Allí había varias balsas esperándolos, construidas por los infros de la tierra. Cuando subieron sobre ellas, un grupo de infros del agua (los "parientes de agua dulce" de los infros del mar de Kur, según Lera) del lago ordenó a los cisnes que tiraban de las balsas que se pusieran en marcha.

Cruzaron el lago sin incidentes. Las balsas eran ligeras y los cisnes no tenían ningún problema para remolcarlas.

A mediodía alcanzaron la otra orilla del lago. Los cisnes, con una elegante inclinación de cabeza, se despidieron de ellos.

Y los humanos volvieron la mirada hacia el este y vieron a lo lejos las ruinas de la Ciudad de los Dioses.

Cuando los dioses se marcharon -les había explicado Angela-, ninguno se atrevió a poblar su ciudad, y ha quedado desierta y en ruinas desde entonces. Empezaron la marcha, y un par de horas más tarde entraban en lo que había sido la Ciudad de los Dioses.

El aspecto desolado de aquel paisaje los impresionó. Los

edificios que antes se alzaban orgullosos ahora no eran más que ruinas polvorrientas. El viento gemía entre los restos lamentándose del abandono de la que antaño fue una bella y poderosa urbe.

-Aquí no hay nadie -dijo César.

-Nadie... nadie... nadie... -repitió el eco.

Eva se sentó sobre la base de una columna caída.

-Bueno, chicos, ¿y ahora qué? -preguntó-. Si esa que se hace llamar Elíe estuviera aquí, esto no estaría tan silencioso.

-Me temo que nos hemos equivocado -añadió César-. Cuando los infros dijeron que había dicho que se iba al norte, no creo que se refiriera a este lugar.

Aurelio había desplegado el mapa de Nevateria.

-Al norte está la ciudad de Nebulur, la Cordillera Arkan y, más al norte aún, las Tierras Arrasadas. Y más allá, cualquiera sabe.

Eva se había acercado y estudiaba el mapa junto a él.

-¿Qué dice debajo de "Cordillera Arkan"? -preguntó-. No se entiende muy bien.

-El mapa lo dibujó Angela -gruñó César-. Pregúntale a ella.

Eva lanzó una mirada de reojo a Angela, que estaba sentada en una escalinata resquebrajada, mirando al infinito sin hacer el menor caso de nadie.

-Déjalo. Hoy está de mal humor -murmuró mientras su hermano lanzaba una risa significativa-. Y tú también, rico -añadió enfadada mirando a César-. Intentemos descifrarlo nosotros -le dijo a Aurelio.

-Vamos a ver -dijo Aurelio-. Ahí dice "Morada de..."

-¿Morada de qué?

-"Morada de los drag..." ah, ya. "Morada de los dragones".

-¿De los qué?

-¡De los dragones! -gritó Angela-. ¿Es que estás sorda?

-No me digas que hay dragones aquí -se burló César.

Angela no respondió, pero esbozó una sonrisa que a César le dio muy mala espina.

En aquel momento un salvaje grito resonó por todos los rincones de la Ciudad de los Dioses. Todos miraron alrededor,

desconcertados. César vio que Angela alzaba la vista al cielo y siguió el camino de su mirada. Profirió un grito que hizo que Eva, Aurelio y Anabel miraran al cielo también.

Un gigantesco dragón azul extendía sus alas sobre los restos de la ciudad. Su piel escamosa emitía reflejos metálicos. cuando los rayos del sol se proyectaban sobre ella. Sus ojos relucían como el fuego, su crin espinosa se encrespaba y su larga cola azotaba el aire provocando un silbido aterrador.

-¿Y ahora qué, genio? -se burló Angela-. ¿Hay o no hay dragones aquí?

-Esto no puede ser real -murmuró César cuando el reptil, con otro potente chillido, se posó en el suelo haciendo temblar la tierra y levantando una espesa nube de polvo-. A propósito, ¿es verdad lo que se dice de que estos bichos echan fuego por la boca?

Como si lo hubiera oído, el dragón exhaló una terrible bocanada de fuego que incendió el edificio más cercano. Su cola, como si de un látigo se tratara, golpeó otra casa, derribándola. El dragón inspiró de nuevo.

-¡Corred! -chilló Anabel.

Y todos dieron media vuelta y emprendieron una veloz carrera entre los restos de la Ciudad de los Dioses. Tras ellos, el dragón azul gritó otra vez, y sintieron su ardiente aliento a sus espaldas. La criatura intentó seguirlos a través de las estrechas calles de la ciudad, pero, como era demasiado grande, levantó el vuelo de nuevo y los persiguió desde el aire. La sombra de sus alas lo cubrió todo.

-¡Anda, dios del fuego, a ver qué haces con esto!

César se volvió. Se había ocultado bajo una cornisa, donde el dragón no podía verlo desde el aire.

Cerca de él se hallaba Angela. Había sido ella la que había hablado. No parecía tener miedo.

-Tenía yo razón -murmuró César con un estremecimiento-. Me estabas tomando el pelo. Tú has llamado a ese dragón, no sé cómo...

Angela rió abiertamente.

-Qué idea tan divertida -comentó-. Ya me gustaría a mí poder llamar a los dragones. No, no he sido yo. Pero te daré un consejo: no

tengas miedo de ese dragón, no es malvado.

-¿Ah, no?

-Claro que no. Esa pobre criatura tiene más miedo que tú.

-¿Cómo lo sabes?

-Si quisiera matarnos ya lo habría hecho.

César iba a replicar pero en aquel momento una de las garras del dragón golpeó la entrada del edificio donde se refugiaban y la hizo pedazos.

César pudo evitar quedar aplastado por el derrumbamiento, pero, cuando se volvió hacia Angela para decirle un par de cosas, no la vio por ninguna parte. Sólo escombros.

Sintió que algo así como un puñal de hielo se le clavaba por dentro.

-Angela -murmuró-. Angela...

Un resoplido a su espalda lo sobresaltó. Giró en redondo y se encontró con la mirada del dragón.

Se había posado en el suelo, cerca de él. Pero no escupía fuego ni rugía con furia. Por un instante los ojos del dragón y los del muchacho se encontraron... y César no vio odio en la mirada de su oponente.

"Esa pobre criatura tiene más miedo que tú..."

El dragón ladeó la cabeza con cierta tristeza y, gruñendo suavemente, levantó el vuelo. Se mantuvo un momento suspendido sobre la Ciudad de los Dioses y luego, tras lanzar una última llamarada que calcinó algunas construcciones más, se alejó hacia el norte.

César se quedó allí.

Oyó entonces la voz de Anabel:

-¡Eh, chicos! ¡Se ha marchado!

Sus compañeros salieron de entre las ruinas más o menos maltrechos.

-¡De buena nos hemos librado! -comentó Eva alegremente-. Eh, César, ¿dónde está Angela? La vi contigo.

César no contestó. Se quedó mirando frente a sí, y preguntándose cómo diablos había permitido que pasara aquello.

* * *

Angela abrió los ojos lentamente. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Se incorporó con cuidado. Detrás, una pesada columna y varios pedruscos habían taponado la entrada. Pero frente a ella se abría una amplia sala embaldosada que le produjo una sensación atemporal, como si aquello fuera una inmensa pecera cerrada, inmóvil, y lo que sucediera fuera no pudiera perturbar ni alterar el interior.

Se adentró, sin saberlo, en el Templo del Saber.

Había tres estatuas a cada lado de la sala, y una más al fondo. Angela se acercó a mirarlas.

La primera estatua de la pared de la derecha representaba a un hombre enérgico de aspecto violento. Su gesto era a la vez duro y burlón y sus cabellos alborotados le daban una apariencia atrevida y descarada. Una inscripción al pie anunciaba: "WOR, IGNIS DEUS".

La siguiente mostraba a una joven que llevaba una sencilla túnica y una corona de flores en el pelo. A sus pies también crecía flores, y su sonrisa alegre, confiada y juguetona transmitía una sensación de vida y calor. Bajo ella la inscripción decía: "TILIA, TERRAE DEA".

La última estatua de la derecha, la que se encontraba a la izquierda del altar, representaba a un hombre de porte sereno y tranquilo, pero siniestro, y sinuosa sonrisa, que no inspiraba confianza. El epígrafe rezaba: "ARCADIUS, MALI DEUS".

Angela se dirigió a la última estatua de la izquierda pasando de largo ante el altar tras el cual estaba la estatua del fondo de la sala.

La tercera estatua de la pared de la izquierda era un anciano de aspecto cansado y bondadoso. A pesar de que las arrugas surcaban su rostro y tenía que apoyarse en un nudoso bastón sonreía dulcemente. Debajo se explicaba que era "AURELIUS, BONI DEUS".

La siguiente estatua mostraba a un joven que, en opinión de Angela, necesitaba un buen corte de pelo. Tenía las palmas abiertas y transmitía una sensación de espiritualidad con aquella sonrisa despistada que mostraba. A sus pies, la inscripción rezaba: "MESIO, AERIS DEUS".

La última estatua representaba a una mujer de largos cabellos y semblante grave y decidido. Portaba un tridente entre las manos y se encaraba al mundo sin ningún temor. Debajo, el epígrafe señalaba: "SARANDA, AQUAE DEA".

-No me parezco en nada a ella -murmuró Angela con tristeza, admirando la serenidad y majestuosidad que se reflejaban en aquella estatua.

Entonces reparó en el gran altar que ocupaba la pared del fondo, entre las estatuas de Aurelius y Arcadius, y se acercó para verlo.

Tras el altar había una gran estatua que representaba a una mujer de rostro impenetrable que extendía los brazos a ambos lados. Debajo se había señalado: "IRSA, IMPARTIALITATIS DEA".

-De modo que ésa es la diosa de la Imparcialidad -musitó Angela-. La Presidenta del Consejo. La ocupante del círculo amarillo...

Se aproximó más. Para verla mejor se apoyó en el altar y se sorprendió al encontrar su superficie totalmente lisa, sin una sola rugosidad. Al mirarla dio un grito de sorpresa: la superficie del altar era de cristal y, bajo ese cristal yacía una mujer incalculablemente vieja.

Angela la observó con detenimiento. Le resultaba extrañamente familiar. Llevaba una túnica blanca con tonos amarillentos. Angela se preguntó cuánto tiempo llevaría aquella anciana en su tumba de piedra y cristal. No mucho, si se conservaba así...

De pronto sintió que se le helaba la sangre: porque el pecho de la mujer subía y bajaba rítmicamente.

-¡Respira! -dijo Angela casi sin aliento.

Se apresuró a retirar el cristal para que no se asfixiara. Sacudió a la anciana con suavidad.

-Despierte -murmuró-. Despierte, por favor.

La mujer se estremeció y abrió lentamente los ojos. Cuando vio a Angela inclinada sobre ella se incorporó de súbito.

-Espere, no tan deprisa -le dijo ella-. A su edad no es bueno.

Le había hablado en su propio idioma pero al ver que la

anciana no lo comprendía lo repitió en la lengua de los infros.

Ni aún así. La mujer miró a su alrededor y luego se miró a sí misma. Al ver sus manos tan arrugadas dio un grito de sorpresa. Se observó con detenimiento en el cristal.

Y fue en ese momento cuando Angela reconoció en aquella anciana a la mujer de la estatua que había tras el altar. Sintió que se mareaba. Irsa debía llevar... por lo menos catorce siglos muerta.

Retrocedió un paso pero la mujer alargó la mano, la cogió del brazo y la obligó a acercarse. Entonces colocó sus manos marchitas en las sienes de la muchacha y cerró los ojos.

Inmediatamente Angela sintió que indagaban en su mente y que estudiaban todo lo que contenía. El pensamiento de la anciana buceó entre los suyos como si consultara la pantalla de un ordenador en busca de datos.

Angela no supo cuánto duró aquel proceso de información, pero cuando la anciana la soltó y apartó su mente de la de ella, se sintió mucho mejor.

-Vaya -dijo entonces la mujer en la lengua de Angela-. Ha pasado tanto, tanto tiempo, que apenas puedo creerlo...

-Hace un momento no comprendías mi idioma -observó Angela sorprendida.

-Hace un momento no sabía todo lo que tú sabes -replicó la anciana-. Me llamo Irsa, y soy la diosa de la Imparcialidad.

-Si has aprendido mi lengua en mi mente también habrás leído que no eres ninguna diosa.

-Hum. -Irsa le lanzó una mirada crítica-. Pero podría serlo.

Abandonó su ataúd de piedra y cristal y bajó al suelo con sumo cuidado.

-No tenía la intención de dormir tanto tiempo -explicó-. Pero creo que se olvidaron de mí allá fuera.

Angela no fue capaz de responderle. Podía sentir la tremenda energía que manaba del cuerpo (¿de la mente?) de aquella mujer. Supo entonces que no eran imaginaciones suyas. Que aquella misma energía había mantenido su cuerpo con vida, en una especie de letargo, durante tanto tiempo.

-De modo que has visto en mi mente todo lo que ha pasado - pudo decir por fin.

-Sí, eso me temo. Y algunas cosas no han sido demasiado agradables. No me gusta eso que decís ahora de que no somos dioses. Podría enseñarte cosas que ni el más poderoso entre los mortales sabría hacer.

Entonces se dio cuenta de que Angela la observaba fijamente. Carraspeó.

-Bueno, he de reconocer que tu teoría tiene más sentido que la mía -masculló-. A mí nunca se me habría ocurrido eso de viajar de mundo en mundo. En serio que siempre creí que Nova Terra fue creada por el Consejo.

-Tú podrías ayudarnos a derrotar a Elíe -dijo de pronto Angela-. Así ambas dimensiones se salvarían.

-No, niña, yo no puedo. Yo represento la imparcialidad. No puedo meterme en asuntos de ese tipo. Soy juez, nada más. Aurelius veía el Bien en toda criatura viviente. Arcadius, el Mal en todo lo creado. Yo me mantengo en medio. Hay cosas buenas, y cosas malas, y a mí me corresponde decir en qué parte está cada una.

-Pero si eso no es así -protestó Angela-. Nada es completamente bueno ni completamente malo. Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Las cosas pueden ser buenas o malas dependiendo de para qué se usen.

-Qué sabrás tú de la vida, niña -rezongó Irsa-. Qué sabrás tú de la magia.

-Nada -reconoció Angela-. Por eso necesitamos que nos ayudes.

-De sabios es rectificar -masculló Irsa-, así que, atendiendo a tu teoría, voy a contarte la verdadera verdad de todo este asunto de la magia: no es hereditaria. Esos dos amigos tuyos tendrán más facilidad para despertar la magia que hay dentro de sí por ser descendientes de Aurelius, pero eso no quiere decir que sean más poderosos que el resto de la gente... o que tú, incluso -añadió señalándola con su largo dedo huesudo-. La energía de la mente, la magia, sabes... -continuó en voz baja-, se concentra en un sólo punto. Si te olvidas de todo menos

de ese punto y consigues que ocupe todos los rincones de tu mente puedes hacer lo que te dé la gana con él.

-Incluso... ¿vencer a Elíe?

-¡Por supuesto, niña! Todos pueden vencer a Elíe. Es difícil, y necesitarás ayuda, pero es posible. La mente no tiene fronteras.

-Entonces -aventuró Angela-, si todos poseen el poder de la mente, significa que los del Consejo no erais más que el resto de la gente...

-Ahora te voy a enseñar una cosa, Angela -susurró Irsa acercándose a ella. La tomó de la mano y le dijo:

-Cierra los ojos.

Angela obedeció.

Entonces Irsa concentró su energía en la mente de Angela. Ella oyó la voz de la anciana en todos los rincones de su cabeza: "Estás volando, Angela. Olvídate de esa estúpida ley de la gravitación. Puedes vencerla. Olvídate de tu cuerpo. Tu mente es más poderosa".

Ayudada por Irsa, Angela se vio a sí misma elevándose lentamente del suelo. Se concentró en esa imagen y no vio ni oyó ni sintió nada más.

-Abre los ojos ahora.

La voz de Irsa le llegó como muy lejana. Angela volvió a la realidad y abrió los ojos.

Levitaba a un par de metros del suelo. Irsa, suspendida en el aire cerca de ella, sonreía.

-¿Comprendes ahora por qué éramos dioses? -le preguntó suavemente.

Angela, privada del apoyo mental de Irsa, se desconcentró y cayó al suelo pesadamente. La anciana aterrizó sin ruido a su lado.

-Nuestra fuerza no se basaba en ser más poderosos que los demás -le dijo-, sino en saber utilizar lo que teníamos.

Angela se levantó con un gemido y se frotó las costillas.

-Tienes mucho que aprender, niña -sonrió Irsa, pero lo aprenderás.

-Es un aprendizaje muy doloroso -se quejó la chica.

-¿Qué aprendizaje no lo es?

Irsa caminaba distraída entre los despojos de su templo. Se detuvo frente a la estatua de Arcadius y frunció el ceño.

-Hagamos un trato -dijo-. Yo os conduciré a Elíe, os daré un par de consejos y el resto lo hacéis vosotros, ¿de acuerdo?

-Está bien -suspiró Angela.

-Pero para ello tendremos que marcharnos ya.

-Estoy de acuerdo. ¿Pero cómo vamos a salir de aquí? Estamos atrapadas.

-Mujer de poca fe... no hay piedra que la magia no pueda mover. Esto va a ser un juego de niños.

* * *

La noche había caído sobre las ruinas de la Ciudad de los Dioses. Refugiados bajo un arco medio derruido, Aurelio, Eva, César y Anabel habían encendido una hoguera. No tenían ganas de hablar.

Pero Anabel rompió el silencio.

-Es culpa mía. Tenía que haber sido más prudente, ¿cómo pude meteros en esto?

-La culpa no es tuya -la consoló Aurelio-, sino de ese maldito dragón...

-Ese dragón no quería hacernos daño -dijo César inesperadamente-. Tenía miedo.

-¿Miedo de qué? -se burló Eva-. ¿De nosotros?

-No lo sé -reconoció César-. Pero Angela dijo que ese dragón no era malvado. Y yo estoy de acuerdo con ella.

-Me alegro de que por una vez estemos de acuerdo en algo, querido amigo -dijo una voz.

De entre las sombras surgió Angela. En su brazo se apoyaba Irsa. Todos lanzaron una exclamación de sorpresa.

-Os presento a Irsa, Presidenta del Consejo de los Siete Magos.

César se repuso enseguida. Disimuló su alegría con un comentario sarcástico:

-No intentarás hacernos creer que sigue viva después de tanto tiempo, ¿eh?

-Puedes creer lo que te parezca. El Ejército de las Sombras se pondrá en marcha pronto. Ella nos guiará hasta Elíe, tenemos que

detenerla.

-A propósito -dijo Aurelio-. aún no sabemos qué es ese Ejército de las Sombras.

-Me cuesta creer que no lo hayáis adivinado todavía -suspiró Irsa. Los otros miraron a Angela, interrogantes. Ella sólo pronunció una palabra:

-Dragones.

Capítulo VI: "El Ejército de las Sombras"

Pasaron la noche en la Ciudad de los Dioses y partieron al amanecer.

Irsa les contó su historia: cuando Aurelius y Arcadius lucharon ella fue la moderadora. Al ser derrotado Arcadius, su hija Elfe juró que regresaría para vengarlo, y entonces fue cuando Irsa decidió quedarse en Nevateria para proteger a los infros en el caso de que eso llegara a suceder. Se adentró en la Ciudad de los Dioses y se sumió en un sueño profundo tras haber avisado a los Grandes Sacerdotes de que no permitieran a nadie la entrada en la ciudad, y de que la despertaran cuando algún peligro amenazara su mundo. Los demás miembros del Consejo cruzaron la Puerta y la dejaron allí. Sólo los Grandes Sacerdotes sabían que Irsa permanecía en letargo en su propio templo y, por ello, a lo largo de los siglos, como no sucedía nada, la fueron olvidando... hasta que ya nadie recordó que Irsa aún esperaba que la despertaran.

Ahora se dirigían al norte, a Nebulur.

-Nebulur -les explicó mientras caminaba apoyada en un bastón-, fue llamada por el Consejo "Nebulae Urbs", la Ciudad de las Nubes en la lengua antigua. Es la principal ciudad de los infros del aire. Allí seremos bien recibidos.

-¿Hemos de explicarles que no somos dioses? -preguntó Anabel.

-Lo haremos, cuando llegue el momento. No ahora.

César caminaba dándoles patadas a las piedras. No se fiaba de Irsa. En su opinión, no tenían por qué seguir a una vieja arrugada que les iba a dejar en medio del campo de batalla para que se las arreglaran solos sin ayudarles en nada...

-Te advierto que puedo leer tu pensamiento, jovencito -dijo Irsa mirándole divertida.

César enrojeció y Angela le lanzó una dura mirada de reproche.

-A saber en qué estarías pensando.

-Ten por seguro que no era en ti -gruñó César.

-El agua y el fuego son opuestos -murmuró Irsa-. Saranda y

Wor también lo eran. ¿Y sabéis lo que pasó?

-¿Qué? -preguntó Eva, interesada.

-Lo descubrirás con el tiempo.

-Háblanos del Ejército de las Sombras -pidió Anabel, deseosa de cambiar el tema de la conversación.

-Humn. El Ejército de las Sombras. Bien, escuchad, hay un dicho en Nevateria: "Si no te metes con un dragón, él no se meterá contigo". Muy acertado. Los dragones viven en su cordillera sin molestar a nadie. Claro que cuando alguien consigue dominarlos, resultan un terrible oponente.

-¿Dominarlos cómo? -preguntó Angela.

-Bueno, cuando nosotros vimos que Arcadius había conseguido convencer a todos los dragones de que se lanzaran con él a la conquista del mundo casi no lo pudimos creer. Yo catalogué enseguida a los dragones en la parte del Mal, pero Aurelius, que siempre le veía la parte buena a todo, descubrió que Arcadius había encontrado un medio para hacer que los dragones le obedecieran incondicionalmente.

»Veréis, puedes hipnotizar a un dragón, puedes hipnotizar a dos, e incluso a tres, pero más no porque se te descontrolan. Por eso no consideramos a los dragones una amenaza. Arcadius no podía hipnotizarlos a todos porque se volverían contra él, y él lo sabía.

»Pero había uno, un solo dragón con el que podría gobernarlos a todos.

»Su nombre era Algor.

-¿Algor? -repitió Eva-. No lo entiendo.

-Algor es el más fiero y terrible de los dragones. Un gigantesco dragón blanco que forjó un mito entre los de su especie. Con Algor no se metía nadie porque le podía costar muy caro.

»Todos temían al Gran Dragón. Era demasiado fuerte e inteligente como para ser vencido por nadie, y además tenía de su parte a un escuadrón de incondicionales que le hubieran seguido hasta la muerte.

»Lo único que tuvo que hacer Arcadius fue apoderarse de su mente. La palabra del Gran Dragón era la ley, y si él decía, aunque

fuera por Arcadius, que había que conquistar el mundo, todos se lanzarían tras él a conquistar el mundo. Y el que no lo hiciera, probaría las garras y los dientes de Algor... y el tormento podía ser horrible.

»Así que en aquella época Arcadius, montado sobre Algor, pudo mandar a los dragones todo lo que quiso. Formaron un terrible conjunto que quemó, destruyó asesinó y sembró el caos allá por donde pasó. A la zona que cubrieron los dragones en su sanguinaria expedición se la llamó la Tierras Arrasadas.

Entonces Aurelius les salió al paso, y se enfrentó a su hermano. El objetivo era la mente de Algor, el Gran Dragón. Aurelius venció y Algor, liberado y trastornado por lo que había hecho, cruzó el Límite y no se lo volvió a ver

-¿Qué hay más allá del Límite? -preguntó César.

-Yo no te aconsejaría ir de excursión allí, jovencito. El Límite lo marca un abismo tan enorme que sólo los dragones y los infros del aire pueden atravesarlo. Y detrás, el clima es tan frío que nadie puede sobrevivir. Es el país de los hielos perpetuos.

El caso es que por lo visto Elíe se ha atrevido a atravesarlo para ir en busca de Algor y someterlo. Y la prueba es que ese dragón azul os atacó.

-Un momento -dijo César-. A mí no me cuadran las cuentas. ¿Cómo puede ser que ese dragón siga vivo después de tanto tiempo?

-Los dragones, muchacho, son las criaturas más longevas de ambas dimensiones. Su media de vida está entre los dos mil y tres mil años. Sí -añadió mientras César soltaba por lo bajo un silbido de admiración-. Es mucho tiempo. Aunque yo dudaba que estuviera vivo, no por los años, sino por el clima gélido del norte que habrá tenido que soportar.

-Entonces lo que tenemos que hacer es liberar la mente de Algor del influjo de Elíe -resumió Angela.

-Exactamente. Sé que será difícil, pero lo conseguiréis... si tenéis fe.

Un par de días más tarde llegaron al pie de la Cordillera Arkan. Una comitiva de infros del aire salió a recibirlos. Entre ellos estaba el

alcalde de Nebulur, que les explicó que estaban atravesando una situación crítica y les solicitó ayuda.

Irsa frunció el ceño.

-¿A qué esperas, Elíe? -murmuró-. ¿Cuándo empezarás a atacar de verdad y dejarás estas absurdas expediciones?

-¿Qué pasa? -quiso saber Anabel.

-Dos dragones rojos están atacando Nebulur -explicó Angela-. Irsa tenía razón: Elíe ha sometido a los dragones.

-Si son sólo dos, la cosa tiene fácil arreglo -masculló la anciana y, arremangándose la túnica, se concentró un momento y echó a volar tras los infros del aire.

En el último momento recordó que se había dejado algo abajo, y pidió a los infros que llevaran a sus amigos.

-Podría elevaros yo misma -se disculpó-, pero necesito concentrar toda mi energía en hipnotizar a esos dragones.

Pronto llegaron a Nebulur.

Anabel y los cuatro chicos se quedaron sin respiración.

Nebulur se ubicaba en el pico más alto de la Cordillera Arkan. Sus mármoles brillaban a la luz del sol con tonos irisados, y sus cúpulas y pináculos más altos rozaban las nubes. La ciudad, inmaculadamente blanca, se destacaba entre la fría roca gris como un inmenso glaciar. Todos los elementos arquitectónicos de Nebulur combinaban luz, mármol y cristal con maravillosa armonía.

-Esto ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí -suspiró Irsa-. Los infros han hecho un buen trabajo. Si Mesio pudiera verlo...

Entonces una llamarada se elevó entre los edificios de la ciudad y todos distinguieron dos formas que describían círculos en el aire sobre ella. Según fueron acercándose, vieron cada vez con más claridad que se trataba de dragones.

Los infros del aire los depositaron con cuidado en una de las plazas de la ciudad. Irsa se elevó hasta posarse en el tejado de una de las casas más altas. Entonces alzó los brazos y gritó:

-¡Dragones rojos! ¡Criaturas del aire y el fuego! ¡Yo os invoco!

Los dragones en principio no repararon en ella pero, cuando lo

hicieron, la observaron con curiosidad, como un elefante observa a un mosquito posado en su trompa, preguntándose si merece la pena espantarlo o no.

-¡La van a aplastar! -gritó Angela cuando uno de los dragones aterrizó en la plaza y estiró su largo cuello hasta que su cabeza quedó a la misma altura que la de Irsa.

Sintió entonces que alguien colocaba una mano sobre su hombro.

-Confía en ella.

Era César.

Irsa y el dragón se observaban fijamente. Entonces la hechicera empezó a balancearse rítmicamente a un lado y a otro y, para asombro de todos, el dragón siguió el movimiento con la cabeza. Sus ojos tenían la mirada perdida en el vacío.

Irsa chasqueó los dedos y el dragón cerró los ojos y se desplomó en el suelo.

El otro dragón, al ver a su compañero fuera de combate, lanzó un rugido que hizo temblar a Nebulur hasta los cimientos, y se acercó a Irsa. Sus ojos echaban chispas.

La anciana evitó un latigazo de su cola elevándose en el aire y desapareció súbitamente. En su lugar apareció un enorme dragón blanco cuyo terrible aspecto los hizo estremecerse a todos.

El dragón blanco rugió. El dragón rojo se encogió acobardado. Y entonces, el dragón blanco comenzó a mover la cabeza a un lado y a otro. Sus ojos tenían un brillo hipnótico que su oponente no supo resistir. Poco después también él se hallaba inconsciente junto a su compañero.

Llegados a este punto, el gran dragón blanco se esfumó en el aire, y todos vieron de nuevo a una sonriente Irsa.

La maga descendió hasta donde se encontraban sus compañeros.

-Bonita función ¿eh? -jadeó-. No tuve más remedio que hacerme pasar por el Gran Dragón para que me mirara a los ojos. Estaba demasiado furioso como para atender a razones.

Los otros la miraron incrédulos.

-¿Eso lo has hecho tú? -preguntó César-. Quiero decir... ¿tú eras el dragón blanco?

-Oh, no. No lo has entendido. El dragón blanco no era real, era una ilusión creada por mi mente. No me convertí en dragón, no puedo hacer eso.

Irsa calló. Se apoyó temblorosa en su bastón.

-Estoy muy débil -dijo por fin-. Ya soy vieja. Hasta los magos envejecemos, ¿sabéis? Pero ahora no hay tiempo para descansar. Hablaré con esos dos dragones. Ellos nos llevarán junto a Elíe y los demás.

Irsa se desprendió del brazo de Angela y se aproximó tambaleante hasta los durmientes reptiles. Entonces le dio a uno un golpe en las narices con su bastón.

-¡Despierta, atontado! No tenemos todo el día.

El dragón sacudió la cabeza, desconcertado. Después fijó su vista en Irsa con evidente irritación.

-Me llamo Irsa -se presentó la anciana-. Tú eres joven, pero seguro que has oído hablar de mí.

El dragón había oído hablar de ella, efectivamente; además podía sentir la fuerza que emanaba de aquel ser que le había derrotado a él y a su compañero.

-Mis amigos y yo hemos venido para luchar contra Elíe y derrotarla -declaró Irsa-. Así que me gustaría que nos guiaras hasta ella.

-¡Señora! -exclamó el dragón. Su voz retumbó como un trueno-. Nada me complacería más, pero no sabes lo que me pides. El Gran Dragón está con ella, ¡nos matará a todos si no obedecemos sus órdenes!

-No matará a nadie -aseguró Irsa-. Yo me encargaré de ello. ¡Guíanos hasta Elíe, Rhenn, y serás recompensado!

-¿Cómo sabes mi nombre? -preguntó el dragón asombrado.

-Lo he leído en tu mente -replicó Irsa como si fuera lógico-. Creí que eras más listo.

Irsa apareció de pronto montada sobre la cabeza de Rhenn, el dragón rojo.

-Perfecto -comentó satisfecha-. Ahora, despierta a tu amigo y pongamos rumbo al norte.

-¡Por favor, señora, bájate! -protestó Rhenn-. Os respeto enormemente, pero la Señora de las Tinieblas me cortará el cuello si desobedezco sus órdenes.

-¡Sus órdenes! -exclamó Irsa, que comenzaba a perder la paciencia-. ¿Y cuáles eran sus órdenes? ¿Destruir Nebular?

El dragón bajó la cabeza avergonzado.

-No -confesó-. Sólo asustar a los infros un poquito.

-Bueno, pues ya lo has conseguido. Ahora vamos al norte. ¿O es que quieres que Elíe se haga dueña y señora del mundo entero? Escúchame bien, podría hacer que me acompañaras. Sólo con un movimiento de mi dedo harías todo lo que yo te ordenara. Pero quiero que vengas conmigo por propia voluntad. No dejes que nadie te controle nunca, Rhenn. Si no quieres ser una máquina de matar, no permitas que te conviertan en una.

Rhenn bajó la cabeza y accedió a ayudarla con un suave gruñido. Cuando Varkin, el otro dragón, despertó fue prontamente puesto al día de las novedades y, antes de que se dieran cuenta, los seis humanos estaban volando sobre el lomo de un dragón rumbo a las Tierras Arrasadas.

Angela y César cabalgaban junto con Irsa sobre Rhenn.

-¡Esto es fantástico, chicos! -les gritó Eva desde el otro dragón.

-Ten cuidado o te caerás -le advirtió Irsa muy seria.

Poco después divisaron en tierra, entre las montañas, un enorme cuerpo azul.

-¡Roth! -dijo Varkin,

Él y Rhenn cruzaron una mirada de tristeza y temor.

-Es el dragón azul que nos atacó en la Ciudad de los Dioses -musitó Angela-. Está... muerto...

El dragón presentaba diversos desgarrones en su piel escamosa. Tenía el cuello roto.

-Obra del Gran Dragón -explicó Rhenn-. Éste había recibido una orden que no cumplió...

-La de matarnos a nosotros -murmuró César-. Fue un rebelde.

-¡Como nosotros! -gimió Varkin.

Irsa no dijo nada. Pero sus ojos reflejaban una tristeza profunda cuando los desvió del cadáver del que había sido un magnífico dragón azul.

Poco después, tras cruzar la cordillera, llegaron a las Tierras Arrasadas. Al cabo de un rato divisaron en mitad del páramo, entre la neblina, un gran número de dragones que descansaban.

Rhenn volvió la cabeza para mirar a Irsa suplicante.

-¡No te da vergüenza! -exclamó ésta-. ¡Tan grandote y tan miedica! Baja, no te harán daño. Acabo de hablar con Elfé telepáticamente... aunque no sé si fiarme de ella -añadió para sí.

Rhenn y Varkin se posaron suavemente en medio de un círculo formado por dragones curiosos. A la cabeza de todos ellos había un enorme dragón blanco que presentaba numerosas cicatrices en su piel y cuyo aspecto fiero intimidaba e imponía respeto.

Los seis humanos descendieron del lomo de los dragones rojos. Una mujer alta vestida con una túnica oscura les salió al encuentro. Todos pudieron percibir el aura de poder y ambición que la rodeaba. Angela se estremeció.

-¿Crees que podrás vencerla? -le preguntó en voz baja a Irsa.

-No -fue la tajante respuesta-. Yo ya he cumplido con mi parte del trato, os he traído frente a Elfé. El resto es cosa vuestra.

-¡Sabía yo! -soltó César.

-¡Qué! -exclamó Anabel-. ¡Escucha, no puedes dejarnos así! ¡Estamos en medio de un montón de dragones que al menor gesto de esa mujer nos harían pedazos!

-Tampoco hay que exagerar -protestó Rhenn, molesto-. Como no nos libréis de Elfé, van a rodar cabezas... ¡concretamente las nuestras!

-Estamos condenados -se lamentó Varkin.

-Está bien, yo me enfrentaré a ella -suspiró Anabel-. No puedo permitir que los chicos corran riesgos. ¿Qué hay que hacer?

-Eso depende de ti -respondió Irsa.

Anabel dio unos pasos, indecisa. Rhenn la empujó suavemente con la cabeza hasta que estuvo frente a Elfé.

-Recuerda las reglas, Señora de las Tinieblas -dijo Irsa-. Si aceptas su desafío, tus dragones no podrán ayudarte.

-No los necesitaré. Lo acepto, Irsa.

Se acercó más a Anabel y la observó con detenimiento.

-Pasemos a la acción -murmuró alzando los brazos-.
¿Preparada, descendiente de Aurelius?

Cerró los ojos y se concentró. Anabel no supo qué hacer. Las manos de Elíe comenzaron a brillar. Anabel retrocedió unos pasos.

Elíe abrió los ojos y extendió una mano hacia Anabel. La energía allí acumulada se desprendió en forma de rayo de luz. Anabel colocó los brazos de escudo pero la fuerza del impacto la derribó hacia atrás.

-¡Concéntrate, Anabel! -gritó Angela-. ¡Usa el poder de la mente!

Pero Anabel veía las sombras de los dragones que contemplaban la batalla silenciosos a su alrededor. Sentía la mirada de fuego del Gran Dragón y era incapaz de concentrarse.

Un nuevo ataque de Elíe la hizo caer otra vez. Trató de levantarse, pero no pudo en esta ocasión. Elíe se acercó más con una sonrisa en los labios. Entonces Irsa se colocó entre ella y Anabel.

-¡Diablos! -exclamó Elíe, disgustada-. Y tú, ¿no eras imparcial?
¿Ahora te pones de su parte?

-Se acabó la imparcialidad, jovencita -masculló Irsa.

Elíe se llevó las manos a la cabeza y retrocedió con un chillido desgarrador.

-Eso es telepatía -explicó Rhenn a los atónitos humanos-. Le ha lanzado un impulso telepático que hubiera hecho trizas la mente de cualquier no iniciado. Elíe se repuso y miró con odio a la vieja maga.

-Ahora empieza la batalla de verdad, Irsa -dijo.

Y entonces empezó la batalla de verdad.

Los dragones y los humanos asistieron a una terrible lucha entre las dos. Un aura de luz las rodeaba, y sus mentes concentraban toda su energía, que no era poca, en su oponente.

La batalla se prolongó durante mucho rato. Sin embargo, Irsa ya era muy anciana y no pudo aguantar mucho más. Cuando intentó

detener un ataque de Elíe, su resistencia cedió y el embate la lanzó hacia atrás.

-¡Irsa! -gritó Angela.

Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado.

-Yo ya soy vieja, pequeña -murmuró la hechicera-. Si quieres salvar ambas dimensiones tendrás que ocupar mi lugar.

-Pero yo...

-Recuerda lo que te he enseñado, y cree en ti misma.

Una sombra le tapó la luz. Cuando Angela alzó la cabeza vio ante sí la alta figura de Elíe.

-¿Quieres ser tú la siguiente, niña?

Capítulo VII: "El Círculo se cierra"

Angela se enderezó y se enfrentó a ella.

-No me das miedo -declaró.

Elíe no dijo nada. Se la quedó mirando.

-¿A qué esperas? -preguntó Angela, desconcertada.

-Te cedo el honor de atacar primero.

Angela sabía que se estaba burlando de ella, pero decidió aprovechar la oportunidad. Vio que Elíe estaba colocada al pie de una pared rocosa. En lo alto había una roca que parecía bastante suelta. Si pudiera concentrar en esa roca su energía para que se moviera y cayera encima de Elíe...

Angela lo intentó. Sabía que aquello no detendría a Elíe pero al menos la distraería y ella podría dedicarse a intentar liberar la mente de Algor.

Pero no pudo. Estaba demasiado preocupada en sus compañeros y en los dragones como para que aquella roca ocupara por completo su mente.

Elíe alzó la mano y la roca que Angela había querido mover se elevó en el aire y se dirigió hacia la muchacha que, con los ojos cerrados, no se había dado cuenta de nada.

-¡¡Angela!!

Con un salvaje grito César salió de la retaguardia y empujó a su amiga. La roca se estrelló en el suelo cerca de ellos.

-Vaya, gracias -murmuró Angela-. ¿He hecho yo eso?

-Tú no, cabeza de chorlito. Elíe te ha leído el pensamiento, así que la próxima vez procura que no se te note demasiado lo que quieres hacer, ¿de acuerdo? Angela asintió. César se puso en pie.

-¡Escúchame bien,. bruja! -le gritó a Elíe-. ¡Si se te ocurre tocarle un solo pelo a mi amiga te las verás conmigo!

-¡Estás loco, César! -susurró Angela, parapetada detrás del muchacho. Y añadió en voz más baja todavía:- Por eso me gustas.

-¿Eh? -César se volvió hacia ella, desconcertado.

-Conmover -rió Elíe-. Y ahora dime, ¿qué piensas hacer para salvarla? César extendió un brazo por delante de Angela, en ademán

protector.

-¡Ay! -suspiró Varkin-. ¡Todavía quedan valientes en este mundo!

-¡Cierra tu boca! -gruñó Rhenn-. ¡No oigo!

Elíe había cerrado los ojos. Estaba concentrando toda su energía para asestar un golpe mortal.

Entonces Eva echó a correr y se plantó delante de César.

-¡Es mi hermano! -gritó-. ¡Así que déjale en paz!

-¡Eva, quítate de en medio! -protestó César.

Pero a la belicosa Eva no le daba miedo Elíe. No soportaba estar inactiva y tampoco le gustaba perderse la fiesta quedándose en retaguardia. Iba a decirle algo más a la Señora de las Tinieblas cuando alguien se colocó delante de ella y le impidió ver nada.

-¡Aurelio! -se quejó la chica-. ¡Apártate de ahí!

-¿Y dejarte a ti sola frente a ella? -preguntó Aurelio suavemente-. No, Eva, ni hablar.

Eva, para pasmo y asombro de todos los presentes, se calló.

-Eso es lo mejor que has dicho en toda tu vida, Aurelio -murmuró.

-¿¡Me estáis tomando el pelo o qué!?! -gritó Anabel.

Renqueando, se colocó frente a los chicos y le espetó a Elíe:

-¡Métete con alguien de tu tamaño y deja a los chicos en paz!

Elíe abrió los ojos. Su aura se había extendido. Los dragones retrocedieron unos pasos entre murmullos aterrorizados.

-Todos en fila -dijo lentamente-. Caeréis como piezas de dominó. Y dime, Anabel, ¿qué piensas hacer para evitarlo?

-Déjalo, Anabel -dijo inesperadamente una voz-. Yo empecé este asunto y es justo que sea yo quien lo termine.

Angela avanzaba pálida pero serena hacia Elíe.

-¿Tú, mocosa? -rió Elíe-. ¿Y qué vas a hacer tú?

-Irsa me enseñó que el secreto del poder mental es creer en algo. Yo creo en el amor, la justicia y la amistad.

Hizo una pausa y después preguntó en voz baja:

-¿En qué crees tú?

-Te diré en lo que creo, niña. Creo en el poder y en la fuerza. Y

tú siempre te cruzas en mi camino y ya estoy harta de ti, ¿sabes?

-Es una lástima, porque estás sola.

"Cree en ti misma", oyó la voz de Irsa en su mente. "Confía en tus posibilidades. La magia es tuya. Concéntrate y olvídate de todo. Y ataca. Ataca".

Angela cerró los ojos, y se concentró. Sintió el apoyo de la mente de Irsa pero no pensó en ello. Se olvidó de Elíe y de todos los dragones excepto de uno.

Elíe se dio cuenta de que ahora Angela tenía el apoyo de Irsa y que su mente joven podía hacerle mucho daño. Se dispuso a lanzar sobre Angela, ajena a todo, el golpe mortal.

Entonces Rhenn, el dragón rojo, levantó el vuelo con un poderoso chillido y se lanzó en picado sobre Elíe.

Algo rugió con furia, pero Elíe lo detuvo con un gesto. Quería torturar ella misma a aquel dragón que osaba estropearle el momento. Rhenn se detuvo en el aire con un grito de dolor. La mente de Elíe jugueteó con la suya como el gato con el ratón. Rhenn cayó al suelo y se retorció chillando de pura agonía.

Angela no se dio cuenta. Dejó que todos los rincones de su mente fueran ocupados por el Gran Dragón.

Sintió que alguien le cogía de la mano. Como en sueños, oyó muy lejana la voz de César:

-Estoy aquí, te ayudaré. Dos mentes pueden más que una.

Percibió vagamente que Eva le cogía la otra mano y que Aurelio se unía a la cadena.

Rhenn se debatía en el suelo. Elíe le estaba haciendo ver terribles imágenes en su mente, y el dragón se veía a sí mismo muriendo de cien formas diferentes, a cual más horrible.

Ninguno de los dragones se atrevió a socorrerlo. Cuando Varkin se disponía a acudir en ayuda de su compañero, Irsa lo detuvo:

-Espera, Varkin. El sacrificio de Rhenn dará fruto. Mira.

Y señaló a los cuatro jóvenes que acumulaban energía lentamente. Elíe, entretenida con Rhenn, se había olvidado de ellos.

"Un círculo...".

La voz de Angela llenó las mentes de los otros tres. Aurelio

alargó la mano y tomó la de César. La cadena se cerró. Los cuatro jóvenes, apoyándose unos en otros, unieron lentamente sus mentes en una sola.

Entonces Elíe se dio cuenta de que estaban acumulando energía y se volvió hacia ellos. Rhenn se derrumbó inmóvil.

Elíe, al verlos alzarse desafiantes frente a ella decidió barrerlos de un solo golpe. Juntó sus manos y cerró los ojos.

Angela, César, Eva y Aurelio se olvidaron de todo. Los pensamientos de los cuatro se confundieron en uno solo.

"Objetivo..."

"La bruja..."

"No, ella no. No serviría de nada."

"¿Entonces...?"

"El dragón. El Gran Dragón"

"Pensemos en el dragón. El es la clave"

"Sí, pensemos en el dragón"

"Mantengámonos unidos. Sólo así..."

"...Venceremos"

El aura de los cuatro se fundió en una sola que comenzó a girar en espiral a una velocidad de vértigo.

"Estamos haciendo... magia"

"No pienses en eso ahora. El dragón"

"Sí, el dragón"

"La unión hace la fuerza"

El cielo se había encapotado, los truenos retumbaban y el viento les azotaba el rostro, pero ellos no se dieron cuenta. La energía que brotaba de sus mentes tomó la forma de un brillante rayo de luz que avanzó en línea recta, sin desviarse un ápice, hacia el Gran Dragón. Algor quiso apartarse de su camino pero el terror lo paralizó y el rayo le acertó de lleno en la cabeza. El dragón lanzó un bramido de dolor. En su cerebro se libraba una terrible batalla. La magia de los cuatro chicos encontró otra mucho más poderosa en oposición a ellos. Elíe olvidó a los cuatro amigos. Si no se concentraba en el dragón perdería su mente para siempre.

Angela, César, Eva y Aurelio sintieron que la mente les

estallaba. Elíe gritó. Algor rugió. Entonces Irsa, que hacía rato que les había retirado su apoyo mental, concentró su energía en la mente del Gran Dragón. A pesar de estar fuera del círculo, su ayuda resultó decisiva.

La mente de Elíe se retiró de la del dragón.

La señora de las Tinieblas, exhausta, se desplomó en el suelo. Algor miró a su alrededor desconcertado cuando los cuatro amigos apartaron sus consciencias de él.

Un tímido rayo de sol acarició el rostro del Angela. La muchacha abrió los ojos.

-Hemos vencido, chicos -murmuró.

Los otros volvieron a la realidad. Aún estaban cogidos de la mano, formando el círculo. Miraron a su alrededor.

Y vieron a Elíe en el suelo, inconsciente. Vieron a Anabel, que los miraba sin poder creerlo. Vieron a Irsa levantándose apoyada en un bastón. Vieron a los dragones, que celebraban su victoria con bramidos de júbilo.

-Eso es el Círculo del Poder -dijo Irsa.

-¡Tú!!

Todos volvieron la cabeza. Algor, el Gran Dragón, furioso, se dirigía a Elíe haciendo temblar la tierra con su ira.

-¡Tú, bruja! Me has tenido hipnotizado, me has obligado a matar a mis propios congéneres... ¡pagarás por ello!

-¡Espera!

Angela se había colocado frente a la yaciente Elíe. Algor la miró inquisitivamente.

El Gran Dragón resoplaba con furia.

-En nombre del amor, la justicia y la amistad -añadió ella.

Algor se relajó, y asintió.

-En nombre del amor, la justicia y la amistad -repitió.

Se volvió hacia los demás dragones.

-¡Escuchadme! Los dragones hemos sido calificados de monstruos y bestias. Hemos tenido que soportar que se nos acusara de crueles y sanguinarios por culpa de los magos malvados, ¡pero ahora ha llegado la hora de demostrar que no queremos hacer daño a nadie!

Señora... -añadió, inclinando la cabeza ante Angela para que ésta pudiera subir a su lomo.

-Si no te importa -dijo Angela, preferiría montar sobre Rhenn... si no se encuentra demasiado mal.

-¡Por supuesto que no! -se apresuró a responder el aludido, que estaba siendo ayudado por Varkin.

-Ése sí que es un dragón valiente -comentó Algor, admirado.

-¡Dragones! -gritó entonces Elíe, poniéndose en pie tambaleante-. ¡Yo soy vuestra señora!

Los dragones rieron despectivamente.

-Tú eres la Señora de las Tinieblas -dijo uno-. Y nosotros no somos seres tenebrosos. Si quieres oscuridad, ve al Gran Abismo y piérdete en su fondo.

-Te dije que estabas sola -murmuró Angela-. No quisiste creerme o, si lo hiciste, no te importó.

-Ha llegado la hora de devolver a Nevateria lo que tenía -dijo Irsa-. Si no te importa, Algor, yo montaré sobre tu lomo... junto con Elíe y Anabel. El Gran Dragón observó a Elíe con desconfianza.

-No te hará daño -dijo Irsa-. Es inofensiva ahora... esos cuatro chicos le han dado un buen repaso, tardará en recobrase.

César y Angela montaron sobre Rhenn. Varkin se acercó a Eva y Aurelio y les guiñó un ojo:

-¡Arriba, valientes! Vamos a disfrutar de un pequeño paseo.

-¡A Nebulur! -ordenó-. ¡Ha llegado la hora de los dragones!

Algor, flanqueado por Rhenn y Varkin, alzó el vuelo, seguido por el resto de sus compañeros.

-¡Eva! -gritó Angela desde el lomo de Rhenn-. ¿Aún tienes las semillas mágicas que te dieron los infros de la tierra de Varalda?

-¡Haz que las Tierras Arrasadas dejen de serlo! -añadió Irsa.

Eva vació el contenido de una bolsita de cuero que se sacó del bolsillo y lanzó las semillas al viento, que se encargó de esparcirlas.

-Estas crecen muy deprisa -dijo-, si tienen agua.

-Los dragones se encargarán de eso -aseguró Algor-. Empujaremos las nubes desde el mar hasta las Tierras Arrasadas.

-¿De verdad podéis hacer eso? -preguntó César.

Algor rió alegremente.

-Podemos hacer eso y mucho más, amigo. Somos dragones.

-¡Muy cierto! -asintió Varkin.

Pronto divisaron las cúpulas irisadas de Nebulur. Los infros del aire, al ver a los dragones, huyeron despavoridos.

Pero la voz de Irsa llenó las mentes de todos, dragones, humanos e infros de todos los rincones de Nevateria. En todas partes resonó su parlamento telepático:

»Mi nombre es Irsa, Presidenta de lo que fue el Consejo de los Siete Magos. Debo hacer una confesión ahora que lo peor ha pasado.

»Mis compañeros y yo procedíamos de un mundo donde viven las criaturas de nuestra especie, llamados humanos. Todos los humanos, y algo me dice que los infros también, poseemos un poder que no sabemos utilizar. El mérito del Consejo fue aprender a emplearlo hace mucho tiempo. Quisimos crear un mundo nuevo pero lo que hicimos fue llegar a éste, que existía desde siempre. Con esto quiero decir dos cosas: ni somos dioses ni creamos Nevateria.

»Pero no os engañamos ni os utilizamos. Nosotros creíamos que lo éramos. Ahora que hemos descubierto la verdad, esperamos contar con todo vuestro apoyo y comprensión. Nunca más tendréis que preocuparos por los humanos porque vamos a hacer desaparecer la Puerta para siempre y ambos mundos quedarán separados para que cada uno siga el curso de lo que deba ser."

Entonces todos sintieron el clamor de las mentes de los infros, que bullían de preguntas. Y todos las entendieron porque al formar el círculo lo que sabía cada uno de los cuatro muchachos se transmitió a los demás, incluido el conocimiento que Angela poseía de la lengua de los infros. La principal pregunta que se hacían era: "Si vosotros no sois los verdaderos dioses, ¿en qué debemos creer?"

La voz de Irsa se dejó oír de nuevo: "Creed en vosotros mismos y en la naturaleza que os rodea. Todo lo que veis en ella es fruto de la misma energía que hace girar el mundo. Allí encontraréis todas las respuestas a todas las preguntas."

La voz de Irsa se apagó.

Pero no habían terminado con su misión. Montados en los

dragones, los humanos recorrieron toda Nevateria reconstruyendo con el poder de sus mentes todo lo que Elíe había destrozado: Nebulur, la Ciudad de los Dioses y varios asentamientos más. Lo único que no levantaron de nuevo fue el Templo del Saber; Irsa ordenó a Algor que lo derribara con unos golpes de su poderosa cola.

-No más templos en nuestro honor -dijo-. No más estatuas representándonos.

Después de descansar unos días, los visitantes decidieron que ya era hora de volver a su mundo. Como para crear la Puerta el Círculo del Poder había sido formado por siete, siete tendrían que formarlo otra vez para hacerla desaparecer. Elíe accedió a ayudarles, puesto que ya nada la retenía en aquel mundo, según dijo. Pero en el fondo estaba arrepentida.

El Círculo estaba completo.

La Puerta se ubicaba en el aire, a varios centenares de metros del suelo. Los dragones los llevaron allá y, como Irsa podía percibir dónde estaba gracias a la energía que despedía, no les fue difícil encontrarla. Una vez allí, los dragones se marcharon y ellos, ayudados por Irsa y Elíe, se mantuvieron en el aire con el poder de sus mentes.

Formaron el Círculo del Poder y, después de la práctica adquirida y gracias al apoyo de Irsa y Elíe, pudieron abrir la Puerta fácilmente.

Uno tras otro, la cruzaron.

Se encontraron de nuevo en el sótano donde había empezado todo. La Puerta estaba suspendida mágicamente sobre ellos.

-Ahora hay que hacerla desaparecer -dijo Irsa.

Los círculos seguían pintados en el suelo. Cada cual ocupó su lugar. Angela y César sonrieron cuando se cogieron de las manos. El círculo del fuego y el del agua se tocaba levemente.

-Escuchadme -advirtió Irsa-. Tenéis que imaginar que la Puerta no está ahí, que nunca ha estado ahí. Que la línea que separa ambas dimensiones no se rompió jamás. Que por más que nos concentremos no volveremos a abrir la Puerta, porque no estará ahí.

Todos respiraron profundamente, cerraron los ojos y trataron de imaginar que la Puerta desaparecía.

Fue necesario mucho tiempo y mucho esfuerzo para hacer desaparecer la brecha interdimensional, pero poco a poco lo fueron consiguiendo.

Hasta que la luz de la Puerta se extinguió y dejó de existir.

-¡Lo conseguimos! -exclamó Eva abriendo los ojos-. Nevateria no será molestada nunca más por los humanos...

Un grito la interrumpió. Angela se había arrodillado junto a Irsa. La vieja maga yacía en el suelo polvoriento. Todos se acercaron rápidamente.

-Me voy, niña -susurró la anciana-. Mi espíritu volará libre ahora. He vivido durante demasiado tiempo...

-No, Irsa, por favor, no me dejes... -sollozó Angela.

-Muchacha, esto ha sido demasiado para mí. Superior a mis fuerzas. Pero quiero que sepas que nunca estarás sola. Una parte de mí permanecerá siempre contigo.

-Irsa...

-Has sido... una buena... alumna...

Irsa cerró los ojos.

Su corazón dejó de latir.

-¡Irsa, no!

César abrazó a Angela.

-Deja que se vaya -le dijo-. A nadie le gusta estar catorce siglos encerrada en un cuerpo...

El cuerpo de Irsa brilló por un instante y después se convirtió en un pequeño montón de polvo.

-Su espíritu ha abandonado su cuerpo -dijo Elíe-. Es lo que la mantenía viva.

-La energía que hace girar el mundo -musitó Aurelio, repitiendo las palabras de la propia Irsa.

-Estará siempre con nosotros -dijo Anabel, apretando con fuerza la mano de Angela.

-Y ahora, ¿qué haremos? -preguntó César-. No sé si fue buena idea despertar el poder de la mente.

-Por lo pronto, te servirá para sacar sobresaliente en todos los exámenes- comentó Eva.

Aurelio sacudió la cabeza.

-Pero ahora podemos hacer tantas cosas -dijo-. Comprendo cómo se sintieron los primeros magos.

-Lo que hagáis ahora depende únicamente de vosotros -dijo Elfé inesperadamente-. Pero manteneos siempre unidos.

Todos la miraron sorprendidos.

-Gracias por el consejo, Elfé -sonrió Anabel.

-Leticia.

-¿Cómo?

-Que me llamo Leticia.

-Yo quiero seguir investigando para descubrir más cosas acerca del poder de la mente -dijo Aurelio.

-Yo también -añadió César.

-Yo seguiré cuidando de la biblioteca -dijo Anabel-, hasta que Aurelio la herede.

-Yo utilizaré mi poder para hacer cosas buenas -dijo Angela.

-¡Yo también! -exclamó Eva-. Podemos fundar la Sociedad de las Brujas Buenas.

Leticia sonrió.

-Yo siempre he sido una solitaria -suspiró-. Y seguiré siendo una solitaria. Viajaré por el mundo para encontrar nuevas cosas. Algo me dice que en alguna parte sigue existiendo magia, gente que domina el poder de la mente. Viajaré para encontrarlos.

Todos se miraron. Se sentían reconfortados. Irsa se había marchado, pero estaba con ellos de alguna manera.

Eran diferentes. Pero no les importaba.

Eran amigos.

Y en Nevateria, la tierra de los dragones y la magia, se les recordaría durante mucho, mucho tiempo... aunque la Puerta interdimensional ya no existiera y no volvieran a verlos nunca.

Eran amigos.